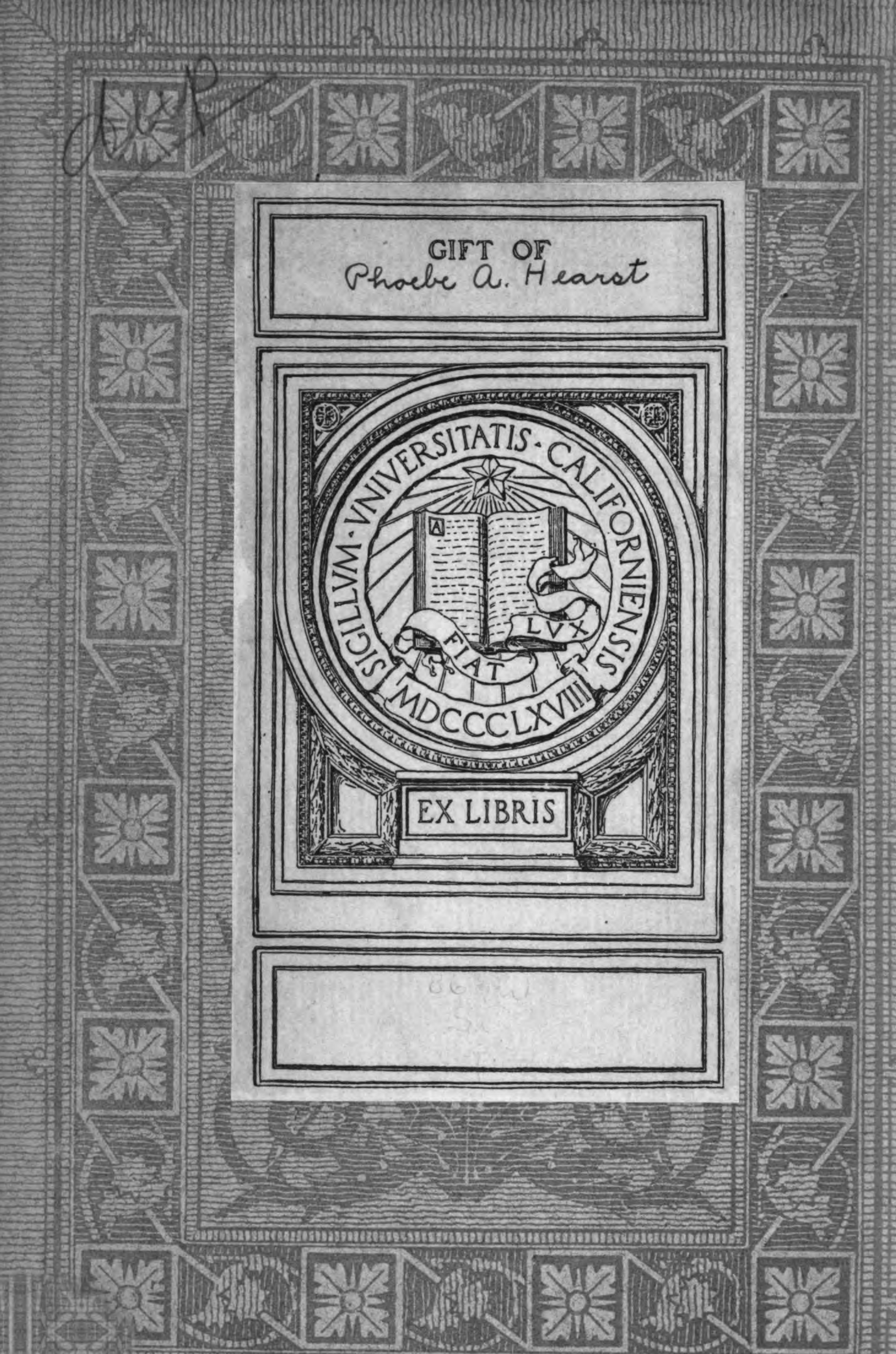
Heine.

Poésies




GIFT OF
Phoebe A. Hearst
SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



POESÍAS DE HEINE

POESÍAS DE HEINE

LIBRO DE LOS CANTARES

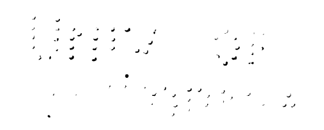
Traducción en verso, precedida de un prólogo por

TEODORO LLORENTE

ILUSTRACIÓN DE

P. Thumann





BARCELONA

BIBLIOTECA « ARTE Y LETRAS »

DANIEL CORTEZO Y C.ª, *Ausias-March*, 95

1885



Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO y C.ª

A Juan Fastenrath, de Colonia,

GRAN AMIGO DE ESPAÑA, Y PROPAGADOR DE LAS LETRAS ESPAÑOLAS EN ALEMANIA, DEDICA ESTA TRADUCCIÓN COMO AFECTUOSO HOMENAJE DE AGRADECIMIENTO

Teodoro Llorente.



Enrique Heine

Y SU LIBRO DE LOS CANTARES

Era en Mayo de 1831: la revolución, triunfante en París, conmovía á la Europa entera. Las jornadas de Julio habían sido como la explosión de un volcán, que lanzaba y esparcía en ríos de lava el fuego largo tiempo sofocado. El pueblo francés, inquieto y tornadizo, fatigado de las convulsiones revolucionarias con que dió fin el siglo XVIII, y de las colosales campañas con que comenzó el XIX, pudo someterse por un momento á la disciplina paternal de la Restauración; pero pronto surgió de nuevo el espíritu innovador. Rebrotaban los principios del Ochenta y nueve y del Noventa y tres; agrandábase y embellecíase con la distancia la leyenda napoleónica; sufría el orgullo nacional la estrechez de los límites impuestos á Francia en

el Congreso de Viena; buscaba el pensamiento nuevos horizontes; soñaba el patriotismo nuevas glorias; y cuando la suspicacia del gobierno de Carlos X quiso ahogar aquel movimiento, saltaron todas las válvulas y estalló hecha añicos la monarquía restauradora. La revolución, vencedora otra vez, enarbolaba en las barricadas la bandera tricolor. La Fayette, el gran ciudadano, último resto viviente de 1789, proclamaba rey en el Hotel de Ville al hijo de Felipe *Igualdad*, presentando como el mejor régimen político «un trono popular rodeado de instituciones republicanas.» La tribuna parlamentaria, en la que había sido sofocada la elocuencia fogosa de Manuel, volvía á ser la cátedra suprema, que difundía por toda Europa en lenguas de fuego el verbo abrasador, prendiendo acá y allá súbitos incendios. Alzábase el pueblo belga en Bruselas, creando una nueva nacionalidad; reclamaba su antigua independencia la infeliz Polonia, enarbolando el estandarte del águila blanca; la Joven Italia alzaba también banderas en Bolonia contra el legado pontificio; los archiduques austriacos huían espantados de Módena, de Parma y de Plasencia; y parecía que todas las naciones estaban envueltas ya en las llamaradas de aquella general conflagración. París era á la vez el Sinaí y el Tabor de los fervientes apóstoles que con entusiasmo tribunicio predicaban la buena nueva: allí, entre los rayos de las barricadas, había recibido otra vez el hombre las tablas de sus derechos; allí, entre los resplandores de un soñado paraíso, aparecía la humanidad transfigurada por la virtud del progreso indefini-

do. Vértigo de ilusiones generosas y de novedades insensatas trastornaba todas las cabezas: la literatura y la ciencia, la filosofía y el arte, todo pugnaba por abrir nuevos caminos y alcanzar desconocidos ideales. Triunfaban los románticos y los revolucionarios en toda la línea: Víctor Hugo, olvidado de las odas serenas en que cantaba piadosamente el altar y el trono, invocaba «la Musa indignada, que con sus puños irresistibles encadena á los reyes en su trono, como en una picota, convirtiendo su diadema en infamante argolla (1),» y después de imponer al teatro, entre las tempestades de la crítica, la apoteósis de la cortesana en su *Marión Delorme*, preparaba la condenación de los devaneos regios en *Le Roi s'amuse*, mientras que Alejandro Dumas, ostentando en el pecho la cruz de Julio, lanzaba á la escena su famoso *Antony* para enloquecer al público palpitante y frenético de la *Porte-Saint Martin*.

En aquellos días azarosos de renovación social, política y literaria, llegaba á París, anhelante, ilusionado, estremecido, un joven alemán, como en las mejores olimpiadas de la Grecia, de allá lejos, del fondo tenebroso de la Escitia, Anacarsis, ávido de admirar y de saber, se encaminaba respetuoso y deslumbrado á Atenas, á Delfos y á Corinto, en demanda de la ciencia de los filósofos y los oráculos de los dioses. Pero ¿ pueden compararse con las semi-bárbaras selvas escíticas de aquellos tiempos, los campos y las ciudades de la

(1) Final de *Les Feuilles d'Automne*.

moderna Alemania, á los que volvía la espalda sin remordimiento alguno, nuestro peregrino? No haremos esta ofensa á la docta nación que había sido proclamada algunos años antes «patria del pensamiento» por la más ilustre de las escritoras francesas, oponiendo la profundidad de su ciencia y la inspiración de su poesía á la frivolidad intelectual de la patria de Voltaire (1). El orbe entero admiraba á Goethe y Schiller, á Lessing y Schlegel, á Kant y á Hegel, y en aquellos mismos instantes, el glorioso poeta de Weimar, octogenario, pero eternamente joven, sorprendía al mundo con la publicación de la segunda parte del *Fausto*, en la que trazó los cuadros más grandiosos la épica moderna. Y sin embargo, aquel joven alemán, en cuya frente brillaba la inspiración, no volvía los ojos atrás, al dejar un país tan rico en soñadoras fantasías, ó, si los volvía, fulminaba en ellos el relámpago de la cólera y asomaba á sus labios la sonrisa del desdén.

¿Por qué dejaba su patria? ¿Por qué corría á Paris? «La libertad es una religión nueva, la religión de nuestros tiempos. Si el Cristo no es su Dios, es por lo menos un sacerdote sublime de ese culto, y su nombre ilumina con resplandor celeste el alma de sus discípulos. Los franceses son el pueblo elegido de la nueva religión; en su idioma se han formulado sus primeros evangelios y sus primeros dogmas; París es

(1) *De l'Allemagne*, por Mad. Stael: libro dado á la prensa en 1810, y que no pudo publicarse hasta 1815, á la caída de Napoleón.

la nueva Jerusalem, y el Rhin es el Jordán que separa de los filisteos la Tierra Santa de la libertad » (1). Estas palabras, escritas en 1828, nos dicen con toda claridad por qué dejaba la Alemania, por qué iba á Francia aquel joven poeta, cuyo nombre, que apenas había sonado á esta parte del Rhin, era Enrique Heine.

Su viaje era una expatriación: enamorado de la libertad, de la revolución francesa y de la epopeya del Imperio; imbuído del fanatismo antimonárquico y anticlerical; adversario acérrimo de lo tradicional y consuetudinario, habíase puesto en reñida pugna, no sólo con la organización política de su patria, donde la Confederación germánica conservaba trabajosamente los restos del Sacro Imperio, sostenidos por la rutina cancilleresca, sino también con el sentimiento popular, opuesto por antagonismo étnico á la Francia, y que, para vengar los desastres de Jena y Austerlitz, buscaba inspiración propia en las entrañas de la nacionalidad y en las peculiaridades del genio teutónico. De este impulso patriótico había nacido un movimiento literario: el romanticismo alemán. No era aquel romanticismo innovador y revolucionario, como en Francia y en las demás naciones neo-latinas; no era el desbordamiento de la imaginación y el extravío de las pasiones, rompiendo las vallas de la moralidad común y del *Ars poetica* reglamentaria: los románticos alemanes eran tradicionalistas y conservadores; huyendo

(1) Conclusión del capítulo dedicado á Inglaterra, que forma parte de los *Reisebilder. (Cuadros de Viaje.)*

de influencias extranjeras, buscaban su inspiración en la historia patria, en las leyendas de la Edad media, en la mitología germánica, en los amores de los *minnesingers*, en los *lieder* populares; y con todos estos elementos, verdaderamente poéticos, rehacían un pasado caballeresco y sentimental. Pero, en literatura, toda escuela exclusivista decae precisamente, y cuando Heine apareció, aquellos cuadros de antaño habíanse convertido en una especie de fantasmagoría insulsa, sin vida y sin calor. El castillo feudal, el gótico monasterio, el bosque alumbrado por la luna, no eran más que una decoración de teatro; el trovador y la princesa, el caballero y la aldeana, el altivo conde y el humilde penitente, títeres inanimados, á los que prestaba el autor ideas trasnochadas y sentimientos triviales. Heine, al par que de la libertad, estaba prendado del arte y de la belleza; pero el arte era para él una emoción íntima y profunda, que ensanchaba el pecho y acaloraba la fantasía; la belleza, agena á todo amaneramiento, libre de todo convencional perifollo, surgía á sus ojos, con delicioso naturalismo, del fondo oscuro de la realidad. Era nuestro descontentadizo mancebo como un poeta griego, para quien, de la espesura de la Selva Negra, de los riscos encantados del Brocken, de las pesadas olas y de las pálidas neblinas del Mar del Norte, saliese otra vez la eterna Venus, enteramente desnuda y maravillosamente hermosa; y con aquella visión en el alma, se revolvía contra el artificio pedantesco de una literatura aparatosa y muerta.

Luchaba, pues, Enrique Heine con juvenil arranque

contra toda autoridad; contra la autoridad política y contra la autoridad literaria; y el arma que esgrimía no era la docta disertación, la exégesis erudita y el análisis minucioso; no combatía *more germanica* con el cachazudo razonamiento, sino con el estoque afilado y ligero de la ironía aristofanesca. Nada podía mortificar más á los políticos graves y ceremoniosos, y á los doctores rígidos y malhumorados, que guardaban la Acrópolis del Estado y del Arte. Heridos por sus flechazos ponzoñosos, declararon guerra á muerte á aquel vándalo sin ley ni Dios. No le faltaron partidarios: buena parte de la juventud púsose á su lado; la Joven Alemania, bando entusiasta de innovadores impacientes, le proclamó su paladín; y cuando la conmoción revolucionaria de 1830 se extendió por toda Europa, miraba ya cercano el triunfo; pero aquellos esfuerzos irreflexivos se estrellaban contra la ineptitud práctica que atribuía después nuestro desengañado poeta á la Alemania soñadora; y convencido de que el pais sosegado de los tilos y las encinas no era capaz de engendrar un Bruto, lo abandonó desdeñosamente, llevando, sin embargo, en el fondo del corazón una secreta nostalgia, que en vano ocultaban las burlas y los epígramas.

París recibió con los brazos abiertos al emigrado alemán. Los periodistas y los poetas, triunfantes entonces, admitieron contentísimos en su cenáculo á aquel nuevo apóstol de la propaganda revolucionaria: había mucho de ático, y de parisién por tanto, en su carácter y en su genio, impresionable, novelesco, sensible

en el fondo, pero frívolo en la apariencia; y á la vez, para dar á estas condiciones el interés del contraste imprevisto, conservaba de su país natal una extraña mezcla de delicada ternura, de abstracción sutil y de quimérica fantasía, elementos contrapuestos, de cuyo choque nacía quizás el acerbo sarcasmo que era la nota final de casi todas sus inspiraciones (1). Teófilo Gautier, uno de sus grandes amigos y admiradores, decía de él que el resplandor de la luna alemana plateaba su fisonomía por un lado, y el sol alegre de Francia la doraba por el otro. Ese mismo escritor, que le conoció á los pocos años de llegar á París, pinta con estos rasgos su personalidad física y moral:

«Era un varón gallardo y arrogante, que rebosaba robustez y salud: su frente, elevada y blanca, tersa y limpia, como una tabla de mármol, y sombreada por espesos mechones de cabellos rubios, hacía pensar en un Apolo germánico. Fulguraba en sus pupilas la luz y la inspiración; sus mejillas, llenas y de un contorno elegante, no tenían el sello de la lividez romántica,

(1) «Enrique Heine es un genio de doble faz. Por un lado, encontramos en él una sensibilidad ardiente, sutil, femenina, de exquisita delicadeza; por otra, un espíritu infernal, una ironía maligna y selvática, que asaetea á su enemigo con flechas emponzoñadas; unas veces, tristeza suave y soñadora; otras, risa maligna y cínica; ahora, un ángel; después un demonio.... Esta doble naturaleza ha sido una de las principales causas del éxito prodigioso de Enrique Heine en Francia. Gustan entre nosotros esos contrastes bruscos, esos poetas de corazón desgarrado que dicen al mundo: «¿Ves las heridas que me has hecho?» y cuando las gentes se aproximan, se yerguen y hacen chasquear el látigo á sus oídos.» Eduardo Schurè, *Histoire du Lied ou la chanson populaire en Allemagne.*

entonces en boga. Lejos de eso, rosas purpúreas florecían clásicamente en ellas. Una leve curvatura hebraica impedía que su nariz fuese enteramente griega, aunque sin alterar su corrección; sus labios armoniosos, *acoplados como dos rimas exactas*, para emplear una frase suya, tenían, en su reposo, expresión dulce y agradable; pero, cuando hablaba, despedía aquel arco carmesí flechas aceradas y dardos sarcásticos, que siempre daban en el blanco. Nadie fué tan cruel como él para la necedad: á la sonrisa celestial del Musageta sucedía la fisgona carcajada del Sátiro. Redondeaba sus formas gentílica gordura, no muy pronunciada, que debía trocarse luégo en escualidez ascética: no llevaba barbas, bigote ni patillas: no fumaba, no bebía cerveza, y como Goethe, tenía horror á tres cosas: estaba en la plenitud del fervor hegeliano· repugnábale creer que Dios se había hecho hombre, pero, en cambio, admitía sin dificultad que el hombre se había hecho Dios, y ajustaba su conducta á esta convicción (1)».

Este propio endiosamiento del poeta, convencido de su misión sagrada, nos lo describe él mismo, medio en burlas, medio en veras, refiriendo su vida, cuando se habían desvanecido aquellas ilusiones.

«Era yo mismo, dice, la ley viva de la moral; era impecable; era la pureza encarnada. Las Magdalenas más comprometidas quedaron purificadas por las llamas de mi pasión, y recobraron su virginidad en mis

(1) Prólogo de la traducción francesa de los *Reisebilder*.

brazos. Esta restauración de virginidades estuvo á punto de agotar algunas veces mis sagrados bríos. En mí, todo era amor; no había ni asomo de odio: no me vengaba de mis enemigos, porque, tratándose de mi divina persona, no podía admitir que hubiese enemigos; no había más que incrédulos, y el daño que me hacían era un sacrilegio, así como sus injurias se convertían en blasfemias. Había que reprimir de vez en cuando tales excesos de impiedad, pero aquello no era venganza, hija de humanos rencores, sino castigo celeste impuesto al pecador. Á mis amigos, tampoco los aceptaba como tales amigos; no eran más que fieles y creyentes, á quienes protegía y honraba. Los gastos de representación de un Dios, que no tenía nada de tacaño, y que no regateaba su salud ni su dinero, habían de ser enormes. Para representar aquel papel magnífico, se necesitaba una bolsa muy repleta, y una robustez á toda prueba; y sucedió, que una hermosa mañana de febrero, en el año 1848, me faltaron ambas cosas, y de tal manera se conmovió mi divinidad, que vino á tierra del modo más lastimoso (1).»

Veía el poeta desplomarse su divinidad hegeliana dentro de sí mismo; pero al compás de sus desengaños y sus desdichas, crecían su fama y su prestigio. «Después de Byron y de Goethe, escribía Saint-René Taillandier, no tienen las literaturas extranjeras otro nombre que oponer al de Heine, y la misma Alemania,

---

(1) Confesiones del autor, publicadas en la edición francesa de su libro *De la Alemania*.

que lo maldice, admirándolo, ha experimentado su influjo más de lo que cree (1).»

Pero ¿cómo se formó el extraño numen de aquel poeta, tan complejo y al parecer tan contradictorio, que alguien ha dicho, con apariencias de razón, que su carácter consiste en no tener ninguno (2)? Esto es lo que vamos á ver repasando su niñez y su juventud, y examinando las circunstancias que en ellas influyeron.

Estaba terminando el excéptico siglo XVIII, cuando nació Enrique Heine, á las orillas del Rhin, en Dusseldorf (3). Pero, si era alemán por su nacimiento, no lo era por su raza. Toda su familia paterna era israelita, y estaba dedicada al comercio. Su padre, procedente del Hannóver, se casó en aquella ciudad con una señora distinguida é inteligente, algún tanto filósofa, que había leído á Rousseau, y amoldaba á las lecciones del *Emilio* la educación de sus hijos, de la que se preocupaba poco su padre, más atento á sus negocios. Nacer judío no era cosa indiferente á principios de este siglo; no lo es aún en sus últimas décadas: bien lo comprueba, en la misma Alemania, la actual agitación antisemítica, hija de odios inveterados y origen de sangrien-

(1) *Ecrivains et poetes modernes*, prólogo.

(2) Barthel, *Literatur der Neuzeit.*

(3) La fecha exacta de su nacimiento parece ser el 12 de Diciembre de 1799; pero, no sabemos por qué, Heine se supuso á veces nacido el 1.º de Enero de 1800, y decía bromeando: «Soy el primer hombre de mi siglo.»

tos conflictos. Hay algo de acerbo y de irritable en el carácter de Heine, que responde á la suspicacia constante de una raza eternamente proscrita y odiada. Para mayor desdicha, con el estigma de su origen, no recibió la fe viva é inquebrantable de sus antecesores. En su familia la religión de Moisés había llegado á ser una exterioridad sin eficacia íntima: su padre la subordinaba al interés supremo, el negocio. Dijéronle un día que su hijo Enrique, mozalbete entonces, había negado la existencia de Dios, y aunque era hombre de pocas palabras, llamólo y le hizo esta arenga, la más larga, dice el poeta, que pronunció en su vida: «Hijo mío, tu madre te permite estudiar filosofía en las aulas del rector Schallmeyer. Bien está; es incumbencia suya. Por mi parte, no gusto de filosofías, que son puras supersticiones: negociante soy, y necesito poner en los negocios mis cinco sentidos. Puedes ser tan filósofo como gustes; pero una cosa te ruego, y es que no digas á las claras lo que pienses, porque se resentirán mis operaciones, si los parroquianos saben que tengo un hijo que no cree en Dios. Los judíos, en particular, no comprarían felpas en mi almacén, y son gente honrada, que paga al contante; hay que concederles el derecho de tener apego á su religión. Soy tu padre; tengo más años y más experiencia que tú: créeme; el ateísmo es un pecado muy gordo (1).»

---

(1) Último episodio de las *Memorias de Enrique Heine*, recién publicadas. Esta autobiografía póstuma da mucha luz sobre la familia del poeta, su infancia y su primera juventud.

Pero, aun arrancada la fe del corazón de un judío, queda en él una vaga esperanza del Mesías prometido. Esa esperanza es el patrimonio imperecedero de su raza: la proscripción en que vive, alimentando su odio á todos los otros pueblos, la aviva aún más. Para Heine, que mamó con la leche materna las ideas enciclopedistas, había un Mesías terrenal, la Revolución, que arrasándolo y renovándolo todo, redimiría á todas las víctimas de las injusticias históricas. La revolución se le había presentado en su niñez con el aparato más propio para impresionarle: un día extendióse la mayor consternación por la pacífica ciudad de Dusseldorf; corrían las gentes azoradas, y leían estupefactas una proclama del Gran Elector, despidiéndose de sus amados súbditos. Parecía que el mundo se hundiese y el cielo se viniera abajo. Al día siguiente, salió el sol como de costumbre, engalanóse la ciudad y el niño judío vió entrar, á los redobles del tambor, los regimientos franceses, «aquellas tropas alegres y gloriosas, que cruzaron el mundo cantando y tocando la música, con sus granaderos graves y tranquilos, de peludas gorras y chispeantes bayonetas; sus jinetes, intrépidos y galanes, y el enorme tambor mayor, todo galoneado de plata, que arrojaba su bastón de puño de oro á la altura de los primeros pisos, y hasta los segundos sus miradas, sonriendo á las muchachas en ventanas y balcones.» Pusieron un escudo nuevo en la Casa de la Ciudad; no hubo escuela por la fiesta del juramento, y Heine estaba contentísimo, porque tenía militares alojados en su casa. Un tambor, mostachudo

y vivaracho, le enseñó á chapurrear el francés, á tocar la *Marsellesa* y á admirar las glorias de Napoleón. ¡Qué gran día aquel en que pudo ver al Emperador en persona! En uno de los capítulos más primorosos de sus *Cuadros de viaje* (1), nos describe el vivísimo recuerdo que guardaba de aquella impresión de la infancia: Napoleón, con todo su Estado mayor, avanzaba por la alameda central del jardín de la corte. «Llevaba un uniforme verde muy sencillo y su breve tricornio histórico; montaba una jaquilla blanca, cuyo cuello acariciaba con una mano, teniendo las riendas en la otra: ¡aquellas manos, blancas y resplandecientes como el mármol, que habían domeñado al monstruo de la anarquía y reglamentado el duelo de las naciones! Su rostro brillaba también con el matiz de las estatuas griegas y romanas, y en sus facciones, noblemente regulares, se leía: *No tendrás otro Dios que yo*. Sonreían familiarmente sus labios, aquellos labios que no tenían más que soplar, y desaparecía la Prusia ó se desplomaba el Vaticano. Sonreían también sus pupilas, claras y luminosas, como el cielo, que leían en el corazón de los hombres, y veían presentes y á la vez todas las cosas del mundo, que los demás sólo vemos una tras otra, oscuras y confusas. Su frente no estaba tan serena: cerníase en ella el genio de las batallas, y fulminaba los pensamientos rápidos, que cruzaban el mundo en todas direcciones; uno solo de ellos hubiera dado materia á un escritor alemán para estar escri-

(1) *El tambor Legrand*.

biendo toda su vida.» Después de todo, lo que más asombraba al hijo del almacenista de felpas de Dusseldorf, era que el Emperador cabalgase, con todos los suyos, por la alameda central del jardín de la corte, sin que los guardias municipales lo detuviesen por infracción al bando de buen gobierno.

Aquel deslumbramiento de la gloria napoleónica inspiró á Heine una de sus primeras, y aun más famosas poesías, *Los Granaderos*, escrita á los diez y seis años. Habíase hundido el imperio en Waterloo, y cuando Alemania entera lanzaba un grito de júbilo, el poeta hebreo lloraba su caída, con los veteranos de la guardia imperial, y anunciaba su resurrección. Á este antagonismo con el genio de su patria, uniéronse, para agriar su carácter, las contrariedades que desde los primeros años se opusieron á su vocación. Lo que su madre temía, sobre todo, era que su hijo fuese poeta; no podía sucederle, en su concepto, cosa peor. «En aquellos tiempos, el nombre de poeta no respondía á una idea noble y honrosa; un poeta era un pobre diablo descamisado, que por un par de *thalers* componía versos de ocasión, y acababa irremisiblemente en el hospital (1).» La madre de nuestro poeta soñaba, como es natural, un gran porvenir para aquel niño inteligente y precoz: primero, seducida también por el prestigio de Napoleón, fantaseó convertirle en un mariscal del Imperio; en el liceo de Dusseldorf atragantaron al joven alumno de geometría, estática, hidros-

(1) *Memorias de Enrique Heine.*

tática, álgebra, y le hicieron cobrar horror á los logaritmos. Cayó el Imperio; pero si se hundía el astro de la gloria militar, alboreaba otra gloria, más positiva, la gloria de la banca, cuyo espléndido sol era la casa Rothschild, relacionada mercantilmente con la casa Heine. ¡Qué dicha, hacer del querido Enrique una potencia financiera! Cambio de estudios, pues: geografía, lenguas extranjeras, teneduría de libros, aprendizaje en los almacenes y escritorios. «Un célebre comerciante, en cuya casa quise ser aprendiz de millonario, dice en sus *Memorias* póstumas, decidió que carecía de toda aptitud para los negocios, y le confesé sonriendo que quizás tenía razón (1).» Estalló por entonces una crisis mercantil: el padre del poeta quedó arruinado; hubo que pensar en nueva carrera, y su madre escogió la jurisprudencia. Había llegado la época del parlamentarismo: los abogados, por su hábito de discurrir ante el público, ocupan casi siempre los primeros puestos en este régimen de locuacidad. Siete años siguió Heine los cursos de las universidades alemanas: primero en la de Bonn, después en la de Gœthinga, y por último en Berlín. La jurisprudencia le inspiraba la misma repulsión que el álgebra y la partida doble; odiaba, sobre todo, el derecho romano:

(1) En 1815 Enrique Heine fué colocado por su padre en casa de un banquero de Francfort. En 1816 ó 1817, sin duda por consejo de su tío, Salomón Heine, banquero de Hamburgo, fué á esta ciudad, donde fundó en 1818 una casa de comisión, bajo la razón social de *Harry Heine y C.ª* Tuvo mal éxito, y fué liquidada en la primavera de 1819.

«¡Que horripilante libro, exclamaba, el *Corpus juris*, Biblia del egoísmo! He aborrecido siempre el código de los romanos, y á los romanos mismos. Estos bandidos querían poner en seguro su botín, y se esforzaban en garantizar con las leyes lo que habían robado con la espada: el romano era, á la vez, soldado y jurisconsulto. Á aquellos ladrones debemos el derecho romano, que alcanza tanta estima y que está en oposición flagrante con la religión, la moral, la humanidad y la razón.» Completó, sin embargo, sus estudios; recibió en Gœthinga el grado de doctor; pero, convencido de que cualquier pica-pleitos le aventajaría en argucias y triquiñuelas, colgó el birrete doctoral.

De todos estos estudios, solamente le habían interesado los que hizo en Berlín, los años últimos de su carrera. Dedicóse con ardor á la filosofía, que se acomodaba bien á sus fantasías novadoras. Hegel fué su maestro predilecto, el que dió un cuerpo de doctrina á sus vagas aspiraciones humanitarias y á su escepticismo religioso. Y en aquella época, precisamente, hízose bautizar y se llamó luterano (1). La fe hebrea estaba muerta en su alma desde sus primeros años; fué, así que tuvo uso de razón, libre-pensador: pero no parecía bien que un doctor en derecho careciese de religión. Tomando á broma su conversión, contaba después que renunció el judaísmo «para quitar al señor Rothschild el derecho de tratarle *famillonariamen-*

(1) Esta abjuración la hizo en 28 de junio de 1825 en Heilgenstadt.

te». Hablando otras veces en serio, decía que se decidió por la religión reformada porque era el cristianismo liberal y el punto de partida de la revolución. Pero, luterano de nombre, continuó siendo racionalista y escéptico: nuevo motivo de inquietud y angustia para él, porque, entre todos los incrédulos, ninguno debe ser tan desdichado como el judío, por lo mismo que este pueblo parece creado para la tenacidad en su fe. La divinidad panteísta de Spinoza y de Hegel no llenaba el corazón del poeta, enamorado de vagos ideales que veía desvanecerse conforme iba ganando en años y en experiencia; y en el último período de su vida proclamaba la necesidad de un Dios personal. «He vuelto á Dios, escribía en 1851, como el hijo pródigo, después de haber guardado puercos en la piara de Hegel... No he podido habituarme al Dios del panteísmo, pobre ente quimérico, entretejido en la trama del universo, nacido de la materia, en la materia aprisionado, y que, sin fuerza ni voluntad, nos mira bostezando. Para tener voluntad, hay que tener personalidad, y para que aquella se manifieste, es necesaria libertad completa. Quien aspire á un Dios que pueda socorrerle, debe admitir un Dios personal, superior al mundo, y dotado de los santos atributos de bondad, justicia y sabiduría infinitas.» ¡Elocuente confesión arrancada á un alma noble y sincera, atormentada por incesantes dudas! El autor del *Libro de los Cantares*, genuino representante por tantos conceptos de nuestra época indecisa y perturbada, lo es también por el vacío que produce en los espíritus elevados la falta de

fe religiosa, y por el afán generoso que los impulsa á reconstituir las perdidas creencias y recobrar sus esperanzas inefables!

La vida escolar permitió al joven Heine entregarse por completo á la poesía. En Bonn y en Gœthinga halló compañeros y amigos que comprendían sus aficiones y participaban de ellas; en Berlín se ensanchó el círculo de sus relaciones literarias; conoció á los escritores más en boga, creyó llegado el momento de emular con ellos, y dió á la estampa (en 1821), su primera obra: la colección de poesías que tituló: *Cuitas juveniles (Jungen Leiden)*, y que pasó poco menos que inadvertida entre tantos otros ensayos sin interés de vates desconocidos. El joven poeta había soñado hacer una revolución con sus versos: ¡qué desengaño el suyo al ver que casi nadie se fijaba en ellos! Tomó entonces otro rumbo: dedicóse al teatro: la escuela shakspeariana reinaba sin rival en la escena germánica; sus fogosos arranques le atraían y fascinaban; admiraba á Inmermann, imitador desordenado del gran dramático inglés, y quiso superar sus audacias. Escribió dos tragedias: *Almanzor* y *William Ratcliff*, y enamoróse tanto de ambas, que las juzgaba obras inmortales. En ellas había puesto toda su alma: Almanzor es un mancebo musulmán, refugiado en África á la caída de Granada, que vuelve á escondidas á buscar á su prometida Zuleima. Ésta se ha hecho cristiana y va á casarse con un

caballero castellano. El conflicto religioso es el alma del drama: el autor está por Mahoma contra Cristo, por el amor y la naturaleza contra la religión y la fe. «El asunto de este gran poema dramático—escribía á un editor ofreciéndole la obra—tiene el carácter de una polémica religiosa, y se refiere á cuestiones que están hoy á la orden del día.» Guillermo Ratcliff es un estudiante escocés, que por amor á la hija de un *laird*, se hace capitán de bandidos, y provoca y mata á todos los que van á desposarse con ella. El pensamiento es una variante del antiguo *fatum*, de la *Fuerza del sino*, complicada con las pasiones más frenéticas y la intervención de espectros y apariciones.

De estas dos tragedias, sólo se representó la primera: los teatros de Brunswick no recuerdan grita más espantosa. Atribuyóla entonces el poeta al *lapsus* de un oficial de la guarnición, que organizó la silba, creyendo que el autor de la tragedia era cierto usurero judío del mismo apellido; pero el fracaso fué tal, que *Almanzor* no pudo salir de nuevo á las tablas, y *Ratcliff* no fué admitido en ningún teatro. Y es que, además de las tendencias reprobables de aquella tragedia, calificada de anti-cristiana por la crítica, notábase en ella bien á las claras que Heine carecía del genio de la dramática. En la clasificación que se hace ahora de poetas objetivos y subjetivos, pertenecía de lleno á los segundos. No se reflejaban en su espíritu la naturaleza y la humanidad: su alma, apasionada y borrascosa, se derramaba sobre el mundo y lo llenaba todo. En aquellas tragedias, como en las de Byron, no había más que un

personaje verdadero; el autor. Almanzor, llorando la ruina de su pueblo y de su raza, disputando la hurí soñada de su paraíso sensual á la tétrica religión del Crucificado, escupiendo su odio y su sarcasmo á la frente de los cobardes sarracenos doblados al yugo del vencedor, es Enrique Heine. Ratcliff, que víctima de un sangriento fatalismo, pobre, solo, desesperado, lucha igualmente contra todos los obstáculos humanos por aquella dulce María, cuyos amores le roban, es también Enrique Heine. Trazaba aquellas figuras románticas para animarlas con sus propios sentimientos. ¿Qué pasión contrariada, qué historia tristísima guardaba su corazón, engendrador de tan amargas inspiraciones? El poeta no nos lo ha dicho, y hasta ha protestado alguna vez contra los que buscaban en sus tragedias las huellas de su vida: «¡Cuántas veces sucede, escribía á Inmermann, que no hay casi ninguna relación entre el aspecto exterior de nuestro destino, y nuestra historia real, la historia íntima de nuestra alma! Por lo que á mí toca, esas relaciones nunca han existido.» Negaba Heine, al decir esto, que tuviesen realidad objetiva las historias por él fantaseadas; pero no les negaba la realidad subjetiva (y dispense el lector que repita este tecnicismo filosófico, no impropio de nuestro vate hegeliano). No le habían acontecido á él las horribles desdichas atribuídas á sus personajes; pero era lo mismo para el caso, pues su impresionabilidad irritable se las hacía sentir; y después de todo, aquel tema del amor herido y contrariado, no podía considerarse como accidental en sus tragedias, puesto

que era también el inspirador de muchas de las poesías de sus *Jungen Leiden* y en especial de las que tituló *Ensueños* (*Traumbilder*) y en las que se complace en pintar la desesperación con que contempla el amante las bodas de su amada con un rival tan aborrecido como insignificante é insulso.

Nuestro poeta había sufrido, en verdad, ese tormento: no hablaba casi nunca de aquellas amarguras de su mocedad; pero en todas sus obras se transparentaba el recuerdo de una mujer idolatrada, de una hermosa hija del Rhin, de una niña ingenua y jovial, que llenó su vida con su cariño y envenenó su alma con su abandono, y á quien unas veces maldice y otras veces perdona, convirtiéndose para él en una forma ideal de la belleza, como Beatrice para el Dante, ó Laura para el Petrarca. Un día, ya en su edad madura, dijo á Gerardo de Nerval, uno de sus mejores amigos de París, que sólo escribía versos para llorar unos amores sin esperanza de su juventud, y que desde que perdió aquel paraíso de amor, esta pasión ya no fué para él mas que un pasatiempo. Aquella mujer que tanto influyó en su vida, era una prima suya, Amalia Heine, hija del opulento banquero Salomón, el tío protector que le había llamado á Hamburgo, y á cuyo lado hizo tan infeliz ensayo de la profesión mercantil (1). Tratóla y enamoróse de ella siendo muy

(1) Salomón Heine hízose muy rico; dejó al morir un caudal de más de cuarenta millones de francos. Era un gran filántropo, y Hamburgo le debió muchos beneficios. Quería á su sobrino, pero difícilmente le perdonaba su carácter novelesco, su manía

niño; en 1821 la perdió para siempre; casáronla con un tal Juan Friedlander, de Konisberg. ¿Fué aquel casamiento una infidelidad y una traición? ¿Ó no habían sido los amores del vate infantil más que un sueño de su espíritu eminentemente poético, avivado por las precocidades del genio? Es éste un período oscuro de la vida de Heine, sobre el que derrama alguna luz una carta que en aquella época (en Octubre de 1816) escribió á un amigo suyo, y que se ha publicado mucho después de su muerte (1). Habla en ella con exaltación casi mística de su adorada Molly, á quien consagra culto secreto y respetuoso. Dice que en sus ojos hay algo de extraño, que le atrae y le repele al mismo tiempo; que recibe de ellos á la vez un dulce bienestar y una burla fría y aspera. «Á pesar de tener, añade, pruebas evidentes é irrefutables de que nunca me ha de amar, mi pobre corazón enamorado no quiere convencerse todavía, y me dice: *¿qué me importa tu lógica? Yo tengo mi lógica particular.*» Sigue dando

---

de hacer versos y sus ideas trastornadoras. Dedicóle el poeta su *Intermezzo*, del cual es probable que hiciera el israelita millonario poquísimo caso. Durante su permanencia en Francia le pasaba una pensión, que dió lugar á bastantes reyertas entre tío y sobrino.

(1) La *Correspondencia inédita* de Heine, publicada en Alemania y Francia, que forma tres volúmenes, no comienza hasta 1820. En 1874, el profesor Huffer dió á luz en la revista titulada *Deutschen Rundschan* siete cartas dirigidas con diferente fecha por el poeta á su amigo de la infancia Cristián Sethe. Forma parte de ella la que citamos. Don José del Perojo las reprodujo en la *Revista Europea* (1875) comentándolas con atinadas reflexiones.

rienda suelta á su pasión; dice que por el amor de aquella mujer daría su alma al diablo y su cuerpo al verdugo, y exclama: «¿No te estremeces de espanto, Cristián? Tiembla, tiembla, como yo tiemblo. Quema esta carta. ¡Apiádese Dios de mí! No he sido yo quien he escrito esas palabras. Está sentado en mi silla un hombre pálido y demacrado que las ha escrito. Es que sonó media noche. El loco es irresponsable.» Aquel amor quimérico era especialmente grato al soñador amante, porque engendraba en su alma una poesía vivificadora. «Desgarra mi corazón, dice en la misma carta, ver con qué sequedad y aspereza desdeña mis cantares, sólo para ella escritos, y cómo se burla de mí. Pero, ¿creerás que, á pesar de todo, estimo ahora á mi Musa más que nunca? Es mi fiel y consoladora amiga; tiene una dulzura tan misteriosa, que siento por ella vivísimo amor.»

Las creaciones de aquella Musa consoladora están encerradas en las breves páginas del *Lyrischen Intermezzo* (*Entreacto ó Intermedio lírico*). Al proponer á un editor berlinés la impresión de sus dos tragedias, le ofrecía también «tres ó cuatro pliegos de *Lieder* (cantares) humorísticos, de estilo popular, cuyos fragmentos, publicados en los periódicos, habían provocado por su originalidad, vivo interés, elogios y censuras anticipadas.» El editor aceptó, y como la coleccioncilla de cantares se intercaló entre las dos tragedias, el autor le dió el título algo extravagante que llevan. Cuando el libro estuvo impreso, escribió á Inmermann: «Acaban de salir á luz mis tragedias, sé que hincarán

en ellas el diente; pero te diré en confianza que son buenas, muy buenas, mejores que mi colección de poesías, *que no vale ni una carga de pólvora.*» El público, por de pronto, sólo se conformó con la opinión del autor en la segunda parte: las tragedias le parecieron malas; las poesías insignificantes.

Y aquellas canciones desdeñadas, eran, no ya la revelación de su genio, sino su obra magistral y superior. Hoy forman, con *El Regreso*, su complemento natural, la corona eterna del gran poeta. En todas sus producciones resplandecen los rayos sorprendentes de su ingenio felicísimo: en ninguna como en esas breves poesías están armonizadas sus cualidades múltiples y al parecer contradictorias: sentimiento y fantasía, entusiasmo y reflexión, jovialidad y tristeza, ilusión y escepticismo, ternura y sarcasmo. Es el *Intermezzo* una serie de notas sueltas y aisladas, que forman, sin embargo, deliciosísimo concierto; de pinceladas menudas y ligeras, que nos hacen ver ó adivinar un cuadro de horizontes infinitos. El asunto no puede ser más sencillo, más común, manoseado y trivial. Canta el poeta una pasión eterna, universal, inmutable en el corazón del hombre: el amor. Pero la canta de una manera nueva y original. Su amada no es ninguna princesa encantada, no es ninguna diosa, no es ningún ángel bajado exprofeso para él de las alturas sidéreas, ni tan siquiera es la más hermosa de las mujeres, como hasta entonces habían sido las dulcineas de los vates enamorados: es una muchacha cualquiera, bonita, agradable y coquetuela, cuyo cariño le extasía, cuya

frivolidad le encanta, cuya traición le irrita, y, sin embargo, se la disculpa y casi se la perdona, porque no puede dejarla de amar. Esto, tan frecuente y vulgar en el mundo, expresado de una manera admirable, con tono deliciosamente familiar y con arte exquisito, que desecha todo inútil atavío para presentarnos el pensamiento poético en la hermosa sencillez de su concepción espontánea, es el fondo de esas dos obras inmortales, que han dado á la literatura de nuestro siglo un nuevo raudal de inspiración.

La verdad del sentimiento y la naturalidad de la expresión : esas eran las dos armas poderosas que esgrimía Enrique Heine contra la sensiblería afectada y la ampulosidad pedantesca que en su época dominaban; pero esas cualidades no hubieran bastado para elevar tan alto su numen, si éste no hubiera volado con las alas de águila de la poesía. El secreto de la poesía es encontrar siempre lo ideal en lo real. Pocos lo han poseído como el autor del *Intermezzo*. Cada una de sus composiciones líricas, de muy pocas líneas casi todas, refleja una impresión del momento, impresión á veces pasajera, accidental, insignificante, fútil, al parecer; y, sin embargo, sorprendida por el poeta en su palpitación vigorosa, nos causa efecto irresistible. «Al leer el *Intermezzo*, dice Gerardo de Nerval, su traductor francés, experimentáis una especie de espanto, os ruborizáis como si sorprendiesen vuestro secreto, y palpita vuestro corazón al compás de sus breves estrofas. Las lágrimas que habéis derramado á solas en el fondo de vuestro cuarto, las encontráis allí, entreteji-

das y cristalizadas en una trama inmortal. Parece que el poeta haya sorprendido vuestros sollozos, y son los suyos los que encerró en sus versos (1).»

El sentimiento de la naturaleza se une siempre en Enrique Heine al grito del corazón. Es el Petrarca moderno, y su pasión anima el universo, como la del amante de Valclusa. Éste invocaba sin cesar las flores, las cristalinas fuentes, los duros riscos y las verdes selvas: el poeta del *Intermezzo* hace intervenir también en su delirio poético á la creación entera, pero ésta reviste á sus ojos aspecto más misterioso y fantástico: la imaginación germánica se revela en su modo de ver y sentir la naturaleza. En las estrellas y en las flores que simpatizan con el amante, y le sonríen, y le hablan, y le consuelan; en los frondosos tilos que guardan sus secretos; en la claridad de la luna, que guía sus pasos; en las olas del mar, que mecen sus sueños; en los crepúsculos melancólicos que evocan sus recuerdos y avivan sus tristezas, parece que haya algo de encantamiento, de maravilla y de supernaturalismo; algo que contrasta de una manera extraña, sin disonar nunca, sin embargo, con la perfecta realidad de los sentimientos expresados, como si el mundo exterior y el interior se compenetrasen y fundiesen por la magia suprema del amor.

El *Intermezzo*, como queda indicado, tiene un complemento: *El Regreso (Die Heimkehr)*. Obras son de igual índole, pero la primera está concebida en los

(1) *Revue des Deux Mondes*, 15 setiembre 1848.

momentos palpitantes de la pasión amorosa; la segunda está inspirada por sus recuerdos, dulcemente melancólicos unas veces, acerbos y desgarradores otras. El amante ausente vuelve á su país y se goza en su dolor, contemplando los sitios de sus breves dichas, evocando las imágenes de su bien soñado, reflexionando á veces sobre la vanidad de sus ilusiones. La duda, la ironía y el sarcasmo, que como ralea de víboras avivaba ya su corazón receloso en los días felices, crecen y se multiplican ahora, y hacen que llamen algunos á este libro el poema de la amargura.

Los primeros *Lieder* de Heine causaron poca impresión en el público: aquellas estrofas tan sencillas, tan ligeras, tan tenues como alas de mariposa, parecieron quizás indignas de la majestad de la poesía. Tuvieron en poco los ingenios pretenciosos tan leves frivolidades. Para el vulgo, el arte aparatoso es el que produce más efecto (1). Pero al fin prevalece la belleza, y no

(1) No sólo al vulgo, sino también á las personas ilustradas, les sucede no gustar mucho de las poesías de Heine de buenas á primeras, y enamorarse de ellas perdidamente después. En apoyo de esta observación, citaremos lo que dice el Sr. Menéndez Pelayo en el prólogo de las traducciones de aquel poeta hechas por D. José Herrero, con el título de *Poemas y Fantasías:* «Confieso que en otro tiempo gustaba yo poco de Enrique Heine, considerado como poeta lírico. Nunca dejé de admirar su prosa brillante y cáustica, y siempre le tuve por el primero de los satíricos modernos, pero la delicadeza incomparable de sus canciones ó *lieder* se me escapaba. Á otros habrá acontecido lo mismo, aunque no tengan tanta franqueza como yo para declararlo. Pero el gusto se educa, y yo no soy de los que maldicen ó proscriben las formas artísticas que no les son de fácil acceso ó no van bien con nuestra índole ó propensiones. Así es que nuevas lecturas de Enrique Heine no sólo me han reconciliado

pasó mucho tiempo sin que el autor silbado de *Almanzor* fuese, no sólo considerado como un gran poeta, sino como el jefe de la nueva escuela, triunfante del empalagoso y desprestigiado romanticismo. Contribuyeron mucho á su victoria, y quizas la decidieron, sus *Cuadros de Viaje* (*Reisebilder*), artículos escritos en prosa y que son la obra maestra del humorismo germánico. Ni puede producir la fantasía nada más caprichoso, ni la sátira nada más sangriento. Unas veces pinta el autor con toques de sorprendente verdad los países, los tipos, los hábitos y las costumbres que describe y estudia; otras veces los ridiculiza y caricatura con bufonería que, no por ser estupenda, deja de ser ática y graciosísima; otras, lanza á volar la imaginación y construye en las nubes alcázares aéreos, que parecen obra de las hadas, y en medio de esas soñadas quimeras, nos hace enternecer y llorar con los recuerdos de la infancia ó con la evocación de aquella cabecita rubia que en todas partes veía, ó derriba de pronto todo aquel palacio encantado con una estrepitosa carcajada. Obra literaria y política á la vez, arma de combate en uno y otro sentido, el implacable satírico flagelaba lo mismo á los malos poetas y á los doctores pedantescos, que á los reyes absolutos y á los ministros reaccionarios; el éxito ruidoso de la obra, tanto como á su mérito literario, debióse á sus atrevimientos políticos.

---

con sus versos, sino que me han convertido en el más ferviente de sus admiradores, y el más deseoso de propagar su conocimiento en España.»

En uno de esos *Cuadros de viaje* cuenta Enrique Heine la excursión que hizo siendo estudiante á las montañas del Harz, en las que se encumbra el Brocken, punto de reunión de las brujas y duendes, famoso siempre en las leyendas alemanas, y que Goethe ha coronado con los esplendores de la epopeya. En ese relato, entre una continua rechifla de los profesores de Goethinga y de los vulgares y prosáicos ciudadanos que van á admirar aquellos paisajes, surgen delicadas flores de una poesía idílica. Estos versos intercalados en la prosa del texto, forman la última parte del *Libro de los cantares* (*Buch der Lieder*), en el cual reunió todas sus poesías líricas publicadas hasta entonces. Como Dante había pasado del amor humano de la tierna Bice di Portinari, á la espiritual adoración de su Beatriz celestial, nuestro poeta idealizaba también sus amores: su dama era la emancipación de la humanidad. En agreste choza, la hija del montañés, sentada á sus plantas, cruzando sobre sus rodillas las manos inocentes, clava en su rostro las estrellas azules de sus ojos, y le habla de los duendes de la soledad, de las consejas del castillo derruído y de la resurrección de las princesas hechizadas, y el poeta sonríe y acaricia á la cándida niña, y rasgando los velos de su credulidad, le revela que es uno de los Mil caballeros del Espíritu Santo, y le anuncia el advenimiento triunfal de su reinado.

El Mar del Norte (*Die Nordsee*), incluído en nuevas ediciones del *Libro de los cantares*, completa el ciclo de las poesías de la juventud de Heine. Destácase en estas

fantasías, inspiradas por la majestad lóbrega del Océano en las costas alemanas, uno de los múltiples caracteres de su autor: cierta nostalgia de la antigüedad clásica, del firmamento sereno de Italia y Grecia, de las ondas azules y transparentes del mar Tirreno y del Archipiélago. Había algo de gentílico en la Musa de Heine como en la de Goethe: figura de una y otra era aquella soñadora Mignon, que bajo el cielo pálido y brumoso de Alemania, recordaba los naranjos floridos y las columnatas de mármol del palacio paternal. Entre las negras oleadas y las espantosas trombas del Mar del Norte, se presentan á la imaginación entristecida de nuestro vate los dioses helénicos, descoloridos y mustios, como espectros exánimes de un mundo aniquilado, de una poesía muerta.

Los *Cuadros de viaje* y el *Libro de los Cantares*, habían decidido la victoria completa de Enrique Heine: la Joven Alemania le reconocía por su jefe. Entonces fué cuando, no contento con su gloria de escritor y de poeta, ansioso de acción y movimiento, irritado por la pasividad de su patria en la agitación revolucionaria que conmovía al mundo, volvióle la espalda y se dirigió á París. Veinticinco años vivió en la que había calificado de nueva Jerusalem, sin volver más que una sola vez á aquel país natal, al que había motejado de tierra de los Filisteos. ¡Cuán poco duraron sus ilusiones y sus esperanzas! ¡Cuán amargos fueron sus des-

engaños y también sus sufrimientos! Dedicóse al principio, henchido de entusiasmo, á la obra revolucionaria. El caballero andante del Espíritu Santo, tomó por lanza la pluma del periodista: en sus correspondencias á la *Gaceta de Augsburgo* y otros periódicos alemanes, narraba las luchas de los partidos, agitado él mismo por sus pasiones, y emponzoñada el alma con sus miserias. Unas veces era acusado de demagogo y sansimoniano, otras de reaccionario y servil, asalariado por Luís Felipe. Y era que vacilaba su espíritu; que el ideal generoso y humanitario que había entrevisto en sus ensueños de poeta, se perdía y eclipsaba en el fragor del combate. No le seguiremos en aquella tarea ingrata (1); dejemos al político iluso, para acompañar al inspirado vate. El mismo año de su expatriación compuso otra serie de *Lieder*, de índole parecida al *Intermezzo* y al *Regreso;* los tituló *Nueva Primavera* (*Neuer Frühling.*) En sus *Memorias* póstumas nos dice, como deducción positivista de toda una vida atormentada *por la espantosa enfermedad del amor:* «El mejor contraveneno, respecto á las mujeres, son las mujeres

(1) Obras son de aquellos tiempos sus libros, *Kahldofr, cartas sobre la nobleza*, dirigidas al conde de Moltke; *El estado de Francia,* correspondencias enviadas á la *Allgemeine Zeitung (Gaceta Universal); De la Alemania; De la Inglaterra; Lutecia, cartas sobre la vida social en Francia,* y varios opúsculos de carácter político. También publicó interesantes estudios de crítica literaria y artística, como los titulados *Datos para la historia de las bellas letras en la moderna Alemania* (1833); *El Salón* (1835); *La Escuela romántica* (1835); *Doncellas y damas de Shakspeare, con aclaraciones* (1839); *El doctor Fausto* (1851).

mismas. Sin duda equivale esto á llamar á Belzebú para que exorcise á Satanás, y el remedio puede ser peor que la enfermedad. Pero hay que correr ese albur, porque, en los casos desesperados del amor, el cambio de *inamorata* es el único recurso.» Á él apeló nuestro poeta, no sólo en la vida práctica, sino en aquellas esferas ideales en que se nutría su inspiración. *Nueva Primavera* es el reverdecimiento y reflorescencia de la naturaleza y del alma. Pero aquellos nuevos amores no tienen ya el calor y la ternura de la primera pasión. Después, con el título de *Varios* (*Verschieden*) aparecen (de 1832 á 1839) otras series de *Lieder*, en los que el amor toma el tinte de la galantería, y dicta sucesivamente los nombres de Serafina, Angélica, Diana, Hortensia, Clarisa, Yolanda, María, Jenny, Emma... ¡Sombras pasajeras, que se borran sucesivamente en una imaginación, aún apasionada, pero de día en día más caprichosa y delirante! La ironía y el sarcasmo toman cada vez mayor parte en sus inspiraciones; el poeta del sentimiento conmovedor y la delicadeza exquisita, se convierte en el vate soberano del humorismo fantástico.

En el verano de 1841, Enrique Heine estaba en Bareges buscando alivio al mal que minaba ya su naturaleza. Allí, en las faldas de los Pirineos, contemplando desdeñosamente desde aquellas alturas á los charlatanes de la revolución, escribió *Atta Troll, sueño de una noche de estío*. Un oso, que después de bailotear por el mundo, encadenado y flagelado por un sórdido montañés, rompe la cadena y vuelve á sus montañas, ese

es Atta-Troll. El zompo animal, aleccionado en su trato con los hombres, predica entre los suyos la libertad, el comunismo y la revolución social. No puede darse sátira más incisiva de la demagogia. Otra sátira implacable es su *Germania, cuento de invierno,* escrito en 1844, después del único viaje que hizo á Alemania desde que trasladó sus penates á París. Lejos de reconciliarse con la patria, ahondó más, con las mordaces burlas de ese poema, el abismo que le separaba de ella, y, sin embargo, abrigaba aún la ilusión de volver á su país natal. Lo que aborrecía sobre todo allende el Rhin era á la despótica Prusia, que esclavizaba á la buena Alemania, culpable solamente de su inercia perezosa. «Amaré y honraré vuestra bandera, decía á los que le acusaban de insultar al pabellón nacional, cuando no sea juguete de insensatos y de bribones, cuando lo enarboléis en las cimas del pensamiento alemán. Amo la patria tanto como vosotros. Por eso vivo en el destierro, y moriré quizás en él, sin las contorsiones del mártir. Amo á los franceses como amo á todos los hombres, cuando son buenos y razonables. No quiero que los alemanes y los franceses, los dos pueblos predilectos de la civilización, se peleen en provecho de Inglaterra y de Rusia, y para satisfacción de todos los aristocratillos y de la clerigalla del universo. No temáis: no entregaré el Rhin á los franceses: el Rhin también es mío, porque nací en sus orillas; á nadie pertenece más que á sus hijos. Librémoslo de las garras de los prusianos y elijamos por sufragio universal algún buen muchacho que tenga tiempo

para gobernar á un pueblo honrado y laborioso (1).» ¡ Cuán lejos estaba Heine de pensar que aquella odiada Prusia, que recogía sus fuerzas y las ejercitaba con la severa disciplina del régimen autoritario y militar, tan antipático para él, estaba incubando la gran idea de la unidad germánica, y había de enarbolar en el mismo París el glorioso estandarte del imperio alemán !

Pocos años después, estalló de nuevo la revolución, en la que Heine cifraba tantas esperanzas: el movimiento de 1848 se propagó á la otra parte del Rhin; triunfaron por un momento los novadores, y en la Asamblea de Francfort creyó encontrar su cuna la nueva Alemania; pero entonces, precisamente, caía herido de alma y cuerpo su animoso paladín. Una enfermedad lenta y terrible, el reblandecimiento de la médula, postróle en el lecho, en el cual había de padecer años y años. La experiencia había amenguado su fe en la idea revolucionaria: la poesía, siempre bella y sonriente, era su último consuelo. «No puedo pensar sin viva emoción, escribía más adelante, en aquellas tardes de marzo de 1848, cuando el buen Gerardo de Nerval venía todos los días á buscarme en mi retiro de la barrera de la *Santé* para trabajar tranquilamente conmigo en la traducción de mis inocentes fantasías alemanas, mientras vociferaban en torno las pasiones políticas y se hundía el mundo antiguo con espantoso estruendo. Tan abismados estábamos en nuestras discusiones estéticas y aun idílicas, que no oíamos los

(1) Prólogo de *Germania*.

alaridos de la mujerona de enormes pechos que corría por las calles de París aullando: *¡Des lampions! ¡Des lampions!* marsellesa de la revolución de Febrero, de infausta memoria!»

Clavado á la cruz de la parálisis por los clavos del sufrimiento, como dice un escritor contemporáneo, el vate germánico continuaba fantaseando y delirando con mayor amargura en su alma y más ironía en su pensamiento. El *Romancero*, cuya primera parte se publicó en 1851, pinta á su manera en breves y aislados cuadros el movimiento de la humanidad: allí aparece el rey David, al lado del rey Ricardo, Corazón de León; junto á María Antonieta, la salvaje reina Pomaré. Una segunda parte del *Romancero* contiene el famoso *Libro de Lázaro* (escrito en 1854) expresión de los sufrimientos, de la duda, de las aspiraciones del poeta moribundo: los sueños más fantásticos, las sátiras más crueles, las burlas más desdeñosas, llenan aquellas breves páginas, en las que el estertor de la muerte parece unido á la ilusión, á que aún se agarra el agonizante, de los últimos goces de la vida. Como Aquiles, en los Campos Elíseos, el martirizado poeta renunciaría á la gloria por vivir un día en la tierra como el más miserable de los siervos. ¡Grito desesperado de la mísera carne humana, deteniendo los nobles vuelos del espíritu! Termina el *Romancero* con las *Melodías Hebráicas*, en las que, evocando el recuerdo del rabino español Jehuda ben Halevi, reproduce las disputas teológicas de judíos y cristianos, para mofarse de unos y otros: de esta manera, las primeras impresiones de

su vida, las primeras luchas de su alma, vienen á llenar sus últimos momentos.

«¡ Aristófanes se muere!» exclamaban con dolor los hombres más ilustres de París al presenciar la agonía del poeta; la *Revue des Deux Mondes* excitaba la conmiseración de las gentes, publicando su efigie, extenuado, con la frente abatida; «como un Cristo de Morales». Coronábale la gloria, pero iba quedando solo y abandonado en el sillón donde pasaba las horas, postrado é inmóvil. Un día fué á verle Berlioz:—«Vos por aquí, ¡ siempre original!» le dijo el poeta: la chanzoneta se mezclaba al sarcasmo, hasta en sus últimos momentos.

Llegaron estos el 17 de Febrero de 1856; murió el poeta, y el cementerio de Montmartre recibió sus despojos mortales, que fueron trasladados después á Hamburgo, cuna de sus primeros amores y sus primeras desventuras. Las apasionadas contiendas, las quejas y los rencores que suscitó su intervención violenta en las batallas de su tiempo, fueron calmándose y borrándose; su numen quedó triunfante, como aquellos astros eternos que á veces nos pinta, resplandeciendo esplendorosos sobre las pasajeras nubes que oscurecen el firmamento y conmueven el mundo con sus huecos estampidos.

La fama de Enrique Heine creció con su muerte; su poesía llenó el orbe literario, y tuvo, en todas partes,

un tropel de imitadores. Su permanencia en París y su naturalización en aquel centro del movimiento intelectual de Europa, facilitaron la propaganda de su escuela. El vate alemán, conociendo muy bien el idioma francés, jamás lo usó para sus escritos: abominaba su amanerado estilo poético y su monótona metrificación. Pero ayudó eficazmente á buenos hablistas fanceses, como Gerardo de Nerval y Teófilo Gautier, en la traducción de sus obras al idioma de Racine y de Moliére, empresa difícil por la originalidad y atrevimiento de su frase alemana. «Es intento arriesgadísimo siempre, escribía, reproducir en prosa y en una lengua de procedencia latina, una obra métrica, compuesta en idioma de origen germánico. El pensamiento íntimo del original se evapora fácilmente en la traducción, y no queda más que algo parecido al *resplandor de la luna disecado*, como ha dicho un malicioso que se burla de mis poesías traducidas (1).»

Estas traducciones francesas, cuya deficiencia proclamaba el mismo autor, son las que le han dado á conocer en España, donde abundan poco los amantes y cultivadores de las letras que puedan leer su texto original. Pero, aun así, sin poder aspirar todo el aroma de esas flores, tan frescas y lozanas, contemplándolas secas y descoloridas, como las que guardan los botánicos en sus herbarios, han gustado tanto de ellas nuestros ingenios, que muchos se han dado á copiar-

---

(1) Prólogo de Heine á la traducción francesa de sus poesías, publicadas con el título de *Poëmes et Legendes*. París 1855.

las y contrahacerlas. Y como las imitaciones suelen pecar de insípidas y pesadas, han puesto á uno de nuestros más vigorosos poetas en el caso de protestar contra «esos suspirillos líricos, de corte y sabor germánico, exóticos y amanerados, con los cuales expresa nuestra adolescencia poética sus desengaños amorosos, sus ternuras malogradas y su prematuro hastío de la vida (1).» Esta justa crítica del rebaño de los plagiarios no amengua el valor altísimo de las creaciones de Heine, ni puede referirse tampoco á los poetas que, con inspiración propia, han seguido su camino. Uno tenemos en España que figura con razón entre los primeros de nuestra época: el insigne y malogrado vate sevillano Gustavo Adolfo Becquer. Por más que su biógrafo y panegirista (2) haya negado que imitase al poeta alemán, basta leer las obras de uno y otro para convencerse de lo contrario. Sería el caso más extraordinario de inspiraciones coincidentes la igualdad del asunto principal, la analogía de sentimientos, la identidad de tono y la semejanza de formas métricas, que hay entre las *Rimas* de Becquer y el *Intermezzo*. Intercaladas muchas de aquellas poesías en una perfecta traducción castellana del libro de Heine, no se notaría diferencia entre ambos autores. Esto basta para la gloria del poeta sevillano; no hay que atribuirle una originalidad difícil de sostener (3).

(1) Núñez de Arce: prefacio de los *Gritos del combate*.

(2) D. Ramón Rodríguez Correa, en el prólogo de la segunda edición de las *Obras de Gustavo A. Becquer*.

(3) El Sr. Rodríguez Correa, admitiendo que hay mucha seme-

Poesía que encontraba tanto eco en los corazones había de inspirar á sus admiradores el deseo de verterla al idioma castellano. Fué el primero que tentó la empresa quien más dotes tenía para darle glorioso remate. Don Eulogio Florentino Sanz, el autor de *Don Francisco de Quevedo*, que supo dar al gran satírico español algo del amargo humorismo de la poesía del Norte, se prendó de los *Lieder* de Heine, cuando su misión diplomática en Alemania le permitió estudiar de cerca aquella literatura. Al año siguiente de la muerte del gran poeta, el *Museo Universal*, de Madrid, publicaba algunas de sus composiciones puestas en verso castellano por tan concienzudo traductor. Aquel periódico las presentaba al público como una gratísima novedad y añadía: «Nadie mejor que el Sr. Sanz pudiera ser el intérprete español de Heine, por los muchos puntos de contacto que existen entre estos dos poetas, según podrán notarlo nuestros lectores, al repasar alguna de estas canciones, que, aun traduci-

---

janza entre Enrique Heine y Gustavo Becquer, busca diferencias entre ellos, diciendo que el primero es más independiente, indicación vaga cuyo sentido no comprendo bien, y el segundo más artista, en lo cual no estoy conforme. Si el arte se toma en su acepción general, como procede en este caso, no conozco poeta alguno que aventaje á Heine en sentimiento artístico. Dice también el Sr. Correa, y en esto va mejor encaminado, que el deseo de ser original y de alardear de excéntrico y escéptico hizo desconocer al poeta alemán la unidad, que es el arte (y pase esta afirmación inexacta por incompleta) como lo prueban sus poemas *Germania* y *Lázaro*. Es verdad, pero esto no prueba nada contra el evidente reflejo que se nota en las *Rimas* de Becquer, no de estas obras del último período de Heine, sino del *Intermezzo* y *El Regreso*, inspiración de su juventud.

das del alemán, parecen más bien originales del autor del *Quevedo* y *Achaques de la vejez* (1).» Las traducciones publicadas en el *Museo Universal* son excelentes, en efecto, y si el Sr. Sanz hubiese completado su obra, no hubiéramos tenido que probar fortuna los que luégo, con menor aptitud, hemos acometido la misma empresa.

No he de juzgar yo los ensayos que desde entonces se han hecho en España para traducir á Heine: diré solamente que, sino todas, la mayor parte de estas versiones no proceden del original alemán, sino de la traducción francesa, lo cual, si no es obstáculo insuperable para el acierto, lo dificulta mucho (2). El fallo

(1) Quince son las poesías de Heine que dió á luz entonces el Sr. Sanz, y están bien escogidas entre las mejores del *Intermezzo* y de *El Regreso*, con alguna otra, como el bellísimo romance titulado: *El Mensaje*. El *Museo Universal* las publicaba como comienzo de una serie que había de continuar; pero no fué así, por desgracia de las letras españolas.

(2) El mismo *Museo Universal* insertó en 1867, núm.° XVIII y siguientes, una traducción del *Intermezzo*, en verso, de D. Manuel Gil Sanz; lleva la fecha de 1861. En 1873 se publicó en Madrid, con el título extraño é impropio de *Joyas prusianas, Poemas de Enrique Heine*, un volumen de traducciones, también en verso, de D. Manuel María Fernández: este escritor tiene la franqueza de confesar que traduce del francés. Contiene su obra el *Intermedio*, el *Regreso* y la *Nueva Primavera*. El mismo año, en uno de los tomitos de la *Biblioteca Universal*, entre otras *Poesías líricas alemanas*, vertidas al castellano por Jaime Clark, se incluyeron cincuenta y un cantares y siete romances ó leyendas de nuestro poeta. Son estas versiones muy superiores á las anteriores por estar más ceñidas al texto original y mejor comprendido el sentimiento del autor, pero es pobre la forma poética castellana. La acreditada *Biblioteca Clásica*, que publica D. Luís Navarro, ha dado en 1883 un tomo de traducciones en verso de obras de Heine, con el título de *Poemas y Fantasías*.

supremo del público no ha sancionado como definitivas las traducciones hasta el día publicadas, y deja abierto el camino á los que, por afición á estos trabajos, aunque desconfiados de salir airosos donde otros tropezaron, emprendemos tan ardua tarea. Por lo que á mí toca, aliéntame la indulgencia con que ha sido tolerado mayor atrevimiento: en quien ha puesto la mano en el *Fausto* de Goethe, no parecerá tan grave desacato rehacer en nuestro idioma las poesías de Heine. Debo confesar, sin embargo, que la obra no es menos ardua: hay en el vate de Dusseldorf una difícil facilidad que engaña. Le caracterizan la naturalidad de la expresión, la limpidez del estilo, la sobriedad del lenguaje, la ausencia completa de toda ampulosidad, de toda afectación, de toda vana retórica. Son sus canciones, de muy pocos versos casi todas ellas, como diminutas y transparentes copas de purísimo cristal de Bohemia, con elegancia suma talladas, en las que brilla y centellea un sorbo de licor, dulce y embriagador, unas veces, como la ambrosía de los dioses, amargo otras veces, como el absintio de los hombres. Servido en el rústico cacharro de una mala traducción, ha de

---

Comprende el *Intermezzo*, *El Mar del Norte*, *El Regreso, Nueva Primavera* y *Hojas caidas*, y es el traductor el joven y aventajado poeta valenciano, mi querido amigo D. José J. Herrero, que se propone dar en un segundo tomo, *Atta Troll*, *Germania,* el *Romancero* y otras obras del mismo autor.

No he podido ver una traducción del *Intermezzo* publicada, según me dicen, en una revista literaria, por D. Ángel Rodríguez Chaves; ni otra del reputado literato americano Sr. Pérez Bonalde. Éste va á publicar en Nueva-York todo el *Buch der Lieder*, traducido en verso.

perder la mitad de su atractivo por lo menos. La dificultad de conservar el laconismo y la pulcritudde esa forma, tan artística y tan natural al mismo tiempo, es el escollo en que han tropezado todos los que han traducido á Heine en castellano. Tiene la lengua alemana copiosísimo caudal de palabras compuestas; expresa con una sola de ellas las ideas más complejas; pinta un cuadro con una sola pincelada. Esto le da cierta semejanza con la griega, y permite, como aquel idioma, enriquecer el lenguaje poético con frases de sorprendente belleza, que adquieren tanta flexibilidad como brillantez cuando maneja ese idioma un artista de la palabra como el autor del *Intermezzo*. Hed aquí un ejemplo: en *El Mar del Norte* nos dice que bebiendo en la taberna de Bremen, ve dentro del vaso todo lo que sueña su fantasía, y sobre todo ello, la imagen de su amada: *Das Engelköpfchen auf Rheinweingoldgrund*, «aquella cabeza—de—ángel, sobre el—fondo—de—oro del—vino—del—Rhin.» Cuatro palabras no más, y un solo verso en el texto original: pruebe el lector á decir lo mismo en castellano, y verá cómo necesita dos versos por lo menos y una docena de palabras.

Una traducción en verso no puede ser más que una aproximación á la obra traducida; puede quedar el traductor á cien leguas de ella; puede acercarse mucho, pero nunca bastante para cumplir completamente su propósito. Hay también diversas maneras de hacer estas traducciones, desde la imitación y la paráfrasis, que sólo toma los pensamientos capitales del autor para darles expresión distinta, hasta la traduc-

ción ceñida y literal, que adopta la misma forma métrica del original y sigue su frase y su dicción, en cuanto es posible. En mi sentir, la traducción poética exige la reproducción exacta de los pensamientos y las imágenes de la obra traducida, pero también la incubación propia de esas imágenes y esos pensamientos en el idioma del traductor. No basta poner palabras castellanas en lugar de las alemanas, ni sustituir la sintáxis de una lengua por la de otra: hay que adivinar cómo hubiera dicho en castellano el autor alemán lo que se intenta traducir, si en lugar de su idioma natal hubiera hablado el nuestro. Este procedimiento es el que usé en la traducción del *Fausto;* y el mismo he seguido ahora, porque alguna objeción que se me ha hecho, no ha podido convencerme de que fuera vicioso ó improcedente.

Un reputado crítico, benévolo siempre conmigo, al ocuparse de aquella obra (1) con elogio que peca de extremado y que revela cariñosa amistad, le puso un *pero:* parecióle que la traducción no conserva «la fisonomía típica del original de Goethe,» porque hago hablar á Fausto «como un caballero español de capa y espada» y porque Mefistófeles se expresa «de un modo muy parecido al que emplean algunos maléficos personajes de los que salen en nuestras tragi-comedias.» Pero, ¿es que he trocado los pensamientos que Goete puso en la mente de esos personajes, por otros de diverso carácter? No; es que *he hecho castellano el Faus-*

(1) Don Francisco Miquel y Badía; artículo publicado en el *Diario de Barcelona.*

to, así lo dice mi galante impugnador, porque tienen *sabor calderoniano* los versos que puse en su boca. Y para remachar su objeción, cita luégo estos:

La mozuela que hecha un pingo
barre el sábado mejor,
es la que con más primor
te acariciará el domingo.

«Traducción fidelísima del original en su fondo,» es esta especie de cantar, según el crítico (1), y sin embargo, le parece que más debe aplicarse á una mozuela de Tirso ó de Bretón que á una muchacha tudesca. ¿Por qué? ¿Es que el habla castellana, neta y castiza, sólo nos trae á la imaginación figuras castellanas también? ¿Qué especie de idioma debemos usar, pues, para que nos haga pensar en cosas tudescas? ¿Sería buena traducción aquella, que, no por los pensamientos expresados, sino por la forma de la dicción, nos advirtiese y revelase de qué lengua estaba hecha? ¿Ha de conocerse, leyendo la versión castellana, si el original está en griego ó en latín, en alemán ó en sueco? No, esto sería, como vulgarmente se dice, «traducir del francés al *gabacho*.»

Basta de este punto. Es de mal gusto rebelarse contra la crítica, y sentiría que se me atribuyese tal propósito. Defiendo mi modo de ver en materia de traducciones, y desconfiando de lograr mi intento, lisonjéame que literatos expertos, difiriendo de mi

(1) Dice Goethe literalmente: «la mano que el sábado maneja la escoba, es la que te acariciará mejor el domingo.»

opinión, me acusen de «haber hecho castellano» al *Fausto,* que era, precisamente, lo que me propuse. Si este fuera el único defecto de aquella traducción, ¡qué mayor gloria para mí!

Hacer castellano á Heine, en la palabra, no en la idea, es también el propósito de esta obra. Contiene las mejores producciones, en concepto mío, de aquel gran poeta, ó por lo menos, las que me son más simpáticas, las que mejor expresan el entusiasmo de su alma soñadora, atormentada ya, pero no abatida, por las decepciones y las dudas, como lo estuvo después. Pocas supresiones he hecho en el texto del *Libro de los Cantares*, tal como se publicó la primera vez. Sólo he prescindido por completo de los *Sonetos*, porque en esta composición la forma es obligada, y encerrar en un soneto castellano cada uno de los diez y siete que hay en el libro, me parece dificilísimo sin notable alteración del texto. Los *Ensueños* están todos en esta traducción; de los *Cantares y Romances* he sustituído algunos pocos, que perdían su efecto al ser traducidos, por otros agregados en los *Apéndices* que publicó después el propio Heine. En el *Intermezzo* y *El Regreso*, sus obras capitales, no he querido quitar nada, ni aun aquellas composiciones que suprimió el mismo poeta al publicarlas en francés. Para el efecto artístico de la obra, quizás hubiera convenido hacer estas supresiones; para conocer al autor en todas sus fases, vale más dar el texto completo. También está completo el de las poesías del viaje al *Harz.*

Si gustase al público este libro, quizás me atrevería

á completar en otro volumen la españolización de las poesías de Heine: *El Mar del Norte*, *La Nueva Primavera*, algo del *Romancero* y de otras de sus últimas producciones, ofrecerían sabrosísima lectura á los amantes de la poesía, si acertara yo á conservar en la versión castellana alguna parte de la admirable belleza del original; é hicieran quizás amar á un poeta que tanto padeció, y que, como dice discretamente uno de sus admiradores en España (1), no fué *el hombre de las contradicciones*, *sino el hombre de las contrariedades*.

TEODORO LLORENTE.

(1) Perojo, en los artículos ya citados de la *Revista Europea*.


LIBRO
DE LOS
CANTARES



PRÓLOGO

DE LA

TERCERA EDICION[1]

Este es el viejo bosque aún hechizado:
los tilos aromáticos florecen;
para endulzar mi corazón hastiado
los rayos de la luna resplandecen.

Penetro en él con indecisa planta;
oigo voz melodiosa en las alturas:
es el oculto ruiseñor, que canta
amores y amorosas desventuras.

Canta con melancólica alegría
tristes goces, pesares halagüeños;
y es tan dulce su voz, que al alma mía
vuelve otra vez los olvidados sueños.

[1] Este prólogo está fechado en París, 20 Enero de 1839.

Sin detener el pié, sigo adelante;
y surge entre los árboles oscuros
un alcázar tan alto y arrogante
que al cielo tocan los audaces muros.

Cerradas todas las ventanas miro;
y silencio tan hondo en él se advierte,
que parece ese lúgubre retiro
la mansión misteriosa de la Muerte.

Á la puerta, una Esfinge: forma horrible
y bella al par; amable y pavorosa:
el cuerpo y garras, de león temible,
el busto y seno, de mujer hermosa.

El ansioso deseo centellea
en sus inquietos ojos penetrantes;
sus rojos labios, que el deleite arquea,
sonríen satisfechos y triunfantes.

Y entona el ruiseñor tan dulce trino
que ya el impulso resistir no puedo;
y al besar aquel rostro peregrino,
en la traidora red prendido quedo.

La Esfinge sepulcral se agita y mueve;
respira el duro mármol y solloza;
cual vampiro voraz, mis besos bebe,
y en absorber toda mi sangre, goza.

Sedienta apura mi vital aliento,
y me abrasa después de tal manera,
que en mis entrañas destrozadas siento
las implacables garras de la fiera.

¡Dolor que embriaga! ¡Dicha que sofoca!
¡Sin límites las penas y los goces!
¡Néctar del cielo en su incitante boca!
¡En su garra crüel ansias feroces!

Y canta el ruiseñor: «¡Hermosa Esfinge!
¡Oh soberano Amor! ¿Qué ley tirana
toda ventura que nos das restringe
y con mortal tribulación la hermana?»

Ese problema, que mi dicha trunca,
resuelve, Amor, causante de mis daños:
yo no he podido resolverlo nunca,
y estoy pensando en él millares de años.


CUITAS JUVENILES
1817—1821



ENSUEÑOS

I

Soñé un tiempo feliz mirtos y rosas,
tiernos halagos y febril pasión,
dulces labios, palabras engañosas,
y cantares de notas temblorosas
llenos de melancólica emoción.

Disipáronse—¡ay Dios!—aquellos sueños,
y la imagen triunfal, de ojos risueños,
que en ellos siempre, como reina, ví;
sólo quedan—¡recuerdos halagüeños!—
los que en mis rimas encerré y fundí.

Vosotras ¡oh mis huérfanas canciones!
como aquellas soñadas ilusiones,
disipaos también, raudas volad;
y á las que tanto amé, dulces visiones,
este suspiro abrasador llevad.

2

Tuve un sueño—¡extraño sueño!—
aterrador y halagüeño,
pavoroso y dulce al par;
en desecharlo me empeño,
y aún me está haciendo temblar.



Era un jardín: más primores
en ninguno jamás ví;
sin afanes ni temores,
contemplaba yo las flores;
mirábanme ellas á mí.

Las aves, en dulce coro,
cantaban himnos de amor;
rojo sol, de rayos de oro,
daba con triunfal decoro
un matiz á cada flor.

Prestábale su ambrosía
al aire el fresco vergel;
todo brillaba y sonreía,
todo en él resplandecía,
todo enamoraba en él.

En taza de mármol bella
brotaba allí un manantial;
hermosísima doncella
lavaba afanosa en ella
un blanco y luengo cendal.

Llena su mirada amante
de luz estaba y candor;
trenzas de oro su semblante
coronaban, semejante
al de un ángel del Señor.

La contemplaba y crecía
la grata ilusión en mí;
con interior alegría
reconocerla quería,
aun cuando nunca la ví.

Cantaba con voz doliente,
con acento angelical:
« Lava, lava, clara fuente,
lava, límpida corriente,
lava este blanco cendal. »

Acerquéme conmovido,
y con ansioso interés,
le dije, casi al oído:
—« Ese lienzo, ángel querido,
¿me dirás para quién es?»

—«Prepara el ánimo fuerte:
lo que estoy lavando yo,
es tu sudario de muerte.»
Y cuando habló de esa suerte,
al punto despareció.

Por arte de hechicería
halléme en selva sombría
de arboleda secular;
asombrado, no sabía
ni qué hacer, ni qué pensar.

Escuché lejanos ecos,
como golpes de hacha secos;
rompiendo breñas corrí,
y de la selva en los huecos
un claro espacioso ví.

Encina altiva y pomposa
alzábase en medio de él;
y allí mi virgen hermosa
aquella encina frondosa
hería con hacha cruel.

La hería con vivo empeño,
cantando extraño cantar:
—«Hacha, de brillo risueño,
hiere, hiere el duro leño;
él las tablas me ha de dar.»

Acerquéme sorprendido,
y con secreta emoción
le dije, casi al oído:
«Las tablas, ángel querido,
¿me dirás para quién son?»

—«Aproxímase la hora:
tu propio féretro ves.»
Tal, con voz aterradora,
contestó la encantadora;
y desapareció después.

Llanura desierta y fría
sin límites se extendía:
al verme en aquel lugar,
asombrado, no sabía
ni qué hacer, ni qué pensar.



Caminando á la ventura,
una imagen distinguí
de inmaculada blancura;
la doncella hermosa y pura
estaba también allí.

Afanosa hería el suelo
con un pico brillador;
la miré con vivo anhelo,
y me dió grato consuelo
y á la vez vago estupor.

Hería el suelo afanosa,
cantando extraño cantar:
—«Cava, buen pico, una fosa;
cava una fosa espaciosa,
cava, cava sin cesar.»

Acerquéme estremecido,
y con creciente interés
le dije, casi al oído:
—«Esa fosa, angel querido,
¿me dirás para quién es?»

Contestóme breve y presto:
—«Está ya todo dispuesto:
esta fosa es para ti.»
Y á mis piés, al decir esto,
abierta la fosa ví.

Miré al fondo, y ví la fría
oscuridad con pavor;
me asustaba y me atraía,
y cuando en ella caía,
desperté lleno de horror.

3

Vime en sueños á mí mismo,
ceremonioso y formal,
todo vestido de gala,
guante blanco y negro frac.
Encontrábame delante
de mi adorada beldad,
y haciéndole reverencia,
díjele afable y galán:
—«Si sois vos, señora mía,
la hermosa que va al altar,
si sois vos, señora mía,
mis plácemes aceptad.»
Sentí, cuando así le hablaba,
escalofrío glacial;
se me anudó la garganta,
y no pude decir más.
Rompió la hermosa de pronto,
rompió de pronto á llorar,
y sus lágrimas borraron
su imagen angelical.
¡Ojos claros y serenos,
astros de amor y de paz,
mil veces en gratos sueños
me habéis engañado ya;
mil veces también, despierto,
me volvisteis á engañar,
y á pesar de tanto engaño,
por mi bien ó por mi mal,
he de dar crédito á todo,
á todo cuanto queráis!

4

Ví en sueños un hombrecillo
chiquitín y petulante,
que alargando bien las zancas,
andaba estirado y grave;
muy planchada la pechera,
muy acicalado el traje.
Por dentro, tosco y grosero,
insolente y miserable;
por fuera, trazas ilustres,
ribetes de personaje;
en dichos, un Alejandro;
en hechos, un badulaque.
—«¿Quién es, me preguntas? Mira
y te lo pondré delante.»
Así el Dios de los Ensueños
me dijo, y en los cristales
de un espejo, ví moverse
tropel de extrañas imágenes.
Estaba el buen hombrecillo
al pié del altar; mi amante
también; al *sí* que él decía,
con otro *sí* contestábale;
y gritaban con gran bulla
todos los demonios: *¡Amen!*



5

¿ Qué inesperada fiebre me devora ?
¿ Qué ponzoñosa indignación me inflama ?
Hierve en mis venas sangre abrasadora;
arde en mi pecho repentina llama.

Un sueño—¡triste augurio del destino!—
mi pobre corazón hizo pedazos :
el hijo infausto de la Noche vino
y palpitante me llevó en sus brazos.

Transportóme en sus brazos voladores
á una mansión magnífica y brillante ;
todo eran luces, músicas y flores :
abierto un salón ví ; pasé adelante.

Allí, nupcial festín : mesa fastuosa
estaba ya servida y bien poblada.
Á los novios miré : la nueva esposa
— ¡ qué sorpresa, gran Dios ! — era mi amada !

Era mi amada, como siempre, bella :
y era un desconocido el nuevo esposo.
Acerquéme temblando, y detrás de ella
aguardé conmovido y silencioso.

La música sonaba, y de amargura
llenaba, aún más, mi corazón herido:
ella estaba radiante de ventura;
él su mano estrechaba embebecido.

Y llenando la copa transparente,
la probaba, y después se la ofrecía :
ella, al labio llevábala sonriente,
y era mi sangre ¡ay Dios! lo que bebía!

Una manzana de purpúreo brillo
ella, amorosa, entonces le brindaba;
hincaba él en la fruta su cuchillo ;
y era en mi corazón donde lo hincaba!

Mirábala después con embeleso,
tendía á su cintura el brazo fuerte,
besábala por fin, y el glacial beso
sentía yo de la aterida Muerte!

Hablar quería, pero el labio mío
mudo estaba al reproche y á la queja;
la música rompió con mayor brío;
lanzóse al baile la feliz pareja.

Giró en torno de mí vertiginosa
la multitud gentil y alborozada;
el esposo, en voz baja, habló á la esposa,
que encendida le oyó, mas no enojada.

Y huyendo la enfadosa compañía,
salieron del salón con pié furtivo;
yo les quise seguir, y no podía:
estaba medio muerto y medio vivo.

Junté las fuerzas que el dolor nos roba,
y por palpar mi desventura cierta,
llegué arrastrando á la nupcial alcoba,
y dos viejas horriblesví á la puerta.

Era una la Locura, otra la Muerte,
espectros al umbral acurrucados,
que un dedo seco, tembloroso, inerte,
posaban en los labios descarnados.

Horror, espanto y duelo, todo junto,
lanzó en un grito el alma desgarrada;
después, eché á reir, y en aquel punto
me despertó mi propia carcajada.

6

En noche muda y sombría,
cuando yo dulce dormía,
á mi tranquilo aposento
vino la adorada mía
por arte de encantamiento.

Contemplábala extasiado;
con igual placer y agrado
contemplábame ella á mí;
abrió al fin el labio osado
y de pronto dijo así:

—«Tuya soy: desde este instante
me entrego á ti sin reproche;
seré tu dócil amante
desque suene medianoche
hasta cuando el gallo cante.»

Llenóme de asombro aquella
súbita proposición:
la hermosísima doncella
prosiguió, amorosa y bella:
—«Por mi amor, tu salvación.»

—«De mi voluntad rendida
dispón, oh prenda querida,
y gózate en la victoria;
te doy mi sangre y mi vida;
mas no el reino de la gloria.»

Oyó la gentil doncella
mi tenaz contestación;
y más amante y más bella,
volvió á su extraña querella:
—«Por mi amor, tu salvación.»

Siniestra y lúgubremente
su voz para mí sonaba;
un volcán era mi frente,
la angustia me sofocaba
y me faltaba el ambiente.

Entonces ví aparecer
serafines y querubes
ceñidos de rosicler;
y entre borrascosas nubes
ministros de Lucifer.

Luchaban éstos, armados
contra la grey celestial,
y por ella rechazados,
huían por todos lados
los negros genios del mal.

Yo, en tanto, á la amada mía
contra mi pecho oprimía,
cual cervatilla amorosa;
y ella en mis brazos gemía,
tan bella cual quejumbrosa.

Gemía, y yo penetraba
la causa de su dolor;
sus dulces labios besaba,
y al fin, rendido, exclamaba:
—«Ya es tuyo todo mi amor.»

Tal dije, con loco anhelo;
y en aquel momento mismo,
sentí mi sangre hecha un hielo;
tembló á mis plantas el suelo;
se abrió delante un abismo.

Por ese abismo surgía
la legión triste y sombría;
pálida á mi hermosa ví,
y aunque ansioso la oprimía,
disipóse y la perdí.

Y giraba alrededor
el tropel aterrador,
cada vez menos distante;
y lanzaba mofador
su carcajada insultante.

Y estrechando más y más
los hijos de Satanás
su cadena de vestiglos,
gritaban: —«Nuestro serás
por los siglos de los siglos.»



7

Cobrada tienes la paga,
¿ por qué tardar, seor Demonio ?
Sentado en mi triste cuarto,
aguardo inquieto y ansioso :
á sonar va medianoche ;
falta la novia tan sólo.
Ráfagas del Campo santo,
leves y callados soplos,
¿ habéis visto á mi adorada ?
Tal digo, y surgen de pronto
descoloridos fantasmas,
que envolviéndome en su corro,
—«La hemos visto, la hemos visto»—
exclaman á un tiempo todos.
Tú, el de la roja librea,
¿qué embajada traes, buen mozo?
—«Anuncia Su Señoría
que vendrá dentro de poco :
por los aires va su coche ;
dos dragones son su tronco.»
Tú, peliblanco vejete,
¿ Qué quieres ? ¿ Con qué propósitos

vienes, mi difunto dómine,
tan lúgubre y melancólico?
¿Por qué mudo me contemplas
y levantando los hombros,
te vas? Y tú, ¿por qué chillas,
velludo y horrible mono?
¿Por qué así, negro gatazo,
chisporrotean tus ojos?
¿Por qué, brujas desgreñadas,
alborotáis de ese modo?
¿Por qué de nuevo repites
con canturreo monótono
¡oh locuaz ama de leche!
tus cuentos burdos y tontos?
Véte á casa, ama de leche;
tus romances y coloquios
no son, vieja charlatana,
de las circunstancias propios·
hoy mis bodas solemnizo;
y engalanados y orondos
vienen ya los convidados
á honrar el fausto consorcio.
¡Salud, caballeros! ¡Eso
es cortesía y buen tono!
la cabeza por sombrero
lleváis en la mano todos.
¡Chusma de piernas colgantes!
¡Racimos de horca gloriosos!
¿Por qué, si el viento ha cesado,
venís tan tardos y zompos?
También, montada en la escoba,
has venido, vejestorio;
tu hijo soy yo, Marizápalo,
y tu bendición imploro.
Abriendo las secas fauces

en el carcomido rostro,
gruñe la pícara bruja:
— «*Per sécula seculorum!*»
  Dando tumbos vienen luégo
doce músicos indómitos,
incansables rascatripas,
regocijo de los sordos;
vestido de colorines,
va el payaso, haciendo el bobo;
y el sepulturero inquieto
corre de un lugar á otro.
Van detrás doce beatas
bailando con doce acólitos;
lleva el compás Celestina,
y entonan á voz en coro,
con música de salmodia
cantares escandalosos.
  Calla tú, ropavejero,
¡no te desgarres los bronquios!
Guarda ese ropón de pieles;
pues, aquí, en el Purgatorio,
fuego tenemos de balde,
en cuyo ardiente rescoldo
huesos de rey y mendigo
calientan del mismo modo.
  Gibosas y patizambas
son las floristas: ¡qué monstruos!
Y vienen cabeza abajo,
dando vueltas en redondo.
¡Pasad, caras de mochuelo!
¡Basta de zambra y holgorio!
¡Descanso dad á los huesos,
que crujen secos y rotos!
  El infierno está de huelga;
sueltos andan los demonios;

la música de los réprobos
toca el rigodón diabólico.
¡Calla, tropa alborotada,
que ya viene el bien que adoro!
¡Lárgate, canalla! Apenas
mis propias palabras oigo.
¿No escucháis el traqueteo
de un coche, que pasa próximo?
¿En donde estás, cocinera?
Corre y abre el portal pronto.
¡Bien venida, hermosa mía!
¿Cómo estás, dulce tesoro?
También vino el celebrante:
sentáos, señor canónigo,
el de la pata de cabra,
el de las barbas de choto;
vuestra mano humilde beso
y á vuestras plantas me postro.
¿Por qué tan pálida y muda,
mi amor? Está el desposorio
dispuesto; caro me cuesta,
pago bien los vidrios rotos;
pero, porque seas mía,
—ya lo ves—me avengo á todo.
Arrodíllate á mi lado,
¡Oh momento venturoso!
En mi seno palpitante
busca tu cabeza apoyo;
y en mis brazos colvulsivos
te estrecho anhelante y loco.
Juntos nuestros corazones
palpitan, ebrios de gozo,
y suben al quinto cielo
nuestros audaces propósitos.
Bogan en mar de venturas

nuestras almas, y hasta el trono
llegan de Dios, cuando súbito,
cual nubarrón espantoso,
su negra mano el Infierno
extiende sobre nosotros.
El hijo triste y sombrío
de la Noche, el matrimonio
bendice; en libro de fuego
el formulario estrambótico
deletrea; sus plegarias
son blasfemias, y á sus votos
los condenados responden
con infernal alborozo.
Silban, graznan, gritan, rugen
con tal fuerza y de tal modo
que atrás dejan huracanes,
borrascas y terremotos.
Tenue vislumbre azulada
rasga el horizonte lóbrego,
y Marizápalos gruñe:
« *Per sécula seculorum.* »





8

De la casa yo volvía
donde tengo mis amores,
vagando entre las fantásticas
sombras de la medianoche.
Pasé junto al Campo santo;
miré adentro, y parecióme
que las tumbas, entreabiertas,
me llamaban sin dar voces.
Acerquéme hacia el sepulcro
del Juglar, en cuyos bordes
quebraba incierta la luna
sus pálidos resplandores.
Un espectro vaporoso
surgió á mis ojos entonces,
y me dijo: «¡Bienvenido,
hermano! Acércate y oye.»
Era el Juglar en persona:
sobre el sepulcro sentóse:

pulsó con diestra convulsa
vihuela de ásperos sones,
y así comenzó sus trovas,
con voz agria y desacorde.

«Cítara, ¿la canción ya no recuerdas
que hizo vibrar tus palpitantes cuerdas
y encendió el alma en fuego abrasador?
la llama el ángel beatitud celeste,
suplicio eterno, la precita hueste;
La humanidad, amor!»

Todas las tumbas se abrieron
al pronunciar este nombre;
alzáronse mil espectros:
acercáronse veloces,
y cantaron, dando vueltas,
en espantoso desorden.

«Tú los ojos nos cerraste;
tú á la huesa nos echaste,
amor, implacable amor!
¿Por qué, ni en la noche oscura
de la misma sepultura,
nos dejas en paz, traidor?»

Así gruñían y aullaban;
dando alaridos feroces;
y el Juglar, en medio de ellos,
sentado en la tumba, inmóvil,
arañaba la vihuela
con extrañas contorsiones.

«¡Qué baraúnda! ¡Qué ruido!
¡Qué tropel! ¡Qué confusión!

Gentes sin ley ni sentido,
bien habéis obedecido
mi mágica evocación.
Cual marmota en su guarida,
en la tumba aborrecida
yacemos sin respirar;
hoy recobramos la vida;
¡á reir, pues, y á gozar!
Fueron nuestro afán las bellas,
y corrimos tras sus huellas
con rabioso frenesí:
venid; hablaremos de ellas:
no nos oye nadie aquí.
Cada cual su historia cuente;
cada cual su mal lamente,
y refiera sin temor
cuándo y cómo le hincó el diente
la jauría del amor.»

Una escuálida estantigua
salió del tropel indócil:
avanzó unos cuantos pasos;
habló, y dijo estas razones.

«Aprendiz era de sastre;
siempre dale que le das,
con el dedal y la aguja,
con la aguja y el dedal.
Hábil era cual ninguno
en zurcir y en remendar,
con el dedal y la aguja,
con la aguja y el dedal.
La sobrina del maëstro
me pareció una deidad,
con el dedal y la aguja,
con la aguja y el dedal.

El corazón traspasóme
y aquí he venido á parar,
con el dedal y la aguja,
con la aguja y el dedal.»

Con tremendas carcajadas
acogieron sus razones:
con paso grave y solemne
otro espectro adelantóse.

«El bandido generoso
era mi noble idëal;
de su gloria estaba ansioso:
turbaba, á más, mi reposo
una mujer celestial.
Lloré su arrogancia austera,
y turbada la razón,
mi mano—¿quién lo dijera?—
hundióse en la faltriquera
de un vecino ricachón.
Un sayón de bajo vuelo
atrapóme, sin pensar
que quise, en mi desconsuelo,
los lloros con el pañuelo
de mi vecino enjugar.
¡No fué ligero el bromazo!
doblar me hizo el espinazo,
y en la casa negra dí,
que abrió el maternal regazo
benéfica para mí.
Aspero cordel tejiendo,
allí me fuí consumiendo,
pensando siempre en mi amor:
tomé un berrinche tremendo,
y reventé á lo mejor.»

Con tremendas carcajadas
acogieron sus razones:
muy pintado y relamido
salió otro fantasma entonces.



«Yo fuí rey de las tablas: cifré todo mi anhelo
en los papeles tiernos de amante y de galán:
los bofes arrojaba, gritando: «*¡Santo Cielo!*»
y suspiraba flébil después: «*¡Mi dulce imán!*»
Era María Stuardo mi amor: ¡oh, cuán hermosa
brilló siempre á mis ojos! Constante Mortimer,
la devoré sediento con mi pupila ansiosa;
mas ella jamás quiso mis guiños comprender.
Un día, medio loco, grité con voz ahogada:
«*¡María! ¡Oh santa! ¡Oh mártir! Contigo también voy.*»
Saqué el puñal del cinto; me dí la puñalada;
se me escapó la mano convulsa, y aquí estoy!»

Con tremendas carcajadas
acogieron sus razones:
un estudiante afligido
vino después dando voces.

«En su sitial peroraba
el tétrico profesor;
á su lado yo, en un banco,
dormía como un lirón,
soñando siempre con su hija,
que era más bella que el sol.
Mil veces en su ventana
cariñosa me miró:
¡Hermosa flor de las flores!
¡Prenda de mi corazón!
Un majadero muy rico
cogió aquella hermosa flor.
Invoqué á todos los dioses
contra la infiel y el traidor;
eché solimán al vino;
mis ruegos la Muerte oyó;
y cual buenos camaradas
nos abrazamos los dos.»

Con carcajadas tremendas
acogieron sus razones:
y salió al frente otro espectro
arrastrando soga innoble.

«De dos cosas se alababa
el conde cuando bebía:
de las joyas que guardaba
y de la hija que tenía.
Tus joyas guarda y esconde;
no te las roben jamás:

la hija que tienes, buen conde,
es lo que me gusta más.
  Bajo llaves y cerrojos
guardaba sus dos amores;
iban siempre con cien ojos
rondando sus servidores.
Pero, cerrojos y llaves,
¿qué me importaban á mí?
La escala de cuerdas suaves
arrojé al muro, y subí.
  Penetré por la ventana
de la hermosa prenda mía;
y escuché al punto cercana
una voz que así rugía:
«*¿Te faltan acompañantes?*
Conmigo, infame, vas bien:
si te gustan los diamantes,
á mí me gustan también.»
  Era el conde, y al momento
puso en mí sus toscas manos
el enjambre turbulento
de esbirros y de villanos.
«*Nadie me toque ni ofenda:*
no soy cobarde ladrón;
sólo he robado una prenda,
y es un tierno corazón.»
  Nadie escucha mis razones;
nadie en mi defensa aboga;
ya sus bárbaros sayones
échanme al cuello la soga.
Y al asomar por Oriente
el astro matutinal,
mi cadáver vió pendiente
del travesaño fatal.»



Con tremendas carcajadas
acogieron sus razones:
con la cabeza en las manos,
otra sombra presentóse.

«Bajo el brazo la escopeta,
y el alma de amor repleta,
á cazar al monte fuí:
¡Qué graznidos en la umbría!
Era el cuervo, que decía:
«*¡Ay desdichado de ti!*»
Buscaba de loma en loma
una cándida paloma
para obsequiar á mi amor;
y en los troncos y en las ramas,
y en jarales y en retamas
clavaba el ojo avizor.
Oí suspiros distantes:
«*Serán tórtolas amantes.*»
pensé, y en su busca fuí.
Al llegar á un bosquecillo,
miré y preparé el gatillo:
¡cielos santos, lo que ví!
Era la tórtola mía;
y en sus brazos la oprimía
un doncel con tierno afán.
«*¡Ojo cazador certero!*»
sonó el tiro justiciero;
rodó por tierra el galán.
Entre esbirros inhumanos,
agarrotadas las manos,
pasé después por allí:
¡qué graznidos en la umbría!
Era el cuervo que decía:
«*¡Ay desdichado de ti!*»

Con tremendas carcajadas
acogieron sus razones;
y el Juglar con esta copla
dió al concierto fin y postre.

«Hechicera canción cantaba un día:
la hechicera canción acabó ya:
helóse el corazón que ella encendía,
y cuando el nido maternal se enfría,
el pájaro se va.»

Sonaron las carcajadas
más fuertes y más feroces;
dieron vueltas y más vueltas
fantasmas y fantasmones;
tocó la campana la una
en el reloj de la torre;
y cada espectro en su huesa
aullando precipitóse.



9

Dulce y tranquilo dormía,
sin zozobras y sin ansias,
y en sueños ví una doncella
de hermosura sobrehumana.
Era hechicero su rostro;
su tez como el mármol blanca;
luminosas sus pupilas;
luenga su crencha y rizada.
Á mí vino blandamente,
cual vaporoso fantasma,
y en mi pecho reclinóse
la virgen hermosa y pálida.
Como late conmovido
por temores ó esperanzas,
á su contacto latía
mi corazón, hecho un ascua.
El corazón de la hermosa
no ardía ni palpitaba:
era de nieve su pecho,
y de hielo sus entrañas.
—«Mi corazón no palpita,
mi sangre está congelada;
mas también conozco y siento
de amor la celeste llama.

«No arde la vida en mis venas,
ni mis mejillas inflama;
pero como dulce amiga
vengo á ti; no temas nada.»
Dijo, y me estrechó en sus brazos
con tal brío y fuerza tanta,
que en ellos aprisionado
me oprimía y sofocaba.
Cantó el gallo en aquel punto,
vigía de la mañana,
y desapareció al oirlo
la virgen hermosa y pálida.

10

Muchos cadáveres yertos,
todos á mi voz despiertos,
saqué de la sepultura;
y hoy no quieren esos muertos
volver á la noche oscura.

Me hizo olvidar el terror
las provechosas lecciones
del experto profesor,
y me asedia espantador
ejército de visiones.

¡Déjame, turba sombría!
¡No me acoses sin cesar!
El placer y la alegría,
á la clara luz del día
aún puedo en el mundo hallar.

Lucharé con insistencia
hasta respirar la esencia
de la ambicionada flor;
¿qué me importa la existencia,
si ha de faltarme el amor?

¡En mis brazos estrecharla
una vez, sólo una vez!
¡Ceñirla y acariciarla,
y apasionado besarla
con amorosa embriaguez!

¡Oir el *sí* palpitante
de su labio celestial!
Eso, espectros, es bastante:
consígalo, y al instante
os sigo al antro infernal.

Lo sabe la grey impía,
y me llama noche y día
con gestos de Belcebú:
¡Oh dulce enemiga mía!
no me importa: ¿me amas tú?





I

Todos los días digo al levantarme:
¿ Vendrá mi dulce bien ?
todas las noches digo al acostarme:
engañóme hoy también.

Paso insomne la noche, en el quebranto
de mi tenaz dolor;
paso el día dormido, en el encanto
de un sueño burlador.



2

En la quietud de la noche
mi mal á solas lamento,
de la vana muchedumbre
los regocijos huyendo.
Á solas corren mis lágrimas,
corren sin tregua ni término;
enjugarlas no consigo
con mis suspiros de fuego.
Un día, niño inocente,
cifré mi dicha en los juegos;
gozaba el dón de la vida
sin saber lo que son duelos.
Jardín alegre era el mundo
de lozanas flores lleno;
rosas, lirios y violetas
mis únicos pasatiempos.
Soñando, en verde floresta
ví juguetón arroyuelo;
miréme en sus claras linfas;
estaba pálido y tétrico.
Estaba tétrico y pálido
desque mi ojos *la* vieron:
trocóse en pena mi júbilo
sin sentirlo ni saberlo.

De los cielos descendida,
dulce paz llenó mi pecho;
de los cielos descendida,
huyó otra vez á los cielos.
Tinieblas llenan mis ojos,
sombras me van persiguiendo;
escucho sobresaltado
dentro de mí extraño acento.
Acométenme furiosos
extraños padecimientos,
y mis entrañas quemando,
me consume extraño incendio.
Y esta hoguera que me abrasa,
y este dolor, del que muero,
amor, amor soberano,
míralo bien, ¡tú lo has hecho!

3

Sobre mi pecho pon tu manecita;
lo sentirás latir con inquietud:
un traidor carpintero en él habita,
y esta claveteando mi ataúd.
Golpea sin descanso el día entero,
y mi sueño robó su golpear:
acaba pronto, infame carpintero,
y déjame dormir y descansar.



4

Cada cual con su pareja
pasea bajo los tilos;
yo, abandonado de todos,
solo voy conmigo mismo.
El corazón me da un vuelco
cuando esas parejas miro:
pareja también yo tengo;
pero lejos de estos sitios.
Mucho tiempo estoy sufriendo
y más tiempo no resisto:
cierro la breve maleta;
tomo el bastón de camino.
Andaré leguas y leguas,
y á la boca de un gran río
la ciudad veré que encumbra
tres torres por obeliscos.
Allí serán mis angustias
trocadas en regocijos,
y mi dulce parejita
llevaré bajo los tilos.



5

Cuna de mi pena ansiosa,
sepulcro donde reposa
mi tranquilo bienestar,
ciudad querida y hermosa,
¡ adiós! te voy á dejar.

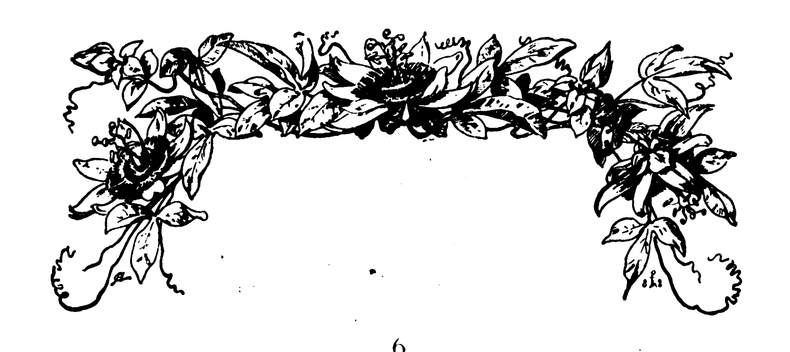
¡ Adiós, umbral consagrado
por la huella de su pié!
¡ Adiós, sitio afortunado,
donde primero, extasiado,
su hermosura contemplé!

¡ Ojala nunca te viera,
reina de mi corazón!
No, atribulado, sufriera
esta suerte lastimera
que ha de ser mi perdición!

Perturbar no quise tu alma,
ni la victoriosa palma
de tu ansiado amor ceñir;
á tu lado, en dulce calma,
soñé tan sólo vivir.

Pero tú no lo has querido:
con tus palabras de hiel
me arrojas; pierdo el sentido,
y el corazón malherido
sucumbe á la prueba cruel.

Iré, incierto caminante,
llevando á cuestas mi mal;
hasta que en tierra distante
pose la sien delirante
sobre la tumba glacial.



6

El esquife detén, rudo barquero;
aún vuela al puerto el alma acongojada;
de dos hermosas despedirme quiero:
de Europa y de mi amada.

Sangre brotan mis ojos escaldados,
sangre también mi corazón herido;
con sangre escribiré los prolongados
tormentos que he sufrido.

¡Ahora, cuando la sangre ves que vierto,
¿ahora tiemblas, mi bien, y palideces?
Tú, que convulso, agonizante, yerto,
me viste tantas veces!

¿La historia sabes del Edén perdido,
de Eva y la sierpe que á la estirpe humana
tentó con falso halago? ¡Siempre ha sido
dón fatal la manzana!

Muerte, en las manos de Eva cariñosas;
incendio, en las de Paris, de Ilión fuerte;
en las tuyas, mi amor, entrambas cosas:
incendio, y después, muerte!

7

Los montes y castillos de su orilla
copia el Rhin en sus móviles espejos,
y avanza jubilosa mi barquilla
que inunda el sol de luces y reflejos.

Contemplo los cristales brilladores
en blandas olas de oro convertidos,
y renacen de nuevo los dolores
dentro del corazón adormecidos.

Me halaga, me enamora y me seduce
el brillante raudal; mas no me engaña:
la tersa linfa, que falaz reluce,
sombra y muerte en su fondo sólo entraña.

¡Perfidia oculta y aparente halago!
Eres, oh Rhin, imagen de mi hermosa:
escondiendo, cual tú, su horrible estrago,
dulce también sonríe y cariñosa.

8

Al pronto, desesperado,
dije, al verme en tal estado:
soportarlo no podré.
Pero, al fin, lo he soportado:
el cómo, yo me lo sé.



9

En el vergel paterno
vivió lánguida vida
durante el crudo invierno
la flor descolorida.
Sopló el alegre Mayo
sus ráfagas de amor:
siguió en triste desmayo
la moribunda flor.

La flor descolorida
habló y me dijo así:
«Del vástago cogida
quisiera ser por ti.
—No atenderé tu ruego,
pues voy, loco de amor,
buscando sin sosiego
la purpurina flor.»

—«La flor que de esa suerte
tú buscas, no hallarás;
tras ella hasta la muerte
desconsolado irás.
No cogerá tu mano
la purpurina flor:
lo mismo que yo, hermano,
enfermo estás de amor.»

La flor descolorida
habló, temblando, así;
con mano conmovida
del tallo la cogí.
Calmó al instante el alma
su afán devorador,
y gozo en dulce calma
angelical amor.

. . . .

10

Cual ataúd que mano lastimera
orna de rosas y hojas de ciprés,
aqueste libro engalanar quisiera,
y en él mis versos sepultar después.

¡Ojalá mis fantásticos amores
pudiese con mis versos sepultar!
en el sepulcro del amor, las flores
del sosiego feliz suelen brotar.

Abriendo allí su cáliz, nos envían
sus aromas de mágica virtud:
para mí, sólo florecer podrían
ocupando yo mismo el ataúd!

¡Ved aquí mis cantares, encendidos
cual roja lava del Vesubio ayer,
que en el volcán del corazón fundidos,
fueron brillante ráfaga al nacer!

Mudos y tristes hoy, mustias sus galas,
yacen yertos, sin vida y sin calor;
mas revivir aún pueden, si sus alas
sobre ellos bate el genio del amor.

Aunque lejos estás, amada mía,
este libro á tus manos llegará;
y la pasión que lo dictaba un día,
melancólica en él renacerá.

Y perdiendo las letras su sentido,
te mirarán con plácida avidez;
y de olvidado amor blando gemido
suspirarán mis versos otra vez.





I

El Triste

Á compasión mueve á todos
triste y pálido mancebo,
que en el rostro lleva escritos
sus callados sufrimientos.
Sus sienes calenturientas
refresca piadoso el viento ;
doncellas bien desdeñosas
le ven con ojos benévolos.
Huyendo de todos, corre
al bosque, donde risueños
los pájaros y las hojas
forman alegre concierto.
Pero enmudecen las aves
y ruje el bosque siniestro
apenas ven que se acerca
el afligido mancebo.



2

Dos Hermanos

Allá, en el monte, el castillo
envuelto en la noche oscura;
espadas acá, en el valle,
que chocan y que fulguran.
Embístense dos hermanos
con igual cólera y furia;
¿ por qué, manos fraternales
con tan fiero enojo luchan?
Laura, la linda condesa,
es la que tiene la culpa:
ambos en amor se abrasan,
sedientos de su hermosura.

¿ Á quién la dama prefiere ?
Nadie resolvió esa duda;
decididla, pues, vosotras;
fallad, espadas desnudas.
Los tenaces combatientes
sin piedad ni tregua pugnan;
apenas suena un mandoble,
otro mandoble retumba.
Id con tiento en las tinieblas,
aceros que el odio empuña;
sombras, visiones y ardides
la traidora noche oculta.
¡ Oh fratricidas hermanos !
¡ Valle infausto ! ¡ Negra tumba !
El uno al otro en el pecho
la espada á la vez sepultan.

Muchos siglos han pasado
y generaciones muchas;
y aún el desierto castillo
mira hacia la honda llanura.
Por ella, de noche, vagan
dos sombras, leves y mudas,
y apenas suenan las doce,
otra vez la espada cruzan.





El pobre Pedro

I

Con placer que el baile excita.
danzan Juan y Margarita ;
Pedro, inmóvil, cejijunto,
de ellos los ojos no quita,
más pálido que un difunto.

Margarita es ya de Juan,
y en traje de bodas van
orondos y relucientes;
Pedro, con rabioso afán,
hinca en los puños los dientes.

Contemplando á la pareja
habla en voz baja, y se queja,
y prorrumpe al cabo así :
« Como Dios no me proteja,
no sé qué será de mí !»

II

«Siento una pena aquí dentro
que me oprime el corazón;
do quiera vaya, me encuentro
siempre fuera de mi centro,
siempre en la misma aflicción.

»Á mi amada busco loco,
cual si pudiera calmar
la angustia en que me sofoco;
y—¡ay Dios!—no puedo tampoco
su presencia soportar.

»Trepo al monte que hasta el cielo
se encumbra, y hallo el consuelo
de que nadie me ha de ver:
allí, al menos, sin recelo
podéis, lágrimas, correr!»

III

El pobre Pedro va errante,
macilento, vacilante,
más muerto que vivo: al verle.
sorprendido el caminante
se pára á compadecerle.

Dice la doncella hermosa:
«De la fosa éste vendrá.»
Doncella de faz de rosa,
no es que viene de la fosa;
es—¡ay!—que á la fosa va.

Le llama la tumba pía,
porque ha perdido á su amor.
allí en paz y sin porfía,
aguardará el postrer día:
¿ Dónde estuviera mejor?

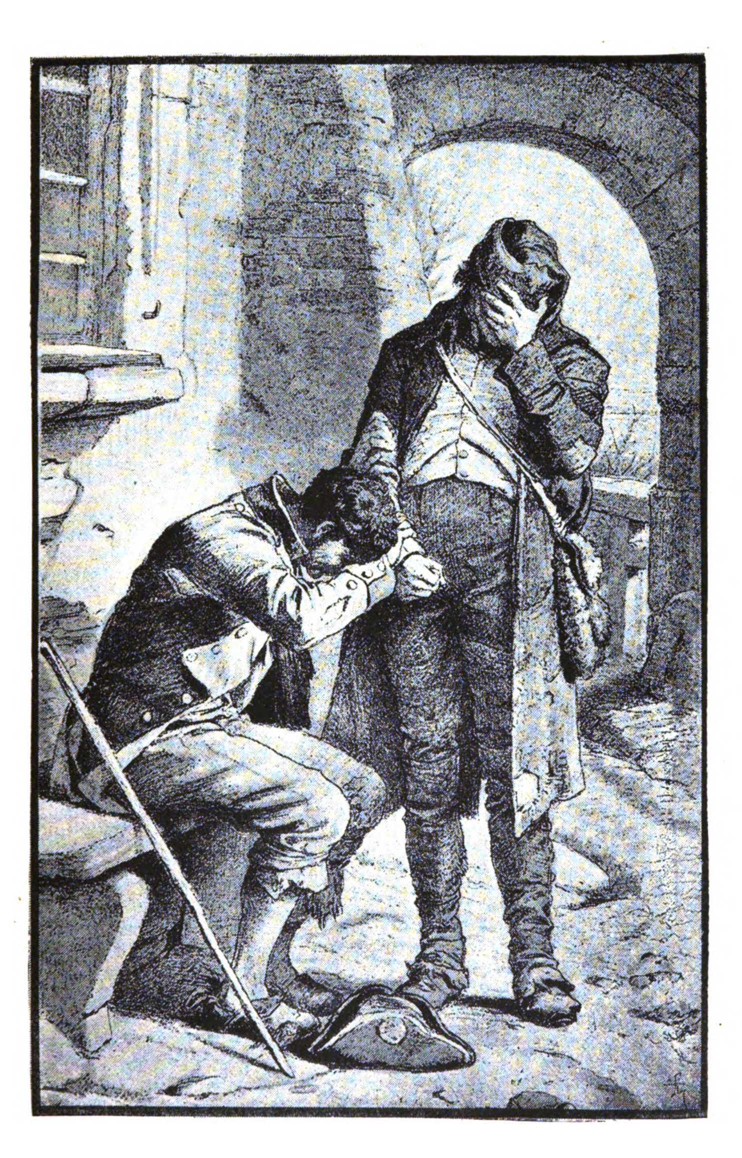
4

Los Granaderos

Á Francia dos granaderos,
allá en Rusia prisioneros,
vuelven ya: ¡ suerte feliz!
Al llegar una mañana
á la frontera alemana
doblan ambos la cerviz.

Nueva oyeron lastimera:
está ya la Francia entera
en poder del invasor;
deshecho y roto el altivo
Gran Ejército; cautivo,
cautivo el Emperador!

Escuchan, mudos de espanto,
la nueva fatal: el llanto
baña su curtida tez;
y con ansias reprimidas
uno dice: «Mis heridas
se abren todas otra vez.»



Dice el otro: «¡ Acabó todo!
¡ Morir! fuera el mejor modo
de dar término á este afán.
Mas, los pobres pequeñuelos!...
¡La mujer!... ¡ Oh Santos cielos!
si les falto yo, ¿ qué harán?»

—«¿La mujer?... ¿ Y qué me importa?
¿ Los hijos?... El alma absorta
llora desdicha mayor.
¿ Pan les falta?... ¡Por Dios vivo!
¡Que lo mendiguen!... ¡ Cautivo!
¡ Cautivo el Emperador! »

«Una súplica sagrada
he de hacerte ¡oh camarada!
¡Compadécete de mí!
Para abrir mi humilde huesa,
llévame á tierra francesa,
dormiré mejor allí.

»Esta cruz resplandeciente,
de roja cinta pendiente,
ponla sobre el corazón;
en su sitio, al diestro lado,
el fusil bien colocado;
la espada en el cinturón.

»Así, á punto, y siempre en vela,
estaré, cual centinela
fijo siempre en su lugar;
hasta que oiga en feliz día
rechinar la artillería
y los caballos trotar.

» Y el Emperador, al frente
de su ejército impaciente
cabalgará, y al clamor,
armado saldré de tierra,
y otra vez iré á la guerra,
detrás del Emperador. »

5

Don Ramiro

— « ¡ Doña Clara ! ¡ Doña Clara !
¡ Tras tantos años de amor !
tu propia mano traidora
la puñalada me dió.
¡ Doña Clara ! ¡ Doña Clara !
es la vida alegre dón ;
y el sepulcro oscuro y frío
me inspira miedo y horror !
Á Fernando das mañana
la mano y el corazón :
¿ Me convidas á la boda ?
¿ Quieres que á ella asista yo ?
— ¡ Don Ramiro ! ¡ Don Ramiro !
amargos tus dichos son,
como la ley de los astros
que mis designios burló.

¡Don Ramiro! ¡Don Ramiro!
desecha ese negro humor;
piensa que hay muchas mujeres,
y que nos separa Dios.
Vencedor eres del moro;
sé tu propio vencedor:
ven á mi boda mañana
sin recelo ni aprensión.
—Iré á tu boda mañana;
te lo juro por quien soy:
iré, y bailaré contigo:
¡Adiós, Doña Clara!—¡Adiós!»
Crugió la ventana al punto,
petrificado él quedó;
luégo, hundióse en las tinieblas,
cual lúgubre aparición.
Cuando las nocturnas sombras
rasgó el matutino albor,
cual jardín lleno de flores,
Toledo resplandeció.
Alcázares y palacios
brillan á la luz del sol;
las cúpulas de los templos
parece que de oro son.
De las campanas al vuelo
suena el confuso clamor;
se elevan de los altares
el cántico y la oración.
¡Mirad, allá, en la capilla!
¡Allá, en la Plaza Mayor!
¡Mirad, mirad, qué gentio!
¡Qué tropel! ¡Qué confusión!
Nobles damas, cortesanos,
hidalgos, hombres de pró;
y al clamor de las campanas

une el órgano su voz.
La multitud abre paso:
ya la pareja salió:
Doña Clara y Don Fernando
los felices novios son.
Hasta el palacio del novio
corren las gentes en pos;
celébrase allí la boda
con señorial esplendor.
Tras el festín, el torneo;
todo es fiesta y diversión:
rápidas pasan las horas;
pronto la noche llegó.
Congréganse para el baile
en la cámara de honor;
cien lámparas resplandecen
en el dorado artesón.
El novio y la novia ocupan
altos sitiales los dos;
se están diciendo en voz baja
dulces palabras de amor.
Muchedumbre engalanada
puebla el soberbio salón:
vibra aguda la trompeta
sordo redobla el tambor.
—«¿Por qué, bellisima dama,
el esposo preguntó,
por qué la mirada fija
clavas en aquel rincón?
—¿No ves allí un hombre envuelto
en su negra capa?—No;
es, replicóle sonriendo,
sombra, quimera, ilusión.»
Y la sombra se acercaba,
y era un embozado ¡ay Dios!

y Clara, toda encendida,
á Ramiro saludó.
Ha comenzado ya el baile;
vuelan, al acorde són,
los galanes y las damas
en vértigo embriagador.
—«De buen grado, Don Ramiro,
bailaré contigo yo;
pero venir no debiste
con tan negro capotón.»
Él, los ojos penetrantes
fija en la que fué su amor;
ciñe su cintura, y dice:
«Me llamaste, y aquí estoy.»
En los giros de la danza
abrazados van los dos;
vibra aguda la trompeta,
sordo redobla el tambor.
—«Pálido estás cual la nieve»
dice con trémula voz
la bella, y él le responde
«Me llamaste y aquí estoy.»
Chisporrotean las luces;
brilla el soberbio salón:
¡Cómo vibra la trompeta!
¡Cómo redobla el tambor!
—«Fría, cual hielo, es tu mano:»
Clara, espantada, exclamó;
y él, con voz más tenebrosa,
—«Me llamaste, y aquí estoy.»
—«¡Suelta, suelta, don Ramiro!
¡Suéltame, por compasión!»
siempre la misma respuesta:
«Me llamaste, y aquí estoy.»
Alegre suena la música,

y en torbellino veloz
gira y se revuelve todo
cual fantástica visión.
—« ¡ Suéltame! ¡ suéltame! » exclama
la novia, llena de horror;
y él replica: « Me llamaste,
me llamaste, y aquí estoy.»
Ella, al fin, airada grita:
—«¡Suéltame en nombre de Dios!»
y al pronunciar ese nombre,
Ramiro desapareció.
Quedó Clara inmóvil, yerta,
sin sentidos y sin voz;
bajó la siniestra imagen
á su lúgubre mansión.
Ya retorna en sí la dama,
ya las pupilas abrió;
mas al punto se las cierra
espanto nuevo y mayor.
Desque el baile comenzara,
estuvo — no hay duda, no —
sentada junto á su esposo,
sin moverse del sillón.
—«¿Por qué, pregunta Fernando,
te se ha quebrado el color?
¿Por qué, de tus bellos ojos,
se ha nublado el claro sol?»
Clara, dudosa, espantada,
—« ¿ Y Ramiro? — preguntó;
y no pudo más su lengua,
que paraliza el horror.
Hondas, tempranas arrugas,
fruncen con ceño feroz
la frente del caballero,
y con gesto aterrador,

—Saberlo no quieras, dice;
¡ Historias trágicas son !
— Pero, Ramiro ?... — Ramiro,
esta mañana murió !



6

El Mensaje

—Paje, ensilla tu alazán,
y sin tregua ni reposo,
cabalga con vivo afán
hacia el soberbio y famoso
castillo del rey Duncán.
Albérgate en un rincón
de cualquier camaranchón,
y dí á un mozo, de pasada :
« Dos las hijas del rey son ;
de ellas ¿ cuál la desposada ? »

Si te responde — ¡ ojalá ! —
« La morena, » vuelve acá,
vuelve pronto, en són de fiesta ;
si « la rubia » te contesta,
entonces... no hay prisa ya.
Vuelve ; mas compra primero
una soga al cordelero,
y después—¡la pena me ahoga!—
mudo y fatal mensajero,
ven y dame aquella soga.

7

Vuelta á casa

— No quiero volver solo, amada mía ;
conmigo ven al lúgubre aposento
de la triste mansión, oscura y fría,
do mi madre al umbral acurrucada,
espera con ansioso pensamiento
del hijo la llegada.
—¡Suelta, déjame en paz, hombre sombrío!
¿Quién jamás te llamó? fuego es tu aliento;
tu diestra, hielo frío.
Ardiente llama en tus pupilas brilla ;
mortal amarillez en tu mejilla.
Gozar quiero, con ansias amorosas,
la luz del sol, la esencia de las rosas.
— Deja los resplandores

del sol y los perfumes de las flores:
arroja el velo que tu sién cubría,
pulsa las cuerdas de la lira de oro,
canta el himno nupcial, amada mía,
y el viento de la noche te hará coro.

8

Baltasar

Aproxímase ya la media noche;
duerme en paz Babilonia.
En las alturas del augusto alcázar
chispean las antorchas.

Va y viene de la regia servidumbre
la innumerable tropa;
preside Baltasar regio banquete
en su cámara propia.

Los palaciegos, de su dueño en torno,
siéntanse á la redonda;
apuran el licor que centellea
en las fúlgidas copas.

Gritan los bulliciosos comensales;
los vasos entrechocan;
al monarca aburrido la algazara
deleita y alboroza.

Sus marchitadas, pálidas mejillas
el júbilo arrebola;
el vino, de su ingénita fiereza
los ímpetus provoca.

Crece su audacia; la blasfemia horrible
al labio infame brota;
la cortesana turba la blasfemia
repite, aplaude y loa.

Llama altivo el monarca: un siervo acude;
parte, y al punto torna;
y trae, del templo del Señor robados,
los vasos y las joyas.

Con sacrílega diestra un cáliz de oro
el impío rey toma;
lleno está ya del vino del banquete,
tan lleno que rebosa.

Hasta el fondo lo apura, y luégo exclama
con palabras de mofa:
«Mira, Dios de Judá, cuál te saluda
el rey de Babilonia.»

Dice, y al punto en sus entrañas siente
fatídica zozobra;
silencio sepulcral súbito apaga
las carcajadas locas.

¡Mirad! ¡Mirad! Sobre el brillante muro
aparece una sombra;
es una mano que con fuego escribe
palabras misteriosas.



Baltasar en las letras encendidas
clava la vista atónita;
tétrica palidez cubre su rostro;
sus rodillas se doblan.

La cortesana grey, despavorida,
queda inmóvil y absorta;
vienen los Magos, y las letras miran:
descifrarlas no logran.

Aquella misma noche, antes que el alba
aclarase las sombras,
á manos de los suyos cayó muerto
el rey de Babilonia.

9

Los Trovadores

A disputar su valía
en la excelsa poesía
hoy los trovadores van:
¡grave será la porfía!
¡arduas las justas serán!

La imaginación alada
les da fogoso corcel;
la palabra bien templada
les sirve de noble espada,
y es el arte su broquel.

Hermosísimas doncellas
les miran desde el balcón;
lauros brindan todas ellas;
pero no está entre esas bellas
la que anhela el corazón.

Llenos de salud y vida
van otros á combatir;
ellos, á la lid reñida,
van ya con mortal herida,
sin temblar y sin gemir.

Y el que más doliente lanza
el canto desgarrador,
aquel la victoria alcanza,
y la más dulce alabanza
del labio más seductor.





10

En el balcón

Pasaba, pálido y triste,
pálido y triste un mancebo:
la hermosa doncella estaba
en el balcón entreabierto.
La hermosa doncella, al verle,
decía: «¡Válgame el cielo!
Está ese desventurado
más pálido que un espectro.»
Alzó aquel desventurado
los ojos, grandes y negros,
y de la doncella hermosa
miró el balcón entreabierto.
Sintió la hermosa doncella
extraño desasosiego,
y se puso de repente
más pálida que un espectro.
Sintió la doncella hermosa
arder amorosos fuegos,

y estaba días y días
en el balcón entreabierto;
y tras los días ansiosos,
en los brazos del mancebo
caía todas las noches
á la hora de los espectros.

II

El Caballero herido



Muchas historias he oído;
ninguna, como ésta, cruel:
un hidalgo bien nacido
está de amor malherido,
y su dama le es infiel.
Por infiel y por traidora,
á la que insensato adora
debiera menospreciar;
cual flaqueza infamadora
su propio dolor mirar.
Quisiera mover querella
gritando en la justa así:
« Amo á una hermosa doncella;
quien encuentre falta en ella,
salga y cierre contra mí.»
Quizás todos callarían;
pero no su desazón:
y al fin sus armas tendrían
que herir, si luchar querían,
su mísero corazón.



12

Al zarpar

En el inquieto mástil apoyado,
las olas cuento y sigo hasta la orilla.
¡Adiós, tierra natal, hogar sagrado!
¡Qué aprisa vas, barquilla!

Ante la casa paso de mi amante:
en su alegre ventana el sol destella;
casi me miro en su cristal brillante;
mas ¡ay! no hay nadie en ella!

Reprimiré este lloro lastimero
que á mis pupilas da velo sombrío:
el mal que te amenaza, arrostra entero;
¡valor! corazón mio.



13

El cantar del arrepentimiento

Galopa Ulrico en la selva;
susurra plácido el viento;
ve el hidalgo entre las ramas
bella imagen en acecho.
« Te conozco, bella imagen,
dice, y lo dice gimiendo;
eres mi perseguidora
en la ciudad y en el yermo.
» Dos rositas son tus labios,
tan amorosos y frescos;
mas las palabras que lanzan
llenas están de veneno.
» Por eso yo los comparo
al rosal hermoso y pérfido,
que entre sus hojas oscuras
oculta el áspid horrendo.
» Esos son, de tus mejillas
los seductores hoyuelos,
la fosa á la cual me arrastran
mis insensatos deseos.

» Esos son los blandos rizos
que se enroscan á tu cuello,
red del Enemigo malo,
que me aprisionó con ellos.
» Esos tus ojos, azules
como el estanque sereno,
que del cielo juzgué puertas,
y son puertas del infierno. »

Galopa Ulrico en la selva;
zumba pavoroso el viento;
otra imagen ve el hidalgo,
tan pálida que da miedo.
« ¡ Madre mía ! grita al punto;
¡ Madre de mi amor primero !
¡ Cuánto amargué yo tu vida
con mis dichos y mis hechos !
» ¡ Secar quisiera tus lágrimas
con la llama de mis duelos !
¡ Quisiera animar tu rostro
con la sangre de mi pecho ! »
Galopa y galopa Ulrico;
se oscurecen tierra y cielo;
sopla el viento del ocaso;
suenan extraños acentos.
Sus palabras repetidas
oye el lloroso mancebo:
pájaros son de la selva
que están cantando y diciendo:
«Hermoso cantar tú cantas,
el del arrepentimiento;
cuando lo hayas terminado,
vuelve á cantarlo de nuevo.»

14

La canción de los florines

¿Qué te has hecho, mi tesoro,
que perdido busco y lloro?
¿Dónde estáis, florines de oro?

¿Estáis entre los dorados
pececillos esmaltados,
que surcan tranquilamente
los senos aljofarados
de la cristalina fuente?

¿Estáis entre las doradas
florecillas perfumadas,
que abren en vergel umbrío
sus corolas empapadas
en las perlas del rocío?

¿Estáis entre los dorados
pajarillos matizados,
que, robando al sol sus galas,
visos atornasolados
dan á sus abiertas alas?

¿Estáis entre las doradas
estrellas, siempre inflamadas,
que, para darnos consuelo,
tiernas y dulces miradas
nos dirigen desde el cielo?

No estáis, dorados florines,
en las cristalinas fuentes,
ni en los umbrosos jardines,
ni del aire en los confines,
ni en los cielos transparentes.

Para buscaros, en vano
registrara el orbe entero;
pues estáis—¡oh trance fiero!—
en las garras de milano,
de un implacable usurero.

15

Á UNA CANTANTE

después de haberle oído una antigua canción romancesca

Aquel poderoso hechizo
olvidar no podré nunca:
la oía por vez primera,
y era su voz suave música
que el pecho oprime, y los ojos
con dulces lloros enturbia,
sin que el alma se dé cuenta
del bienestar que la inunda.
Un sueño llenó de pronto
mi imaginación confusa:
en la cámara materna,
que débil lámpara alumbra,

leía, crédulo niño,
fabulosas aventuras,
mientras silbaban los vientos
entre las pálidas brumas.
Cuerpo las fábulas toman:
levántanse de su tumba
los héroes; en Roncesvalles
estalla tremenda lucha;
allá cabalga Rolando;
allá van las huestes suyas;
allá va también con ellas
Ganelón, que Dios confunda!
Por él, á traición herido,
Rolando cae, y aún empuña
y al labio lleva la trompa,
que con tal clamor retumba,
que, allá lejos, al gran Carlos,
lleva su grito de angustia.
Rolando muere, y su muerte
mi sangriento sueño trunca.
Clamorosa me despierta
tempestad de aplausos súbita:
cesó el poderoso hechizo;
dió fin la extraña aventura;
todos, batiendo las palmas,
exclamaban «¡bravo!» y «¡hurra!»
Y la artista saludaba
con reverencias profundas.

16

Ciertamente

Cuando aviva la alegre primavera
del sol los resplandores,
abren en el jardín y en la pradera
sus cálices las flores.

Cuando la luna, de la noche oscura
rasga el opaco velo,
brillan en torno de ella con luz pura
las estrellas del cielo.

Cuando vislumbra el soñador poeta
dos pupilas radiantes,
brotan con más calor de su alma inquieta
los versos palpitantes.

¡Lástima grande, sí, que ese tesoro
de estrellas, versos, flores,
pálida luna, sol de fuego y oro,
ojos deslumbradores;

Toda esa fantasía deliciosa
que tanto nos agrada,
en este mundo de mezquina prosa
no sirva para nada!


INTERMEZZO
1822—1823

De mis ansias, tormentos y querellas
es este libro humilde panteón:
al hojear sus páginas, en ellas
aún sentiréis latir mi corazón.



PRÓLOGO

Era un hidalgo sombrío,
de faz adusta y siniestra,
que pálido y silencioso
vagaba con planta incierta,
lleno el pecho de suspiros,
llena el alma de quimeras.
Era tan arisco y fosco
que al verlo pasar, malévolas,
mirábanse y sonreían
las flores y las doncellas.
En el rincón más oscuro
de su lóbrega vivienda,
recatándose de todos,
pasaba la noche entera.
Ambos los brazos al cielo
levantaba con frecuencia,
sin decir una palabra,
sin murmurar una queja.
Pero, al tocar medianoche,
escuchábanse allá fuera

acordados instrumentos,
coros de voces angélicas,
y al poco rato llamaban
blandos golpes á la puerta.
Y cual sombra que resbala,
hermosa, ideal, aérea,
entraba su dulce amante,
en gasas de espuma envuelta.
Era el velo de su frente
de hilos de escarchadas perlas;
sus mejillas, cual la rosa
que la aurora colorea.
Caían sobre sus hombros
olas de doradas crenchas;
derramaban sus pupilas
apasionadas ternezas,
y—¡ay Dios!—¡cómo se abrazaban
el caballero y la bella!
Estrechábala el hidalgo,
y el mismo entonces ya no era:
el tímido se aventura,
el soñoliento despierta,
el arisco se enternece,
late el insensible y tiembla.
Y ella, le hostiga mimosa
y le provoca risueña,
y con el fúlgido velo,
envuélvele la cabeza.
En alcázar diamantino
el caballero se encuentra;
tanta hermosura le asombra,
tanto resplandor le ciega.
Y aún en sus ansiosos brazos
á la encantadora estrecha,
y es su afortunado esposo,

y su dulce esposa es ella,
y en torno tañe la cítara
coro de sílfides bellas.
Tañe la cítara, canta
y el pié á las danzas apresta...
El amante desfallece,
y aún abraza á la hechicera;
pero, de pronto, las luces
se apagan, y en las tinieblas,
en el rincón más oscuro
de su lóbrega vivienda,
otra vez solo y sombrío
está el hidalgo, ¡el poeta!

I

En Mayo, cuando las flores
abren todas el botón,
sentí nacer los amores
dentro de mi corazón.

En Mayo, cuando las aves
rompen todas á cantar
le dije mis ansias graves
y mi oculto malestar.



2

Vierto una lágrima, y miro
brotar al punto una flor;
y cuando exhalo un suspiro
se trueca en un ruiseñor.

Si me quieres, esas flores
todas para ti serán;
y todos los ruiseñores
en tu reja cantarán.

3

La paloma y la rosa, el sol y el lirio,
amaba en otro tiempo con delirio:
hoy, te amo solamente
á ti; mi niña hermosa,
á ti; de todo amor única fuente
á ti; paloma y lirio, sol y rosa.

4

Cuando dulces y tranquilas
me contemplan tus pupilas,
se disipa mi aflicción;
cuando, sin miedos ni agravios,
tus labios das á mis labios,
curado está el corazón.

Cuando la cabeza inclino
en tu seno alabastrino,
el cielo siento bajar;
cuando tu labio sincero
exclama: «¡Cuánto te quiero!»
rompo entonces á llorar.

5

Te ví hermosa, purísima, radiante,
en sueño halagador; hoy vuelvo á verte:
aún es tan bello y dulce tu semblante:
pero pálido está como la muerte.

Sólo tus labios el carmín inflama,
y borra el beso sus matices rojos:
de aquella que admiré, celeste llama,
nada queda en tus ojos!

6

La frente inclina tú sobre mi frente,
y corran juntos nuestros lloros luego;
el pecho pon sobre mi pecho ardiente,
y los dos ardan en el mismo fuego.

Caiga sobre esa hoguera devorante
nuestro copioso llanto en largo río;
oprímate en mis brazos, loco amante,
y moriré dichoso, dueño mío!

7

Depositar quisiera el alma mía
en el cáliz gentil de un lirio en flor,
y que cantara el lirio noche y día
canciones á mi amor.

Y que se estremecieran palpitantes
esas canciones, como el beso aquel
que recibí en dulcísimos instantes
de tus labios de miel.

8

Están en el firmamento
inmóviles las estrellas,
y con dulce arrobamiento
se miran y hablan entre ellas.

Se hablan con amor profundo
en lengua tan singular,
que ningún sabio del mundo
la ha podido descifrar

Yo la tengo descifrada
y jamás la olvidaré;
en el rostro de mi amada
el vocabulario hallé.

9

Te llevaré en las alas de mi canto,
te llevaré muy lejos, dueño mío;
á la orilla feliz del Ganges santo
tengo un albergue espléndido y umbrío.

Á la luz de la luna, en valle ignoto,
floresta yace allí, fresca y lozana,
do la flor pura del sagrado loto
espera fiel á su amorosa hermana.

Allí charlan las pálidas violetas
y á los astros sonríen cariñosas;
allí dicen, en pláticas discretas,
sus cuentos aromáticos las rosas.

Allí, vagos rumores escuchando,
se pára la gacela diligente;
allí, á lo lejos, con murmurio blando
fluye del Santo Río la corriente.

Reclinados allí, mi dulce dueño,
á la trémula sombra de las palmas,
de paz y dicha celestial ensueño
disfrutarán unidas nuestras almas.

10

Á la lumbre del sol abrasadora
cierra la flor del loto el tierno broche;
y aguarda, soñadora,
la apetecida noche.

La luna, que es su amante,
con sus pálidos rayos la despierta;
y la flor los recibe palpitante,
la faz ya descubierta.

Arde, fulgura, exhala su perfume,
contempla ansiosa el cielo,
tiembla, suspira, llora y se consume
en amoroso anhelo.

11

El Rhin sagrado desata
su caudaloso raudal,
y en sus espejos de plata
Colonia copia y retrata
su famosa Catedral.

En la catedral aquella
hay, sobre cuero dorado,
pintada una imagen bella,
que en mi cielo encapotado
siempre fué benigna estrella.

Es la Virgen, que triunfante
está de ángeles cercada;
sus ojos, su labio amante,
todo en ella es semejante
al rostro de mi adorada.

12

¿Por qué jurar y ofrecer?
Bésame con frenesí,
pues nunca, hermosa, creí
en palabras de mujer;
si tu voz me da placer,
más dulce tu beso siento;
que eres mía experimento,
y así mi ventura labras;
que lo demás son palabras,
palabras que lleva el viento.

Pero, no; promete y jura!
Una palabra, mi vida,
de tu boca bendecida
toda mi dicha asegura.
Alcanzo tanta ventura
cuando en tus brazos me ves,
que sueño yo —¡soñar es! —
que has de amarme, en puridad
por toda la eternidad,
y aún mucho tiempo después.



13

No me quieres, no me quieres,
y soporto tu desdén;
tu rostro de cielo miro,
y soy más feliz que un rey.
Me odias; de tus propios labios
lo escucho: ¡cómo ha de ser!
Deja que tus labios bese;
y así me consolaré!

14

¡Cuántas canciones dediqué á los rojos
labios de mi adorada!
¡Cuántos tercetos á sus bellos ojos
y á su dulce mirada!

Y si mi hermosa corazón tuviera,
también, fino y discreto,
á su sensible corazón hiciera
un bonito soneto!

15

El mundo está ciego y loco;
¡cuán vanos sus juicios son!
Dice, oh bien á quien invoco,
que tienes mal corazón.

¡El mundo está loco y ciego!
No te conoció jamás.
No sabe cómo arde el fuego
en los besos que me das.

16

Dímelo tú, dueño mío:
¿Eres sueño halagador
que en una tarde de estío
forjó el dulce desvarío
del vate, loco de amor?

¡Oh! no: tus labios de rosa,
tu pupila, que arde inquieta,
tu gracia alegre y donosa,
no pueden ser, niña hermosa,
un ensueño del poeta.

Basiliscos y dragones,
horripilantes visiones
y monstruosos disparates:
esas son las creaciones
permitidas á los vates.

Pero tu dulce alegría,
tu travesura discreta,
tu genial coquetería,
no pueden ser, vida mía,
un ensueño del poeta.

17

Como al nacer del mar Venus gloriosa,
hoy con todo el fulgor de su hermosura,
brilla mi dulce amada: tierna esposa,
amor á otro hombre jura.

¡Paciente corazón, tu enojo apaga!
no acuses su perjurio y su mancilla:
disculpa, pobre corazón, cuánto haga
la adorable loquilla.

18

No te acuso, al perderte, dueño mío:
no te acuso, aunque el alma me quebrantes:
¡Bella estás con tu espléndido atavío!
¿Podrá, empero, el fulgor de los diamantes
iluminar tu corazón sombrío?

¡Ah! lo sé todo: en dolorido ensueño
ví tu hondo corazón: ¡era morada
de noche oscura, horrible, encapotada!
y víboras ví en él, oh dulce dueño,
y ví que eras también desventurada!

19

Desdichada eres tú, querida mía;
desdichados al par somos los dos;
desdichados seremos hasta el día
que cure nuestro mal la muerte pía,
hasta que quiera Dios!

Brilla en tus labios risa de despecho,
y en tu mirar irónica altivez;
glorioso y satisfecho,
late el orgullo en tu triunfante pecho;
¡y somos desdichados á la vez!

Al arder más espléndidos tus ojos,
una lágrima en ellos asomó;
mueren las risas en tus labios rojos;
tu pecho esconde míseros enojos,
y eres tan desdichada como yo!

20

Preludia el violín sonoro;
sigue la música toda;
la dulce niña que adoro
celebra el baile de boda.

La flauta y el violoncelo
marcan su alegre compás:
los angelitos del cielo
lloran á no poder más.



21

¿Olvidar pudiste así
que tu corazón fué mío,
tu corazón—¡ay de mí!—
el más dulce, falso y frío,
de cuantos yo conocí?

¿Así pudiste olvidar
mi querer y mi penar,
tan grandes ambos—¡ay Dios!—
que aún no he podido aclarar
cuál fué mayor de los dos?

22

Si supieran las pobres florecillas
cuán vivo es mi dolor,
me ofrecieran, piadosas y sencillas,
su aroma bienhechor.

Si supieran los tiernos ruiseñores
cuán grande es mi penar,
dieran algún alivio á mis dolores
cantando sin cesar.

Si supiesen los astros en el cielo
cuán hondo es mi sufrir,
dejaran, para darme algún consuelo,
su alcázar de zafir.

Pero no saben ¡ay! la pena mía
estrella, ave ni flor;
sábela sólo quien desdeña impía
mi afán y mi dolor.

23

¿Por qué veo tan pálidas las rosas?
¡Dímelo, vida mía!
¿Por qué están las violetas pesarosas
en la floresta umbría?

¿Por qué la alondra fúnebres clamores
desde los cielos vierte?
¿Por qué aspiro en la esencia de las flores
un hálito de muerte?

¿Por qué derrama el sol, lánguido y frío,
lumbre incierta y oscura?
¿Por qué está el mundo tétrico y vacío,
como una sepultura?

¿Por qué yo propio estoy tan muerto y triste?
¡Habla! ¡contesta! ¡dí!
¿Por qué, mi amor, si un tiempo me quisiste,
me abandonaste así?

24

Hablaron mucho de mí
para robarte la calma;
mucho murmuraron, sí;
pero no ha llegado á ti
lo que me destroza el alma.

Entre mucho «¡Guarda, Pablo!»
soltaban, haciendo el bú,
algún horrible vocablo;
decían que yo era el diablo,
y los escuchabas tú.

Pero, entre tanto fiscal,
quedó lo más criminal,
lo más grave y de más bulto,
en el abismo fatal
de mi corazón oculto.

25

El ruiseñor cantaba; florecía
el tilo, y fulguraba el sol radiante.
Entonces me besaste, vida mía,
y trémulo tu brazo me oprimía
contra tu ansioso pecho palpitante.

La guirnalda cayó, que el tilo viste;
graznaba el cuervo; desmayado y triste
se hundía el sol; con fría indiferencia
nos dijimos «adiós» y tú me hiciste
la más ceremoniosa reverencia.

26 (1)

Mucho, en verdad, los dos hemos sentido
tú por mí, yo por ti !... y hemos vivido
llevándonos tan bien !... y hemos jugado
á marido y mujer, sin que arañado
nos hayamos jamás, ni sacudido.
Juntos en risa y regodeo y broma
supimos tiernamente
jugar á beso-daca y beso-toma.
Y—¡cosas de muchachos!—de repente
jugar al escondite resolvimos ;
y tal jugado habemos,
y tal maña nos dimos,
y tan rebién, por fin, nos escondimos,
que ya nunca jamás nos hallaremos.

27

Con cariñosa afición
y con obsequios seguros
respondiste á mi pasión ;
y en una y otra ocasión
me hiciste salir de apuros.

(1) Como justo homenaje al insigne escritor D. Eulogio Florentino Sanz, el primero que dió á conocer en España las poesías de Heine, ponemos aquí ésta, que es una de las pocas traducciones, excelentes todas, que de ellas hizo.—*T. Ll.*

Me diste — ¡cómo ha de ser! —
de comer y de beber;
me arreglaste el equipaje,
y hasta te hube de deber
el pasaporte del viaje.

El cielo te guarde pío
en invierno y en estío;
el cielo te guarde.... Mas
lo que hiciste en favor mío,
no te lo pague jamás.

28

Fué crudo y mucho duró
el triste invierno infecundo;
pero, al fin, Abril llegó:
alegróse todo el mundo,
todo el mundo, menos yo!
Abriéronse flores suaves;
el cencerro del rebaño
sonó con acentos graves;
y como en tiempo de antaño,
hablaron todas las aves.
No quise atender, adusto,
su idioma revelador:
tachábalo todo, injusto;
no escuchaba á nadie á gusto,
ni aun al amigo mejor.
Esto recuerdo que fué
en aquella época en que
comenzó la gente, odiosa,
á llamar «Señora de....»
á mi niña veleidosa.

29

Mientras yo en tierras extrañas
soñaba mil despropósitos,
el tiempo se le hizo largo
á la niña á quien adoro ;
cosió el vestido de bodas,
y abrazó, cual dulce esposo,
de todos sus pretendientes
al pretendiente más tonto.

Más hermosa cada día
la veo, y admiro absorto
las rosas de sus mejillas,
las violetas de sus ojos;
y esforzarme en olvidarla
ha de ser — bien lo conozco —
de todos mis desatinos
el desatino más tonto.

30

Las azules violetas ruborosas
de su pupila, que serena brilla ;
las delicadas rosas
de su fresca mejilla ;
las blancas azucenas de su mano :
todo, para robarme dicha y calma,
todo aún florece espléndido y lozano :
nada hay marchito, en ella, más que el alma.

31

Es hoy tan bello el mundo; la alta esfera
tan azul; tan sereno el claro río;
tan blando el viento; se abre en la pradera
tanta flor empapada de rocío;
bulle tan jubilosa y placentera
la feliz muchedumbre en torno mío,
que estar quisiera en el sepulcro helado,
á su yerto cadáver abrazado.

32

Cuando en la tumba yazgas, dueño mío,
en el lecho de sombra y de reposo,
iré á buscarte en su regazo frío,
y allí por fin te abrazaré dichoso.

Te abrazaré, te besaré incesante,
pálida, inmóvil, silenciosa, muerta;
estremecido, extático, anhelante,
te oprimiré á mi pecho, muda y yerta.

Tocará medianoche; irán los muertos
á danzar, de sus tumbas evocados;
y por la losa funeral cubiertos,
estaremos los dos bien abrazados.

La trompeta final sonará un día;
acudirán al juicio los difuntos;
y sordos á sus ecos, vida mía,
seguiremos allí, quietos y juntos.

33

Envuelto en frío sudario
de hielo, sobre un peñón,
se alza un pino solitario
del árido septentrión.

Sueña con una palmera
que en el oriental edén,
en abrasada ribera
suspira y sueña también.

34

La cabeza

¡ Si fuera yo el escabel
de tus plantas, vida mía!
Por más que golpease en él
tu pié caprichoso y cruel,
nunca, amor, me quejaría.

El corazón

¡ Si el acerico yo fuera
do tu mano clava fiera
la aguja de tu labor!
¡ Cuántas más veces me hiriera
fuera mi gozo mayor!

La copla

¡Si fuera yo el retorcido
papel, al bucle prendido
que tu sién ha de adornar!
¡Cómo dijera á tu oído
lo que hoy tengo que callar!

35

Huyó la risa de mis labios tristes,
hermosa infiel, cuando te ví partir;
escucho sin cesar bromas y chistes;
¡y no puedo reir!

El llanto huyó de mis cansados ojos,
hermosa infiel, cuando te ví marchar:
rasgan mi corazón duelos y enojos
¡y no puedo llorar!

36

¡Ay! de mis penas más graves
compongo breve canción,
y agitando plumas suaves,
va á posarse (tú lo sabes)
en tu ingrato corazón.

Penetra en su oculto centro,
y volviendo luégo atrás
viene llorando á mi encuentro,
sin que me diga jamás
qué es lo que ha visto allá dentro.

37

Horteras endomingados
triscan por selvas y prados
cual cabrito en la maleza,
admirando alborozados
la feraz naturaleza.

Los matorrales floridos
contemplan embebecidos;
y el cantar de los gorriones
causa en sus toscos oídos
románticas emociones.

Cubre mi ventana en tanto
negra cortina, y así,
en las alas del encanto,
los fantasmas que amé tanto
vienen de nuevo hasta mí.

Viene mi perdido amor,
rompiendo el sepulcro frío;
me abraza consolador
y sucumbe á su dolor
el pobre corazón mío.

38

A veces, una imagen ilusoria
del bien que ya perdí,
renace, por träer á mi memoria
aquellos tiempos en que fué mi gloria
estar cerca de ti.

De día, por la calle, á la ventura,
vagaba soñador;
la gente, sospechando mi locura,
contemplaba mi extraña catadura
con sorpresa y temor.

De noche, era mejor: lóbrega, fría,
desierta la ciudad;
yo, con mi sombra, en grata compañía,
silencioso y pausado recorría
la muda soledad.

Lento cruzaba el extendido puente,
resonante á mis piés;
y rasgando el nublado transparente
me mandaba la luna complaciente
salutación cortés.

Delante de tu casa embebecido
paréme veces mil;
alcé los ojos, agucé el sentido,
contemplé tu ventana estremecido,
delirante, febril.

Yo sé que te asomaste á la ventana
en más de una ocasión;
y me viste, triunfante soberana,
inmóvil, en la esquina más cercana,
como un guardacantón.



39

Un doncel ama á una bella:
ésta adora á otro galán;
el preferido por ella
enamora á otra doncella,
y al altar felices van.

La víctima de su amor
al primer pobre señor
que encuentra, le da la mano;
el joven que la amó en vano,
sufre y calla su dolor.

Este es un antiguo cuento,
que siempre nuevo será;
y aunque es común el evento
¡ay de quien sufre el tormento
que al alma sensible da!

40

Cuando escucho la canción
que cantaba mi adorada,
me da un vuelco el corazón,
y por la amarga emoción
siento el alma desgarrada.
Un indefinible anhelo
me conduce; corro, vuelo,
y en el bosque voy á dar:
allí encuentro algún consuelo;
pero, á fuerza de llorar!



41

Soñé con una princesa:
huella de mortal dolor
llevaba en el rostro impresa:
bajo la enramada espesa
la abracé, loco de amor.

—«¡Ah princesa! No ambiciono
corona, cetro ni trono;
guárdelos tu padre, sí;
todo el resto lo abandono,
si lograrte puedo á ti.

—No puede ser: ¡triste suerte!
ya es la tumba mi mansión:
sólo de noche, por verte,
vengo, burlando á la Muerte:
¡ve si es grande mi pasión!

42

El piélago sin ribera
surcábamos, dulce bien,
una noche placentera,
mecidos por el vaivén
de nuestra barca ligera.

Isla encantada á lo lejos
divisábamos perplejos;
oíamos dulces sones:
y entre pálidos reflejos,
danzaban blancas visiones.

Y cada vez el cantar
era más dulce, y al par
más fantástica la danza;
y por el inmenso mar
íbamos sin esperanza.

43

Un añejo y dulce cuento
lleva el alma enamorada,
en las alas del portento,
hacia una tierra encantada.
Do, al abrirse, cada flor,
del ocaso al blando arrullo
contempla, llena de amor,
á otro entreabierto capullo:
Donde todo árbol murmura
y habla su lenguaje incierto;
donde toda fuente pura
toma parte en el concierto:



Y es tan dulce la armonía,
y es tan grata la ilusión,
que rinde su pöesía
al más duro corazón.
¡Ah! Si en tan bello lugar
lograse feliz reposo.
y mis penas olvidar,
y ser libre, y ser dichoso!
Mas, si esa tierra encantada
logro de noche entrever,
borra su imagen soñada
el sol al amanecer.

44

Te amé, y mi pobre corazón aún te ama;
y aunque se hundiera el universo un día,
de sus escombros la triunfante llama
de mi insensato amor renacería.

45

Era hermosa y brillante la mañana;
era el jardín espléndido y fecundo;
la flor charlaba con la flor galana:
yo iba meditabundo.

La flor charlaba con la flor galana,
y decía, mirándome el semblante:
«no guardes, no, rencor á nuestra hermana,
hosco y pálido amante!»

46

Fulgura mi loco amor,
fogoso al par y sombrío,
cual canto conmovedor
que refiere un trovador
en una noche de estío.

En jardín lleno de flores
gozan, solos, su fortuna
dos rendidos amadores:
¡ Cuál cantan los ruiseñores !
¡ Cuál resplandece la luna!

Detiénese la doncella;
póstrase el galán ante ella;
entra, de pronto, en el huerto
el Gigante del desierto;
y huye aterrada la bella.

Cae el caballero herido,
y á su antro vuelve el gigante:
lo mismo me ha sucedido;
la fosa abridme al instante,
y está ya el cuento concluído.

47

Me han atormentado el alma,
me han descolorido el rostro,
los unos con sus cariños,
con sus rencores los otros.

Me han envenenado el agua
que bebo y el pan que como,
con sus cariños los unos,
con sus rencores los otros.
Pero la que me ha causado
más tormentos, entre todos,
esa, ni jamás me quiso,
ni me odió nunca tampoco.

48

Brilla el ardoroso estío,
¡adorado dueño mío!
en tu rostro floreciente;
y el invierno, siempre frío,
en tu pecho indiferente.

Mas no pasa el tiempo en vano:
tu rostro el invierno cano
mustiará sin compasión;
y entonces ¡ay! el verano
arderá en tu corazón.



49

Cuando se dan la mano dos amantes,
por siempre separándose quizás,
los sollozos, las quejas delirantes
no terminan jamás.

Nosotros, en tan críticos momentos,
ni un ¡ay! tuvimos; pero, ya lo ves,
los suspiros, los lloros, los lamentos
han venido después.

50

Tomaban té y platicaban
á la vez sobre el amor,
ellos, con tono dogmático,
ellas, con dulce emoción.
—«Amor debe ser platónico»
el mustio corregidor
dijo, y exclamó sonriendo
la corregidora:—«¡Ay Dios!»—

—«El amor intemperante
es nocivo» prorrumpió,
el Doctoral, y una joven
—¿Por qué?—dijo á media voz.
—«Amor,» dijo la marquesa
«es invencible pasión,»
miró al conde de soslayo
y una taza le ofreció.
Aún cabías tú en el corro,
mi bien, y seguro estoy
de que mucho mejor que ellos
dijeras lo que es amor.



51

¡Están emponzoñadas mis canciones!...
¿No lo han de estar, mi amor?
Tú mataste mis dulces ilusiones
con tósigo traidor.

¡Mis canciones están emponzoñadas!...
¿No lo han de estar, mi bien?
Llevo en el alma sierpes enroscadas;
te llevo á ti también!

52

Soñé: ¡mi sueño de siempre!
estaba á solas contigo;
eterno amor nos jurábamos
á la sombra de los tilos.
Después de los juramentos,
de largos besos seguidos,
en la mano por memoria,
me clavaste los colmillos.
Niña, la de ojos azules,
la de los dientes blanquísimos,
bastábame el juramento;
de más estaba el mordisco.

53

Subí á la cumbre altanera;
estaba sentimental.
«¡Si pajarito yo fuera!...»
dije, pensando en mi mal.

Si fuera—¿qué más placer?—
golondrina, bien querido,
pronto me vieras tejer
en tu ventana mi nido.

Si fuera yo ruiseñor,
iría á darte un concierto,
himnos cantando de amor
en los tilos de tu huerto.

Si fuera canario, á verte
también, y á cantarte, iría,
ya que tanto te divierte
tu canario, vida mia.



54

¡Anda que andarás! Corría
sin detenerse el carruaje:
vivo el sol resplandecía,
y animación y alegría
daba al hermoso paisaje.

Iba yo triste y mohíno,
recordando de contino
á mi dulce amor ausente:
tres fantasmas, de repente,
me salieron al camino.

Al pasar, me saludaron,
y horribles muecas hicieron,
y los brazos levantaron,
y gimieron y silbaron,
y á lo lejos se perdieron.

55

Lloraba en sueños: con horrible espanto
soñé que estabas muerta, vida mía;
disperté, y aún el llanto
por mi rostro corría.

Lloraba en sueños: con mortal despecho
soñé que me dejabas, bien que adoro;
disperté, y largo trecho
corrió amargo mi lloro.

Lloraba en sueños: con anhelo suave
soñé, mi dulce amor, que aún eras mía:
disperté, y — Dios lo sabe —
hoy lloro todavía!



56

Todas las noches, en feliz ensueño,
hermosa y melancólica te miro;
tú me sonríes, y con loco empeño,
me prosterno á tus piés, lloro y suspiro.

Contemplas dolorida mi quebranto,
doblas después la cabecita rubia;
y las divinas perlas de tu llanto
tus ojos vierten en copiosa lluvia.

Y me das de ciprés rama siniestra,
y una palabra dejas en mi oído:
y despierto azorado, y en la diestra
falta la rama y la palabra olvido.

57

¡Horrible noche! Un torrente
vierten las lluvias sonoras;
silba el ábrego inclemente:
¿qué estará haciendo, á estas horas,
mi pobre niña inocente?

Viéndola estoy, asomada
al balcón, meditabunda,
la faz en lloros bañada,
y perdida la mirada
en la oscuridad profunda.

58

El cierzo silba en las ramas;
húmeda y fría es la noche;
envuelto en mi capa negra,
cabalgo á través del bosque.
Delante de mí cabalgan
mis pensamientos indóciles,
y á la mansión de mi amante
me conducen al galope.
Ladran los perros; con luces
salen ya los servidores;
van sonando mis espuelas
al subir los escalones.
En cámara que tapizan
estofas de mil colores,
mi dulce amante me aguarda
y entre sus brazos me acoge.

Y el viento silba en las ramas,
y me dice el viejo roble:
—«¿Á dónde vas, loco hidalgo,
con tus locas ilusiones?»

59

Una estrella pura y bella
caía, sin dejar huella,
en la inmensidad sombría:
del amor era la estrella
la estrella que así caía.

En lluvia de hojas y flores
al viento, verde manzano
daba sus galas mejores,
y en sus giros voladores
las llevaba el aire vano.

Blanco cisne en limpia fuente
bogaba con blandas plumas,
cantando armoniosamente;
y se hundía en las espumas
de su tumba transparente.

Todo, ¡ay mis tristes amores!
oscuro y mudo quedó:
volaron hojas y flores;
perdió el astro sus fulgores;
el blanco cisne calló.





60

Á un maravilloso alcázar
transportóme el Dios del sueño,
lleno de mágicas luces
y de vapores siniestros.
Tropel confuso de gente
iba con pasos inciertos
por el largo laberinto
de cámaras y aposentos.
La puerta buscaban todos,
dudosos, pálidos, trémulos;
gritos angustiosos dando,
manos convulsas tendiendo.
Mezclábanse en el tumulto
señoras y caballeros,
y en el oscuro gentío
encontrábame yo envuelto.
Hállome de pronto á solas;
miro en torno, y no comprendo
cómo pudo disiparse
la turba en tan breve tiempo.
Solo, enteramente solo,
echo á andar, sin rumbo cierto;
pero plomo son mis plantas,
plomo mi angustiado pecho:
la salida busco en vano,
y de hallarla desespero.

De pronto, llego á la puerta;
mas, cuando á la puerta llego,
encuentro en ella.... ¡ Dios mío!
¿ Cómo decir lo que encuentro?
Era mi hermosa tirana,
era mi adorado dueño,
con el suspiro en los labios
y en la frente el desconsuelo.
Vuelvo atrás despavorido,
y ella me llama en silencio
con un ademán que ignoro
si es de súplica ó imperio;
pero en sus ojos celestes
brilla dulcísimo fuego,
que en la frente y las entrañas
sentí arder al mismo tiempo.
Me miraba y me miraba
con aire amante y severo,
y á lo mejor de mirarme,
me hallé, de pronto, despierto.

61

La noche es negra y fría:
por la selva sombría
arrastro sollozando mi tristeza;
á los robles despierta la voz mía,
y mueven, compasivos, la cabeza.

62

En cualquier encrucijada
dan sepultura ignorada
á quien se quita la vida:
nace una flor azulada;
la flor del alma perdida.

Era de noche, y en una
encrucijada escondida
paréme; ¡ negra fortuna !
¿ Qué ví ? ¡ Brillar á la luna
la flor del alma perdida !

63

¡Ah ! doquiera que voy, triste y sombrío
cíñeme oscuridad llena de enojos,
desde que no me alumbra, vida mía,
el rayo de tus ojos.

Apagóse el destello esplendoroso
de la estrella de amor plácida y tierna:
se abre á mis piés abismo pavoroso;
¡ Trágame, noche eterna !



64

Mis ojos todo eran sombra;
mi boca, pesado plomo:
la sién fría, el pecho inmóvil,
yacía en sepulcro lóbrego.
Cuánto tiempo allí dormía
es un misterio que ignoro;
disperté porque en la tumba
me llamaban, no sé cómo.
—«¿No te levantas, Enrique?
Ya despunta venturoso
el día eterno, y los muertos
se alzan del sepulcro todos.»
—Mi bien; no puedo moverme:
aún están ciegos mis ojos;
tanto tu desdén lloraron,
que los cegaron los lloros.
—«Verás cómo el velo, Enrique,
á fuerza de besos rompo;
y aparecerá á tu vista
todo el celestial emporio.»
—Mi bien, moverme no puedo:
el corazón tengo roto;
aún mana sangre la herida

que le hicieron tus antojos.
—« Sobre el corazón, Enrique,
la piadosa mano pongo,
y ya no duele la herida
ni mana sangre tampoco.»
— Mi bien, moverme no puedo:
las sienes tengo hechas trozos;
yo mismo las destrozaba
al saber que tú eras de otro.
«Venda, Enrique, de tus sienes
haré con mis rizos propios,
restañando de tu sangre
los derramados tesoros.»
Resistir más ya no pude
el halagüeño coloquio;
por levantarme y seguirla
hice un esfuerzo espantoso.
Abriéronse las heridas;
y saltó la sangre á chorros;
al verme anegado en ella,
grité y desperté de pronto.

65

Quiero enterrar mis cantares,
quiero enterrar mis ensueños;
y un ataúd voy buscando
donde quepan todos ellos.
¡ Cuántas cosas, cuántas cosas
he de meter allí dentro!
como el tonel de Heidelberga
habrá de ser, por lo menos.

Para conducirlo á cuestas
necesito dos maderos:
como el puente de Maguncia
han de ser largos y recios.
Buscaré doce gigantes,
los doce tan corpulentos
como aquel santo Cristóbal
que es de Colonia portento.
En hombros han de llevarlo
á orillas del mar revuelto;
han de arrojarlo al abismo:
¡tal fosa para tal féretro!
¿Preguntáis por qué tan grande
la caja fúnebre quiero?
Porque he de encerrar en ella
mi amor y mis sufrimientos!




EL REGRESO
1823—1824



I

Fulguró en mi vida oscura
imagen de excelsa prez;
pero huyó esa imagen pura,
y á ciegas voy otra vez.

El niño, cuando camina
por tenebroso lugar,
el terror que le domina
vence á fuerza de cantar.

Niño soy, que á oscuras canto:
poco vale mi canción;
pero nada alivia tanto
mi doliente corazón.



2

Estoy triste, muy triste, sin que entienda
la razón ni el por qué:
fija tengo en la mente una leyenda
que en la infancia escuché.

Era frío el crepúsculo; rodaba
tranquilo el Rhin; el sol
las cúspides remotas alumbraba
con su último arrebol.

Allá, en la cima, en trono diamantino,
en fúlgido sitial,
peinaba sus cabellos de oro fino
doncella celestial.

Peinábalos con peine también de oro,
cantando una canción,
cuyo eco singular, triste y sonoro,
turbaba el corazón.

Surcó un barquero la corriente undosa;
oyó el dulce cantar:
y contemplando á la doncella hermosa,
fué en el escollo á dar.

Tragó el río la barca y el barquero:
y esa tirana ley
sufre siempre quien oye el lisonjero
cantar de Loreley.



3

Mi corazón está triste;
Abril alegre y florido:
al pié de los viejos muros,
sobre un tronco me reclino.
Encerrado en cauce estrecho,
corre silencioso el río:
pasa, en ligera barquilla,
cantando y silbando un niño.

Á lo lejos se dibujan
en risueño laberinto,
quintas, huertos, labradores,
vacas, prados, selvas, riscos.
Lavan las mozas y tienden
en la yerba el blanco lino;
suena el batán, y las aguas
trueca en espumosos rizos.
Hay una estrecha garita
sobre el torreón sombrío;
va y viene el fiel centinela,
todo de rojo vestido.
Con el fusil, que al sol brilla,
haciendo está el ejercicio:
apunta bien, centinela,
y descerrájame un tiro!

4

Voy por la selva, y lloro sin sentirlo:
¡Y así pasan las horas!
Salta de rama en rama el negro mirlo,
y dice: «¿Por qué lloras?»

—La golondrina azul, tu tierna hermana,
decírtelo pudiera,
pues tiene puesto el nido en la ventana
de mi niña hechicera.



5

La noche está borrascosa;
no hay en el cielo una estrella;
todos los árboles silban
cuando cruzo por la selva.
Una luz en la cabaña
del cazador centellea;
pero no llama á los ojos
su claridad macilenta.
Sentada en sillón de cuero
está la abuelita ciega,
inmóvil y silenciosa,
como una imagen de piedra.
El hijo del guarda-bosque
viene y va con planta inquieta;
cuelga el arcabuz al muro,
y una carcajada suelta.
Baña el lino con sus lágrimas
la bellísima hilandera;
gruñe el mastín de su padre,
gruñe y á sus piés se acuesta.

6

Si encuentro en mis excursiones
la familia de mi amada,
padre, madre y hermanitas
me reconocen y abrazan.
Me saludan, me interrogan,
y todos á un tiempo charlan;
dícenme que estoy lo mismo,
aunque más flaco de cara.
Pregunto á mi vez por tías,
por sobrinas y cuñadas,
y hasta por aquel cachorro
que tan juguetón ladraba.
Pregunto también por ella,
con otro—¡ay cielos!—casada,
y me dicen, muy gozosos,
que recién parida se halla.
Les doy mil enhorabuenas
con la sonrisa más grata,
y les digo balbuceando
que me pongan á sus plantas.
La hermanita, de repente,
dice: « Al perro le entró rabia,
y lo llevaron al río,
y lo arrojaron al agua. »
La pequeña cuando ríe
es retrato de su hermana,
y tiene los mismos ojos
causantes de mis desgracias.

7

En la choza del barquero,
contemplábamos el mar;
las neblinas de la tarde
llenábanlo todo ya.
Encendió el próximo faro
su antorcha providencial;
allá á lo lejos, muy lejos,
un buque vimos pasar.
Hablábamos del marino
y de su incesante afán,
siempre en continua borrasca,
siempre en incierta ansiedad.
De lueñas tierras, del Polo
Austral y del Boreal;
de pueblos de extraña raza
y de vida singular.
En el Ganges todo ríe;
selvas perfumadas hay,
y adora la flor del loto,
gente dichosa y jovial.
En Laponia, grey escuálida
de ancha boca y sucia faz,
cuece arenques, y temblando
se acurruca en pobre hogar.
Escuchaban las doncellas;
nadie dijo nada más;
y la nave que pasaba
se perdió en la oscuridad.

8

Graciosa pescadorcilla,
tu barca de audaces remos,
atraca á esta mansa orilla,
y mano á mano, hablaremos
sin temor y sin mancilla.

En mi pecho reclinar
bien puedes tú la cabeza:
¿ No fías, sin vacilar,
en la bonanza ó fiereza
del alborotado mar ?

Mi corazón, dulce bien,
es un mar, inmenso y hondo;
tiene su eterno vaivén,
sus escollos, y también
blancas perlas en el fondo.

9

Arde la luna, lámpara bendita,
y al mar da su fulgor;
abrazo á mi adorada, y fiel palpita
en nuestro pecho amor.

Solo estoy, en los brazos de mi hermosa :
—« ¿ Qué es lo que escuchas, dí,
en la voz de los vientos misteriosa ?
¿ Por qué tiemblas así ?

—No es el viento, es la voz de mis hermanas,
hoy vírgenes del mar,
que en cavernas profundas y lejanas
suspiran sin cesar. »

10

La luna, colosal manzana de oro,
rasga el nublado en la celeste cumbre
y derrama en el piélago sonoro
su brilladora lumbre.

Por la extendida playa, do refrenan
su furor las corrientes, voy á solas ;
y oigo las voces que incesantes suenan
en las revueltas olas.

Con grave lentitud la noche avanza
y el pecho estalla con pujante brío :
venid, ondinas, y en alegre danza
girad en torno mío.

Reciban vuestros brazos palpitantes
mi frente moribunda y dolorida ;
y halle yo en vuestros ósculos amantes
raudal de eterna vida.

11

¡Cuánta nube! En sus mullidos
pliegues duermen las deidades;
y en los orbes conmovidos,
al compás de sus ronquidos,
estallan las tempestades.

El huracán turbulento
estrella al frágil bajel:
¿quién el ímpetu violento
podrá detener del viento
y del loco mar infiel?

Pues nadie puede enfrenar
de los vientos y del mar
las furiosas tempestades,
me echo á dormir y á roncar,
lo mismo que las deidades.

12

Suena el huracán la trompa;
corren sobre el mar sus ráfagas;
y al són de los latigazos
rugen las olas y saltan.

Abre el firmamento lóbrego
sus inmensas cataratas:
el Océano y la Noche
riñen su mayor batalla.
Detiénese una gaviota
en el palo de mesana;
las plumas bate y da un grito
que mil desastres presagia.

13

Crece la borrasca: brilla
el lampo en la oscuridad;
brama el viento, ruge y chilla.
¡Cómo danza la barquilla!
¡Qué noche! ¡Qué tempestad!
La mar, á cada momento,
forma un monte turbulento;
húndese luégo á mis piés,
y hasta el alto firmamento
encabrítase después.

En la bodega sombría
suenan el rezo apocado
ó la maldición bravía;
y al mástil bien agarrado
sueño en ti, casita mía!

———



14

Anochece; las pálidas neblinas
cubren el vasto piélago: siniestras
gimen las ondas, y visión gallarda
miro surgir entre ellas.

El hada es de los mares, que á la orilla
viene, y callada junto á mí se sienta,
dejando ver su seno alabastrino
la túnica entreabierta.

Los brazos abre, y me los echa al cuello
con tal empuje, que respiro apenas:
—«Muy fuertes son, exclamo, tus abrazos,
bellísima Sirena!

—Si mis brazos te oprimen tan ansiosos,
si á mi seno te estrecho con tal fuerza,
es porque sopla congelado el cierzo
y el frío me penetra.»

Entre las nubes lóbregas asoma
la luna, siempre triste y macilenta:
—«Tus ojos se humedecen y se enturbian,
bellísima Sirena!



—No se enturbian mis ojos ni humedecen:
salgo del mar, que protector me alberga;
de sus olas amargas una gota
en mis pupilas queda.»

Lanza un grito agorero la gaviota;
bate el mar espumoso la ribera:
—«¡Cuál tu agitado corazón palpita,
bellísima Sirena!

—Si así palpita mi azorado pecho,
si salta el corazón y arden mis venas,
es, gallardo mortal, porque te adoro
con ansiedad frenética!»

15

Paso por tu casa y miro,
cuando brilla la mañana:
¡cuán dulcemente suspiro
niña hermosa, si te admiro
asomada á la ventana!

En mí clavas complacientes
los ojos, negros y ardientes,
y que preguntas infiero:
—«¿Quién eres? ¿Qué es lo que sientes,
melancólico extranjero?»

¿ Quién soy?... Un vate alemán;
y allí me conocen bien:
si citan con noble afán
nombres que gloria les dan,
citan el mío también.

¿Qué siento?... Lo que yo siento
lo sienten muchos allí;
cuando citan un portento
de infortunio y sufrimiento,
también me citan á mí.

16

El mar brillaba con la luz extraña
que da el ocaso á las dormidas olas:
los dos, del pescador en la cabaña,
silenciosos estábamos y á solas.

Remontábase lenta nube oscura;
audaz tendía la gaviota el vuelo;
y una lágrima hermosa, tibia y pura,
bañó tus ojos y nubló su cielo.

Miré, ansioso, rodar por tu mejilla
y caer en tu mano aquella perla;
y doblé conmovido la rodilla,
y con ardiente labio fuí á beberla.

Desde entonces la frente doblo triste,
y sufre el corazón rudo quebranto:
mira, desventurada, lo que hiciste;
envenenóme el corazón tu llanto.

17

Hay en las cumbres aquellas
un castillo encantador,
y en el castillo tres bellas:
me han probado todas ellas,
me han probado bien su amor.

Gocé el lunes los abrazos
de Amalia; en los mismos lazos
me estrechó el martes María,
y el miércoles Rosalía
me descoyuntó en sus brazos.

El jueves, gran recepción
tuvieron: ¡soberbia noche!
¡Qué lujo! ¡Qué ostentación!
Iba en larga procesión
gente á caballo y en coche.

No me invitaron; y á fe
que el ardid inútil fué:
mi ausencia se hizo notar,
y hubo la que yo me sé
de reir y murmurar.



18

Cual nube confusa y vaga,
la ciudad se ve á lo lejos,
entre sombras y reflejos
de la tarde que se apaga.

Riza el agua el viento leve;
mi barquero, acompasados,
alza los remos pesados
y la negra lancha mueve.

Y el sol su postrer fulgor
aún lanza para alumbrar
el malhadado lugar
que fué tumba de mi amor.

19

¡Bien hayas, oh bulliciosa
inexcrutable ciudad!
Entre la turba afanosa
guardaste un día á la hermosa
que era mi felicidad.

Torres y puertas, ¿qué fué
de la bella á quien adoro?
En prenda os la confié,
y cuentas os pediré,
de mi perdido tesoro.

Mas, no sois culpables, no,
viejas torres, de sus tretas;
pues hubisteis de estar quietas
cuando la loquilla huyó
con sus cofres y maletas.

Tú, que la debiste ver,
negro portal, ¿qué me dices?
Que nunca sabes qué hacer
cuando nos da una mujer
con la puerta en las narices (1).

20

Sigo la antigua senda acostumbrada,
la calle que solía;
y me llevan los piés á su morada,
hoy lóbrega y vacía.

¡Cuán angosta es la calle! El pavimento
¡cuán escabroso y duro!
Las paredes caer sobre mí siento,
y la marcha apresuro.

---

(1) El original termina con un juego de palabras intraducibles:

Ein *Thor* ist immer willig
Wenn eine *Thörin* will.

«Una *puerta* es siempre franqueable, cuando una *loca* quiere.» Como las dos palabras, de parecida composición en alemán, son muy diferentes en castellano, no puede conservarse el retruécano, y nos hemos tomado la libertad de sustituirlo por una frase distinta, pero del mismo tono.—*N. del T.*

21

Entré en la estancia do la hermosa mía
juróme amor con lágrimas fervientes:
do cayeron sus lágrimas, bullía
enjambre de serpientes.

22

Tranquila está la noche; silenciosa
la calle; éste es el sitio; aquí vivía.
Há mucho tiempo huyó la niña hermosa:
la casa aún está allí, triste y vacía.

¡Y un hombre miro al pié, sombra importuna
que los brazos levanta delirante!...
¡Santos cielos! Al rayo de la luna
descubro en su semblante mi semblante!

Pálido espectro de mis penas propias,
¿por qué, dándome inútiles reproches,
el loco afán en las tinieblas copias,
que así llenó mis anhelantes noches?

23

¿Y puedes dormir en calma
sabiendo que aún vivo yo?
¡Renace la ira en el alma
que su yugo sacudió!

¿Recuerdas lo que decía
la canción? Murió un doncel,
volvió, y á la tumba fría
llevóse á su amada infiel.

Niña hermosísima, advierte
lo que á recordarte voy:
aún vivo, aún vivo, y más fuerte
que todos los muertos soy.



24

La hermosa duerme en su cuarto:
entra en él la luna pálida;
dulce música de valses
oye sonar en la plaza.

«¿Quién turba mi sueño?» dice,
y se asoma á la ventana:
es un horrible esqueleto
que toca á la vez y canta!
—«Un vals tú me prometiste,
y has faltado á la palabra:
ven conmigo al Campo santo:
esta noche, allí es la danza.»
La hermosa salta del lecho,
la hermosa sale de casa,
la hermosa sigue al espectro,
que al par toca, brinca y marcha.
Marcha, brinca, toca y hace
con su horrenda frente calva
al resplandor de la luna
mil reverencias extrañas.

25

×

Yo contemplaba su retrato en sueños,
su imagen bendecida,
y ví brotar de súbito, halagüeños,
los signos de la vida.

Dulce sonrisa, de indecible encanto,
abrió sus labios rojos;
gota feliz de cariñoso llanto
apareció en sus ojos.

Y corría también por mi semblante
lloro mal contenido;
y «no puedo, exclamaba delirante,
creer que la he perdido!»



26

¡Atlante soy, cansado y dolorido!
Á cuestas llevo un mundo, el del dolor.
Llevo lo que llevar nadie ha podido;
y ya sucumbo al peso abrumador.

¡Soberbio corazón, tú lo quisiste!
Pedías todo el bien ó todo el mal;
no puedes pretender síno más triste;
cumplida está tu aspiración fatal.

27

Los años vienen y van
se abre y se cierra la tumba,
y no logro que sucumba
este apasionado afán.

Y no querrá nunca Dios
que feliz llegue á su lado,
y exclame, á sus piés postrado:
« Señora, muero por vos ».



28

¡Oh dulce ensueño! Brilla desmayada
la luna, y me conducen sus reflejos
á la ciudad do vive mi adorada
    allá, lejos, muy lejos.

Contemplo su morada embebecido,
y un beso en el umbral mi labio sella,
en el umbral que roza su vestido
    y su breve pié huella.

Larga es la noche y fría cual ninguna;
frío el umbral, do extático me postro;
y en la ventana, al rayo de la luna,
    resplandece su rostro.

29

Oh solitaria lágrima ¿ qué quieres ?
¿ Por qué enturbias mis ojos ?
Último resto y único tú eres
de pasados enojos.

¡ Muchas hermanas, lágrima, tuviste !
¡ Todas se evaporaron !
Con mi breve ilusión y mi afán triste,
cayeron y pasaron.

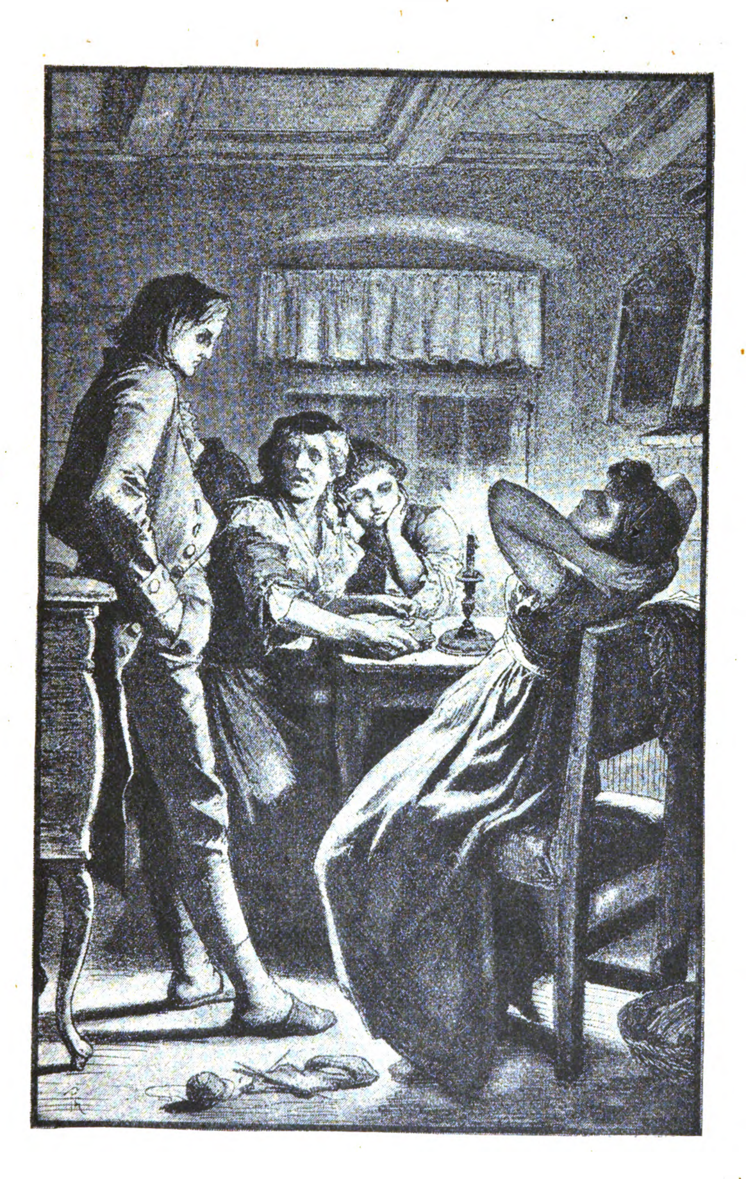
Pasaron los fantásticos reflejos
que en larga noche oscura
alumbraban falaces á lo lejos
mi soñada ventura.

Pasó el ansiado amor, cual soplo leve
de la fortuna varia :
pasa, cual ellos, silenciosa y breve,
lágrima solitaria !

30

Brilla la menguante luna
entre nubarrones pardos ;
solitaria la abadía
está junto al Campo santo.

La Biblia estudia la madre;
mira la luz el muchacho;
la hermana mayor dormita;
dice la otra bostezando:
«¡Todos los días lo mismo!
¡Qué fastidio y qué cansancio!
han de enterrar algún muerto
para ver nosotros algo.»
Sin dejar la madre el libro,
dice: «Ya trajeron cuatro
desde el día en que á tu padre,
que en paz descanse, enterraron.»
La hermana mayor exclama:
«De pasar hambre me canso:
iréme á casa del conde,
que es rico y enamorado.»
Y el mozo: «Tres cazadores
ví en la venta, echando un trago:
van esparciendo doblones,
y han de enseñarme á buscarlos.»
La Biblia le arroja al rostro
la madre, y con grito amargo,
prorrumpe: «¡Facineroso
quieres ser, hijo malvado!!»
Y llaman á la ventana,
y signos hace una mano,
y está allí el padre difunto
envuelto en sus negros hábitos.



31

¡ Cuánta nieve ! Cuánto frío !
¡ Qué noche ! ¡ Qué tempestad !
Ruge el huracán bravío,
y en la ventana, sombrío,
contemplo la oscuridad.

¿ Qué es aquel fulgor lejano
que pálida luz refleja ?
Una pobrecilla vieja,
con la linterna en la mano,
pausadamente se aleja.

Va á comprar regocijada
manteca, huevos y miel ;
y á su niña idolatrada
le hará el que tanto le agrada
jugoso y dulce pastel.

Reclinada en sillón blando
la hija, con plácido hechizo,
la luz mira dormitando,
y un dorado y suelto rizo
baja, sus hombros rozando.

32

Dicen que amor inclemente
abrió á mis piés un abismo;
tanto lo dice la gente,
que acabaré, finalmente,
por creérmelo yo mismo.

Muchas veces te juré
amor y constante fé,
niña de rasgados ojos,
y te dije mis enojos,
y que por ti moriré.

Mas no, solo, en tu aposento
te declaré lo que siento;
cuando en tu presencia me hallo,
cuanto más decir intento,
más vacilo, tiemblo y callo.

Ángeles malos mi boca
cerraron—¡aprensión loca!—
y por ello sufro así:
¡Ángeles malos, cuán poca
piedad hubisteis de mí!

33

¡Pudiera yo tu mano de azucena
besar sólo una vez!
¡Llevarla al corazón, que por ti pena,
y morir de amorosa languidez!

Tus ojos de violeta ruborosa
fulguran día y noche para mí:
ese problema azul, que así me acosa,
¿qué significa? Dí.

34

—«¿Y tu amorosa dolencia
no habrá llegado á entender?
¡No pudiste en ella ver
señal de correspondencia!
¿Cuando estás en su presencia,
nada del fuego interior
te revela el resplandor
de sus pupilas hermosas,
á ti, que en tan dulces cosas
eres mäestro y doctor?»

35

Ambos se amaban, y ninguno quiso
    confesar su pasión;
cual si enemigos fueran, se miraban,
    muriéndose de amor!

Separáronse al fin; no más en sueños
    el uno al otro vió:
estaban ambos muertos, sin saberlo
    ninguno de los dos.

36

Cuando con hondos lamentos
les dije mis sufrimientos,
nadie los quiso escuchar:
hoy cuento los mismos males
en renglones desiguales;
y me aplauden á rabiar.

37

Llamé al diablo, y vino al punto.
¡No fué pequeño mi asombro!
no es, como dice la gente,
feo, cornudo ni cojo.
Es simpático, elegante,
bastante joven, buen mozo,
muy cortés, hombre de mundo,
complaciente y obsequioso.
Es, además, consumado
político, y en sus ocios
sobre el Estado y la Iglesia
diserta con gran aplomo.
Tiene la color quebrada,
mas no es extraño tampoco,
pues ahora estudia el sanscrito
y á los modernos filósofos.
Su poeta predilecto
siempre es Fouqué (1). Gusta poco
de los críticos, y evita
debates contradictorios.
Alegróse cuando supo
que estudié en años remotos
jurisprudencia, y me dijo
que él cursó los prolegómenos.

---

(1) El poeta La Motte-Fouqué, nieto de uno de los generales y compañeros de armas más queridos del gran Federico. Nació en 1777 y murió en 1843. Era discípulo de A. W. de Schlegel, y permaneció fiel á la escuela de las antiguas leyendas, de los castillos feudales y de los trovadores, tan combatida por Heine. Al publicarse la traducción francesa del *Regreso*, cambió éste el nombre de aquel poeta poco conocido fuera de Alemania, por el de Klopstock, el célebre autor de la *Mesiada*.

Añadióme que estimaba
mi trato, como un tesoro;
é inclinándose repuso:
« Os ví, si no me equivoco,
en la embajada española.»
Y, mirando bien su rostro,
caí al fin en que hace tiempo
conocía yo al demonio.

38

Acuérdate del diablo y de sus cuernos;
la humana vida es breve;
y la caldera que arde en los infiernos,
no es cuento de la plebe.

Paga las deudas, y el Señor te asista;
larga es la vida humana,
y tendrás que acudir al prestamista
quizá otra vez mañana.

39

Preguntan los Magos venidos de Oriente
á todos aquellos que encuentran y ven;
«Decid, gente honrada, decid, buena gente,
¿cuál es el camino que va hacia Belén?»

Si nadie contesta, si nadie lo sabe,
no el séquito regio su marcha paró:
estrella divina de luz pura y suave
les marca la ruta que el cielo trazó.

Detiénese el astro de luz bienhechora
encima del santo y humilde portal;
el buey allí muge, y el Niño-Dios llora,
y entonan los Magos el himno triunfal.



40

Inocentes niños éramos (1),
inocentes niños ambos;
solíamos en la paja
del gallinero ocultarnos.
Al gallo y á las gallinas
tanto y tan bien remedábamos,
que oir la gente pensaba
á las gallinas y al gallo.
Con unos tapices rotos
y unos cajones del patio,
para vivir los dos juntos,
fingíamos un palacio.
Una gata vieja y flaca
venía de vez en cuando:
¡cuántos saludos le hicimos,
reverencias y agasajos!

---

(1) Dedicó Heine esta poesía á su hermana Carlota de Empden, á quien quería mucho. También le dedicó el libro de cantares titulado *Nueva Primavera*.



¡Cuántas afables preguntas
sobre su salud y estado!
¡Ay! ¡con cuántas gatas viejas
habremos hecho otro tanto!
Como personas formales
hablábamos algún rato,
echando siempre de menos
los buenos tiempos de antaño.
«Amor, buena fe, constancia,
se van, como por ensalmo;
está el café por las nubes;
¿y el dinero?.. ¡no hay un cuarto!»
Pasaron aquellos juegos,
y también — ¡ay Dios! — pasaron
amor, buena fe, constancia
ilusión, vida y encanto!

41

Me oprime anhelo profundo,
si pienso en la antigua edad:
¡cuán deleitoso era el mundo!
¡Qué manantial tan fecundo
de amor y felicidad!

Hoy, un mal va de otro en pos;
y por rendir testimonio
de su impotencia los dos,
muerto, allá arriba, está Dios;
muerto, allá abajo, el demonio.

¿Qué de nosotros sería
en esta Babel sombría,
do lucha todo sin calma,
á no guardar, vida mía,
un poco de amor el alma?

42

Como en el negro cielo encapotado
surge la luna plácida y serena,
así del fondo oscuro del pasado
brota imagen de amor que me enagena.

Surcábamos el Rhin: pausadamente
empujaba la barca el patrio río:
brillaba en la ribera floreciente
tarde feliz del luminoso estío.

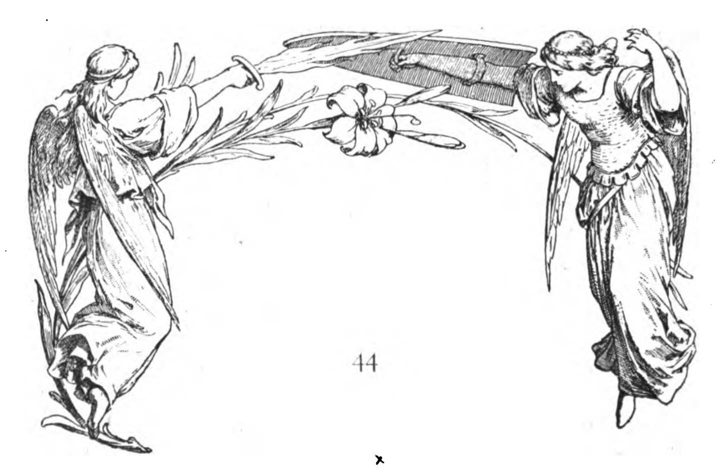
Á las plantas sentado de mi amante,
el bien gozaba que perdido lloro;
el sol, arrebolando su semblante,
daba á su blanca frente nimbo de oro.

Coro de bellas vírgenes cantaba:
todo era amor y encanto y alegría:
el pecho ¡ cuán feliz se dilataba!
el cielo ¡ cuán azul resplandecía!

Aldeas y castillos, selva y prados,
pasaban en visión esplendorosa,
y yo los contemplaba retratados
en las claras pupilas de mi hermosa.

43

Hallé en sueños á mi amada:
¡cuán desdichada criatura!
Encorvado está su cuerpo
y todas sus gracias mustias.
Lleva un niño de la mano,
otro en los brazos, y anuncian
mirada, ademán y traje
flaquezas y desventuras.
Por la plaza del mercado
va errante y meditabunda;
me mira, y así le digo
con voz pausada y convulsa:
« Enferma estás y abatida;
ven, mujer, mi casa es tuya;
con mi auxilio y mi trabajo
no ha de faltarte pan nunca.
De esos dos niños que llevas,
curaré, si Dios me ayuda;
y de ti, más que de todos,
¡desventurada criatura!
Para contar que te quise
ha de ser mi boca muda,
y una lágrima piadosa
verteré en tu sepultura.



44

¿ Siempre repetirás, oh caro amigo,
una misma canción ?
¿ Siempre estarás inmóvil empollando
los huevos rancios de tu añejo amor ?

Los polluelos la cáscara quebrantan;
pían, brincan después, corren al sol;
y atrapándoles tú—¡pobres polluelos!—
en tus libros les das jaula y prisión.

45

No te impacientes, cariñoso amigo,
porque al añejo afán
responda con monótonos acentos
cada nuevo cantar.

Aguarda, aguarda á que se pierda el eco
de mi pasión fatal,
y los trinos de nueva primavera
del alma brotarán.

46

Ya es hora, sí, ya es sazón
de apartar del corazón
la locura que lo asedia;
bastante, cual pobre histrión,
representé la comedia.

Eran góticos salones
bambalinas y telones;
púrpúreo manto mi traje;
novelescas mis pasiones;
romántico mi lenguaje.

Dí fin á tal fingimiento;
pero el mal no se remedia:
las mismas angustias siento:
parece que represento
todavía la comedia.

Es que, burlando, decía
mi afán secreto y profundo:
la muerte en el alma mía
llevaba, cuando fingía
al luchador moribundo.

47

Reza, suspira, ayuna y se flagela
Wiswamitra, el gran rey (1),
porque la vaca de Wasista anhela
ganar en buena ley.

Pues de ese modo atormentarte quieres,
Wiswamitra, gran rey,
por una vaca mísera, no eres
más que un solemne buey.

48

Corazón, corazón, calla y espera;
sufre sin quejas el destino eterno:
renacerá otra vez la primavera
tras el áspero invierno.

Aún no agotó la vida sus mercedes:
¡Bello es el mundo, luminoso el día!
y todo aquello que te plazca, puedes
amarlo todavía.

(1) Alude esta poesía á un pasaje del poema indio *Ramayana*. Wiswamitra, el rey poderosísimo, pide al bracmán Vasista, el primero de los anacoretas, que le dé su vaca inmaculada, cuyas tetas maravillosas son manantial de todos los bienes. Vasista se la niega, y el rey arma todos sus ejércitos para robarla. No lo consigue, y al fin, reconoce la superioridad del poder sacerdotal y se hace bracmán, entregándose á la penitencia.

49

Hermosa, sencilla y pura
eres tú, como una flor;
cuando admiro tu hermosura
mi pobre pecho tortura
indefinible dolor.

Y mi diestra cariñosa
sobre tus sienes se posa,
y á Dios pido, para ti,
que siempre seas así:
pura, sencilla y hermosa.

50

Niña, por tu salvación
pido al ángel de tu guarda
que tu puro corazón
en la insensata pasión
que abrasa el mío, no arda.

Y de tan cumplido modo
acoge Dios mi querella,
que á tanto no me acomodo,
y á veces exclamo: ¡si ella
me amase, á pesar de todo!

51

Siempre que en la noche oscura
el lecho tranquilo y blando
sosiego y paz me procura,
pasa, mis sienes rozando,
una imagen bella y pura.

El sueño con su beleño
cierra mis ojos risueño:
y esa imagen, pura y bella,
en lo mejor de mi sueño
su apacible luz destella.

Y cuando el alba tardía
borra de la fantasía
toda nocturna visión,
aún la llevo todo el día
dentro de mi corazón.

52

¡Niña de las pupilas brilladoras
y el labio de rubí!
¡Niña, niñita mía! á todas horas,
estoy pensando en ti.

La luenga noche del invierno helado
me retiene en tu hogar,
y feliz puedo, junto á ti sentado,
charlar y más charlar.

Si pudiera rozar con labio ardiente
tu mano ¡oh dulce bien!
y derramar en ella juntamente
mis lágrimas también!

53

Caiga la nieve á montones,
llueva y granice sin fin,
haga el viento en mis ventanas
todos los vidrios crujir:
poco el temporal me importa,
llevando dentro de mí
la imagen de mi adorada
y los céfiros de abril.

54

Á San Pedro ó San Pablo rezan unos;
otros, devotos de la Virgen son;
yo solo á ti consagro mis plegarias,
á ti, plácido sol!

Sé para mí benéfica y piadosa;
dame besos y abrazos, dame amor,
entre dorados soles, virgen bella,
entre vírgenes bellas, áureo sol!



55

¿ No te basta que pálido el semblante
te revele mi afán y mi dolor ?
¿ Quieres tú que mendigue suplicante
mi propio labio tu altanero amor ?

Altanero es también el labio mío :
sólo sabe besar ó sonreir ;
y fingirá quizás mofa ó desvío
cuando estaré sintiéndome morir.

56

« ¡ Ay ! amigo, nuevamente
ama tu espíritu ardiente
con insensata pasión ;
no la define aún tu mente,
mas late en tu corazón.

«Tú protestas: *¡ Dios me guarde!*
¡ Yo enamorado !... ¡ Embeleco !
Y tu corazón tal arde,
cuando eso dices cobarde,
que te se quema el chaleco.»

57

Mi corazón anhelante
buscó reposo y placer
á tu lado; tú, inconstante,
te separaste al instante:
¡Tenías mucho que hacer!

Te dije, prenda adorada,
que era tuya el alma mía;
y tú, esquiva y asombrada,
soltando la carcajada,
me hiciste una cortesía.

La herida que me abre el pecho
después más profunda has hecho;
y un agravio de otro en pós,
me ha negado tu despecho
hasta el beso del adiós.

¿Piensas que una bala cruel
fin á mis ansias dará?
Cuesta tragar tanta hiel;
pero eso, mi hermosa infiel,
me ha pasado otra vez ya.

58

Espléndidos zafiros
son tus azules, celestiales ojos:
¡Feliz, feliz el hombre
á quien miren extáticos y absortos!

Purísimo diamante,
es tu fiel corazón, como no hay otro:
¡Feliz, feliz el hombre
por quien irradie sus destellos todos!

Son fúlgidos rubíes
tus dulces labios, que me vuelven loco:
¡Feliz, feliz el hombre
á quien sonrían tiernos y amorosos!

Si en apartada selva
yo, frente á frente, le encontrara, y solo,
¡Cuán poco sus venturas
duráranle, cuán poco!



59

Tu corazón perseguí
con vanas galanterías;
pero en mis redes caí,
trocándose para mí
en veras las burlas mías.
Tú, con faz galante y leda,
puedes en igual moneda
pagar mi tardo suspiro;
y á mí un recurso me queda
radical... ¡pegarme un tiro!

60

El mundo, el alma, la vida,
son descosidos fragmentos:
buscando voy un filósofo,
germánico, por supuesto,
que un buen sistema me hilvane
atando esos cabos sueltos.
Con su bata y con su gorro,
ya, orondo y grave, le veo
tapando todas las grietas
y fallas del Universo.

61

Quebréme la cabeza noche y día
con mil problemas de áridos enojos;
y descubrí la incógnita, alma mía,
al contemplar tus ojos.

Todo mi sér del resplandor brillante
de tu dulce pupila está suspenso:
desde que soy tu afortunado amante,
en nada más ya pienso.

62

Está toda la casa iluminada:
gran fiesta tienes hoy:
pasar veo una sombra por el claro
del abierto balcón.

Tú no ves que abismado en las tinieblas,
aquí, á tus piés, estoy;
y menos podrás ver lo que escondido
guardo en el corazón.

Mi corazón palpita y se destroza,
loco por ti de amor;
mi corazón te adora y se desangra;
mas tú, no lo ves, nó.



✕

Para dárselas al viento,
y que el viento las llevara,
quisiera encerrar mis penas
en una sola palabra.
Á ti te la llevaría,
hermosísima tirana,
para que á cada momento
la oyeras y la escucharas.
Y cuando cierra la noche
tus pupilas adoradas,
aún la estarías oyendo
en los ensueños del alma.



64

Tienes perlas, diamantes, todo cuanto
   vosotras anheláis;
tienes ojos hermosos cual ningunos:
   mi amor, ¿qué quieres más?

Millares dediqué de dulces versos,
   que nunca morirán,
á tus ojos, hermosos cual ningunos:
   mi amor, ¿qué quieres más?

Y esos ojos, hermosos cual ningunos,
   pagáronme tan mal,
que á tus plantas exánime fallezco:
   mi amor, ¿qué quieres más?

65

El que ama por vez primera,
aunque amado ser no espera,
es grande, cual Dios, quizá;
pero el que así otra vez quiera
un majadero será.

Yo soy ese majadero,
que otra vez amo y no espero:
sol, luna y estrellas, todo
se ríe de mí á su modo;
yo río también...... y muero!

66

Diéronme con insistencia
consejos—¡aún los escucho!—
y con gran benevolencia
inculcáronme paciencia:
¡Oh, me protegieron mucho!

Mas, protegiéndome así,
en la tumba dan conmigo,
si al verme cerca de allí,
un valiente, un buen amigo,
no se interesa por mí.

Él me sostuvo y salvó;
jamás habré de olvidarlo:
una cosa me afligió;
no poder nunca abrazarlo,
porque ese amigo.... era yo.

67

Este gentil mozalbete
me encanta y hace feliz:
á veces toma conmigo
ostras, licores y Rhin.
Temprano, en paños menores,
bata y gorro de dormir,
viene todas las mañanas,
y se interesa por mí.
Me habla de mi excelsa gloria,
de mi ingenio y de mi *vis*,
pronto siempre á complacerme
en cuanto pueda servir.
Por la noche, en la tertulia,
con sonoro retintín
mis versos á las señoras
hace escuchar y aplaudir.
¡Qué fortuna haber hallado
un mozo de tanto *esprit*,
en el tiempo que corremos
tan envidioso y tan ruín!



68

Soñé que era el señor Dios,
y que estaba allá en el cielo;
circundábanme los ángeles
cantando á coro mis versos.
Hartábame á todas horas
de merengues y buñuelos;
bebía Jerez y Málaga,
y á nadie adeudaba un céntimo.
Era feliz: ¡me aburría!
Á la tierra hubiera vuelto;
y á no ser Dios en persona,
a los demonios me entrego.
«Gabriel, ángel zanquilargo,
ponte las botas corriendo;
busca á mi amigo Perico;
tráemelo sin perder tiempo.
»No lo busques en las aulas,
ni en la iglesia mucho menos;
en casa de Juana búscalo,
en la taberna ó el juego.»
Abre sus alas de gallo
el ángel, y emprende el vuelo;
dentro de pocos minutos
vuelve con mi amigo Pedro.
«Dios soy, amigo Perico;
factotum del Universo:
¿No te dije muchas veces
que era mozo de provecho?

»Cada día hago un milagro;
y ahora, para tu recreo,
voy á convertir en Jauja
á Berlín, por un momento.
»Se abrirán los adoquines,
y al abrirse todos ellos,
una ostra, fresca y sabrosa,
aparecerá allí dentro.
»Lloverá cidra y cerveza;
é irá manando y fluyendo
el mejor vino del Rhin
por todos los sumideros.»
»¡Cuál corren los berlineses!
¡Cómo doblan el pescuezo
y en el arroyo se abrevan
los áulicos consejeros!
»¡Cuánto deleita á los vates
el celestial refrigerio!
Alféreces y tenientes
chupan y lamen los suelos.
» Alféreces y tenientes
piensan, cual gente de seso,
que no se repiten todos
los jueves estos portentos.»



69

En Agosto os dejé, señora mía,
y en el glacial Enero os vuelvo á ver;
en vuestro pecho es hoy ceniza fria
lo que era lava de volcán ayer.
Os dejo: cuando vuelva nuevamente
ni frío ni calor sentiréis ya;
hollaré vuestra tumba indiferente:
muerto también mi espíritu estará.

70

¡Arrancado á tus labios de ambrosía!
¡A tus abrazos, que tan dulces son!
Detenerme quería;
pero impaciente el látigo esgrimía
el fiero postillón!

¡Esa es la vida, sí! ¡Continuo llanto,
continuo adiós, continuo padecer!
¿Por qué, si me amas tanto,
no tuvieron tus ojos más encanto,
no tuvieron tus brazos más poder?



71

Era noche bien oscura
la que en la posta pasamos;
abrazaba tu cintura,
y con alegre locura,
reímos y bromeamos.

Cuando el matinal albor
brilló alegre y placentero,
vimos con mudo estupor
sentado otro pasajero
entre los dos: el Amor.

72

¡Dios sabe dónde esa loca
chiquilla se habrá hospedado!
Toda la ciudad, lloviendo,
he corrido, y renegando.
Pregunté de fonda en fonda;
y en todas me desahuciaron
mayordomos desabridos
y camareros zanguangos.
De pronto, al balcón la veo,
y suelta á la risa el trapo:
¡quién pensara que vivieras,
niña, en tan regio palacio!

73

Cual fantásticas figuras,
á un lado y al otro lado
se extienden casas oscuras:
en negra capa embozado
marcho tras dulces venturas.

Doce campanadas toca
la vieja torre sombría:
con mil besos en la boca,
me aguarda, de amores loca,
la querida niña mía.

La luna brilla oportuna,
y sus pálidos raudales
iluminan mi fortuna;
llego á los gratos umbrales
y exclamo: ¡Propicia luna!

¡Astro piadoso y bendito!
yo tu constancia acredito,
pues no me engaña jamás;
ahora, no te necesito;
brilla para los demás.

Y si al recorrer los cielos,
ves algún amante triste
llorando amargos anhelos,
dale los dulces consuelos
que en otros tiempos me diste.

74

Y cuando seas mi feliz esposa,
amada niña mía,
tu vida será cielo de oro y rosa,
de amor y de alegría.

Sufriré tus caprichos más perversos
con cachazudo aguante;
mas, si no elogias tú todos mis versos,
divórciome al instante.

75

La sién ardorosa inclino
sobre tus hombros de nieve,
y sorprendo y adivino
otro cambio repentino
en tu corazón aleve.

Suena trompeta cercana,
y se acerca presurosa
tropa de húsares galana;
ya sé, niña veleidosa,
que me dejarás mañana.

Mañana me dejarás;
pero aún eres hoy mi encanto:
y te estrecho más y más,
y en tus brazos gozo tanto
como no gocé jamas.

76

Suena trompeta cercana;
¡Cuál trota la compañía
de los húsares galana!
Toma esta rosa temprana:
tómala, querida mía.

¡Qué estruendo! ¡Qué confusión!
¡Qué animado movimiento!
¡Gallardos mancebos son!
¡Cuántos en tu corazón
tendrán ya su alojamiento!

77

También en mis dulces años
placeres y desengaños
del amor, niña, sentí.
Hoy la hoguera está apagada:
no arde la leña mojada;
y ¡pardiez! más vale así.

Enjuga, pues, niña bella,
esa lágrima, y con ella
borra un recuerdo á la vez.
Deja cerrarse la herida,
y el antiguo amor olvida
entre mis brazos ¡pardiez!

78

¿ Por qué tan duro rigor?
¿ Cómo mudanza tan breve ?
Todos, oh mujer aleve,
han de escuchar mi clamor!

Tus labios, amante impía,
¿ qué quejas pueden tener
del que con tanto placer
los besaba noche y día ?

79

Esos son, esos son los claros ojos
que me daban la alegre bienvenida ;
esos son, esos son los labios rojos
que endulzaban mi vida.

Esa es la blanda voz que el alma absorta
oyó en sueños de vago idëalismo;
pero ¿qué importa ¡ay mísero! qué importa,
si yo no soy el mismo ?

Aún son dulces y tiernos sus abrazos,
aún me encadena su flexible nudo;
pero yo estoy inmóvil en sus brazos,
inmóvil, hosco y mudo.

80

Ni pudisteis comprenderme,
ni os pude yo comprender;
cuando en el fango caímos
nos comprendimos muy bien.

81

¡Cuánto se alarmaron, cuánto
los eunucos, ¡cielo santo!
cuando levanté la voz!
Dijeron que era mi canto
grosero, incivil, atroz!

Unieron en sutil coro
sus vocecitas de grillo,
y con el mayor decoro
cantaron rancio estribillo,
sentimental y sonoro!

Era amorosa canción,
llena de tiernas querellas,
y la escuchaban las bellas
con tan sensible emoción,
que lloraban todas ellas.

82

Salamanca, en tus afueras
es el aire puro y fresco;
allí, en las tardes de estío,
con mi dama me paseo.

Su deliciosa cintura
con brazo atrevido estrecho ;
y mi diestra feliz siente
el palpitar de sus pechos.
Pero suena en la arboleda
murmurio vago y siniestro ;
ronco molino repite
fatales presentimientos.
¡ Mal presagio, hermosa mía
Próximo miro el encierro:
afueras de Salamanca,
dieron fin nuestros paseos.

83

El gallardo caballero
le llaman á don Enríquez;
junto al mío está su cuarto;
sólo hay por medio un tabique.
Las damas de Salamanca
por mirarlo se desviven
cuando cruza calle abajo,
con sus galgos y mastines.
Mas él la tranquila noche
pasa, solitario y triste,
los dedos en la vihuela,
y el alma en los imposibles.
Sus ensueños y canciones
llevan los vientos sutiles:
¡ compasión me das y grima,
don Enríquez, don Enríquez!

84

Nos vimos, y en tus ojos al instante
comprendí que á mi afán correspondías,
si tu madre crüel no está delante,
estallan, sí, tus ansias y las mías
en beso delirante.

Tu hogar tranquilo dejaré mañana;
seguiré solitario mi sendero;
saldrás, hermosa rubia, á la ventana;
y yo te mandaré desde lejana
cumbre mi adiós postrero.

85

En la lejana cúspide el sol brilla
despertando al aprisco balador:
¡si antes de abandonar la hermosa villa,
pudiera verte, dulce corderilla,
sol matutino, idolatrado amor!

Alzo los ojos: ¡esperanza vana!
¡Adios! Marcho, mi bien, lejos de ti!
Quieta está la cortina en la ventana:
aún duerme mi querida soberana:
¡quién sabe si estará soñando en mí!

86

Hay en Halle, en la plaza del Mercado,
dos lëones gigantes y soberbios:
¡lëones ferocísimos del Halle,
cómo os domaron ya! ¡cómo os pusieron!
Hay en Halle, en la plaza del Mercado,
un figurón fornido y corpulento;
espada empuña pero no la esgrime:
inmoble está; petrificólo el miedo.
Hay en Halle, en la plaza del Mercado,
una iglesia tan grande, que allí dentro
todas las cofradías y hermandades
tienen sitio y lugar para sus rezos (1).

87

Inunda bosque y pradera
la noche de primavera,
hermosa como ninguna;
brilla en Oriente la luna
dorada en la azul esfera.

---

(1) No es posible hacer más que una traducción aproximada de estos últimos versos: Heine habla de las asociaciones escolares de Alemania, que recibían los nombres de *Barschenchaft* ó *Landmannschaft*, según sus tendencias políticas. En las últimas se agrupaban los estudiantes de una misma comarca; las primeras querían borrar este espíritu particularista, y tenían un carácter más revolucionario.

Junto á la mansa corriente
el grillo chilla estridente;
y en la tranquila extensión
algo el pasajero siente,
cual vaga palpitación.

Allá, en fuente cristalina,
báñase la hermosa ondina:
y con plácidos asombros,
la tibia luna ilumina
su blanca espalda y sus hombros.

88

La noche cubre campos y senderos;
lacio está el cuerpo, enfermo el corazón.
Vierte, oh luna, tus rayos placenteros,
como una bendición.

Calmen tus luces puras y tranquilas
de las tinieblas el pavor fatal,
y derramen en mi alma y mis pupilas
rocío celestial.

89

Dura jornada es la vida,
noche fresca, bendecida
lo que el mundo muerte nombra;
duerme, duerme, alma rendida:
lo llena todo la sombra.

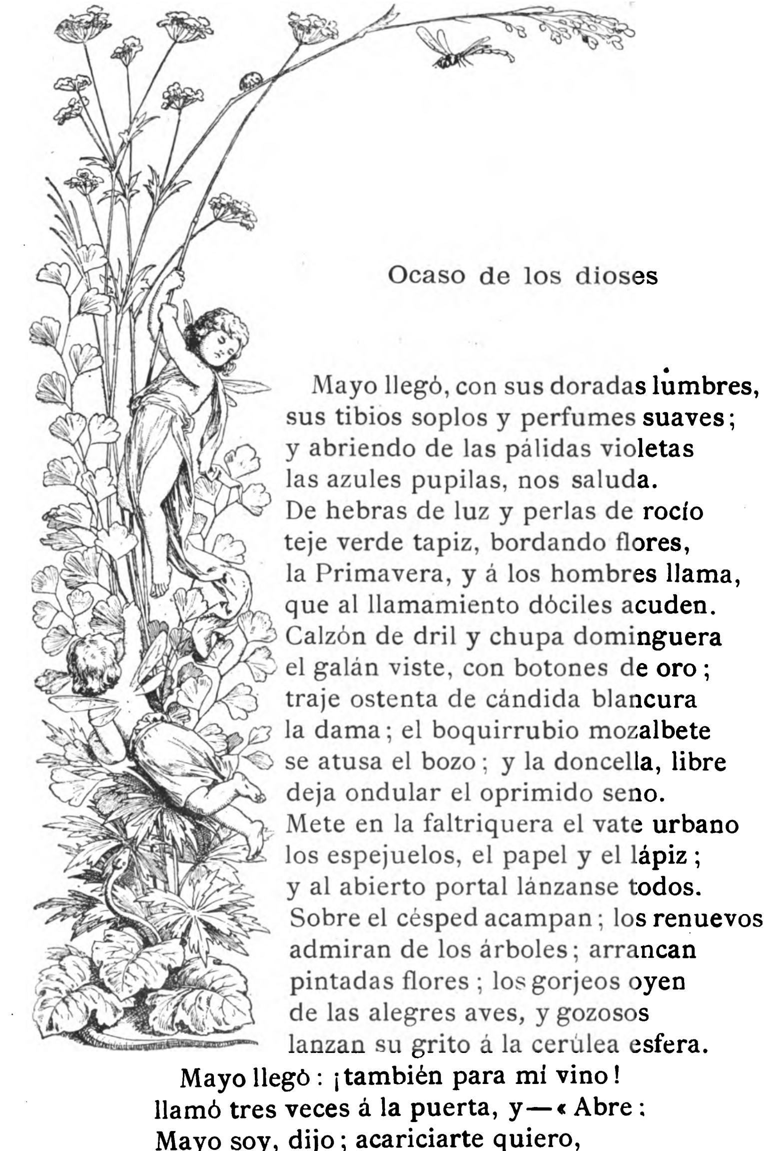
Arbol de eterno verdor
crece ya sobre mi tumba;
trina en él un ruiseñor,
y en mis sueños aún retumba
un postrer canto de amor.

90

«Dime, dime ¿qué fué de aquella hermosa
que inspiró tu dulcísimo cantar?
¿Qué fué de aquella hoguera esplendorosa
donde tu corazón iba á estallar?

Murió la hoguera, tan voraz un día:
cansado late el pecho y sin calor;
y este mísero libro es la urna fría
que guarda las cenizas de mi amor.





Ocaso de los dioses

Mayo llegó, con sus doradas lumbres,
sus tibios soplos y perfumes suaves;
y abriendo de las pálidas violetas
las azules pupilas, nos saluda.
De hebras de luz y perlas de rocío
teje verde tapiz, bordando flores,
la Primavera, y á los hombres llama,
que al llamamiento dóciles acuden.
Calzón de dril y chupa dominguera
el galán viste, con botones de oro;
traje ostenta de cándida blancura
la dama; el boquirrubio mozalbete
se atusa el bozo; y la doncella, libre
deja ondular el oprimido seno.
Mete en la faltriquera el vate urbano
los espejuelos, el papel y el lápiz;
y al abierto portal lánzanse todos.
Sobre el césped acampan; los renuevos
admiran de los árboles; arrancan
pintadas flores; los gorjeos oyen
de las alegres aves, y gozosos
lanzan su grito á la cerúlea esfera.
Mayo llegó: ¡también para mí vino!
llamó tres veces á la puerta, y—«Abre:
Mayo soy, dijo; acariciarte quiero,
pálido soñador.» Pasé el cerrojo,

rodé la llave, y contestéle: — «En vano,
en vano llamarás, pérfido huésped;
te conozco: conozco el artificio
del mundo; he visto tanto, que ya el alma
perdió toda ilusión y la atormenta
dolor eterno. Los cerrados muros
pasa mi vista del hogar humano
y del humano corazón, y dentro
hallo farsa y ardid, miseria y dolo.
Leo los pensamientos en las frentes;
¡pensamientos infames! El rosado
rubor de la doncella esconde el ansia
secreta del placer; y en la orgullosa
sién del mancebo audaz miro el birrete
multicolor de la locura; sólo
mamarrachos deformes ó enfermizas
sombras veo en la tierra, y me pregunto
si es manicomio ú hospital. Penetro
la corteza terrestre, cual si fuera
de transparente vidrio; en hoyo estrecho
veo los muertos, con las manos juntas,
las pupilas abiertas, blanco el rostro,
blanco el sudario, y en los secos labios
amarillentas larvas. ¡Y contemplo
sentado al hijo, con su alegre amante
en coloquio trivial, sobre la tumba
de su padre infeliz! Los ruiseñores
cantan mordaces; maliciosas ríen
las flores doctas; tiembla el padre muerto
en su féretro oscuro, y dolorida
se estremece también la madre Tierra.

¡Mísera Tierra! ¡tu dolor comprendo!
Arder el fuego en tus entrañas miro,
abrirse tus arterias, y á torrentes
llamaradas lanzar y verter sangre.

Veo salir, á los soberbios hijos
de los Titanes, de las negras simas,
rojas antorchas agitando; yerguen
su escala férrea, y á la eterna cumbre
trepan con sordo estrépito; tras ellos
negros enanos van, y al rudo choque
caen hechas trizas las estrellas de oro.
Con mano audaz desgarran del divino
tabernáculo el velo, y acometen
con feroces aullidos á la santa
angélica legión. Pálido y mudo
está Dios en su trono: la corona
arranca de las sienes, y se mesa
la cabellera augusta. Los titanes
avanzan; las antorchas encendidas
dentro del reino celestial arrojan;
y los enanos negros, con azotes
flamígeros, castigan las espaldas
de los vencidos ángeles, que ruedan,
se encorvan, se retuercen, y arrastrados
por las guedejas son. ¡Y estaba entre ellos
mi ángel también; el de dorados bucles
y dulce rostro; el que el amor eterno
lleva en los labios, y en la azul pupila
la dicha celestial! Y un duende negro,
hediondo y espantable, álzalo en brazos,
contempla ansioso su gentil belleza
y con muelle deleite lo acaricia.
Y suena entonces pavoroso grito,
que agita al Universo; sus pilastras
rechinan y se tuercen; cielo y tierra
húndense juntos, y lo llenan todo
la antigua noche y la perpetua sombra.

Doña Clara

En el jardín, al declinar la tarde,
pasea la hija del alcaide á solas;
música suena, fuera del alcázar,
de atabales y trompas.

—«¡Cuál me fatigan las insulsas danzas!
¡Cómo me aburre la trivial lisonja,
y ese tropel de insípidos donceles
que al sol me parangonan!

«¡Cómo me aburre y me fatiga todo
desde que, al rayo de la luna, absorta,
al galán ví, cuyo laúd en la alta
ventana me aprisiona!

»Gallardo, altivo, pálido el semblante,
y ardiendo en él pupilas luminosas,
juzgué, cuando le ví, ver á San Jorge
bajando de la gloria.»

Así, clavando en tierra la mirada,
piensa la bella; cuando en sí retorna,
el gallardo galán desconocido
á sus plantas se postra.

A la luz de la luna, de las manos
cogidos van en plática amorosa;
el céfiro los besa y acaricia;
les saludan las rosas.

Las rosas les saludan, cual si fueran
mensajeros de amor, y se arrebolan.
—¿Por qué, mi bien, tu seductor semblante
vivo carmin colora?

—Picáronme mosquitos, dulce dueño,
y en verano me irritan y trastornan,
cual si fuesen de hebreos narigudos
abominable tropa.

—Déjate de mosquitos y de hebreos,
dice el galán que tierno la enamora:
en blanquísimos copos los almendros
sus pétalos deshojan.

En blanquísimos copos los almendros
te dan, mi bien, su delicioso aroma:
dime, tu corazón ¿es todo mío?
¿Es mia tu alma toda?

—¡Toda, sí! Te lo juro, dulce dueño,
por el Dios Redentor que mi alma adora,
por aquel á quien pérfidos judíos
dieron muerte afrentosa.

—Deja al Dios Redentor y á los judíos,
dice el galán que tierno la enamora:
mira los lirios, que en fulgor bañados,
columpian sus corolas.

Mira los lirios, que en fulgor bañados,
contemplan las estrellas brilladoras.
Dí, mi bien, en tus tiernos juramentos,
¿De falsedad no hay sombra?

—No hay en mí falsedad, oh dulce dueño,
como en mi sangre, que mi estirpe abona,
de sangre de judíos ni de moros
no hay siquiera una gota.

—Déjate de judíos y de moros,
dice el galán que tierno la enamora;
y á un bosquecillo de frondosos mirtos
en brazos la transporta.

En las redes de amor ya está prendida:
largos los besos, las palabras cortas;
con fuerza igual en ambos corazones
la pasión se desborda.

El ruiseñor amante, en la enramada
ya los nupciales cánticos entona;
las luciérnagas saltan y en el césped
fingen danzas de antorchas.

Escúchase, no más, en el silencio,
como apagadas y furtivas notas,
el susurro discreto de los mirtos
y el beso de las rosas.

Suena de pronto en el vecino alcázar
música de atabales y de trompas;
despierta la doncella, y de los brazos
huye que la aprisionan.

—Las músicas me llaman, dulce dueño;
pero no marches, sin que el labio rómpa
del nombre tuyo el pertinaz secreto,
que á tu amante ya enoja.

Apacible sonríe el caballero;
besa después la mano de la hermosa;
besa después su nacarada frente;
besa después su boca.

Y dice: — Yo, tu amante, noble dama,
el hijo soy de quien las gentes honran;
del docto y venerable gran Rabino,
Jacob de Zaragoza.





Almanzor

I

Hay mil trescientas columnas
en la catedral de Córdoba,
hay mil trescientas columnas
que la cúpula soportan.
Muros, columnas y cúpula
versos del Korán decoran,
grabados entre arabescos
de guirnaldas caprichosas.
Reyes moros levantaron
ese templo, de Alá en honra;
las mudanzas de los tiempos
á otros usos lo acomodan.
En la torre do vibraba
la voz del muezín sonora,
hoy tañen tristes y lúgubres
las campanas melancólicas.
En las gradas do se oyeron
las palabras de Mahoma,
hacen tonsurados prestes
sus extrañas ceremonias.

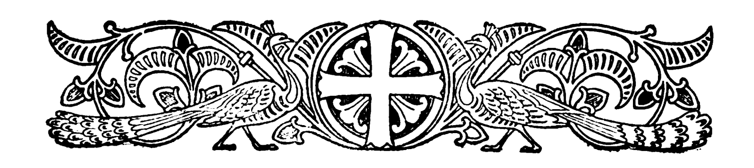
Ante imágenes pintadas
se arrodillan y se postran;
humo de tristes candelas
mancha las bruñidas bóvedas.
Está Almanzor-ben-Abdala
en la catedral de Córdoba,
y las columnas contempla,
y de este modo razona:
—«Para el gran Alá os labraron,
columnas firmes y sólidas,
y al culto odiado de Cristo
dais vuestro homenaje ahora.
»Si así aceptáis la mudanza
que os humilla y os deshonra,
¿qué ha de hacer el hombre débil,
columnas firmes y sólidas?»
Y con semblante sereno
la gallarda frente dobla
en las pilas bautismales
de la catedral de Córdoba.

II

De la catedral ya sale,
y al punto que sale, monta
en un selvático potro,
que rozagante galopa.
Camino va de Alcolea,
y sueltas al viento flotan
sus guedejas aún mojadas
y las plumas de su gorra.

Camino va de Alcolea,
do al Guadalquivir coronan
almendros de flor nevada,
naranjos de dulce aroma.
El venturoso jinete
canta y ríe, triunfa y goza;
trinos de aves le acompañan
y murmurios de las ondas.
En Alcolea reside
doña Clara de Mendoza;
mientras su padre guerrea,
vive alegre y sin zozobras.
Almanzor oye lejanos
sonar timbales y trompas;
ve al travès de la arboleda
resplandecer las antorchas.
¡Oh castillo de Alcolea!
¡Gran baile esta noche logras!
Bailan doce caballeros
con otras tantas hermosas.
Apuestos son los galanes,
son las damas seductoras;
Almanzor, el más gallardo
entre todos y entre todas.
Feliz va de dama en dama
con la sonrisa en la boca;
para todas cuantas mira
tiene á punto una lisonja.
Á Isabel la mano besa;
la deja luégo por otra;
se sienta á los piés de Elvira
y en sus pupilas se arroba.
Si hoy merece sus bondades,
le pregunta á Leonora,
y le muestra la cruz de oro

que su capotillo adorna.
  Á fe de cristiano viejo
les jura que las adora,
y el juramento repite
treinta veces en tres horas.



III

  El castillo de Alcolea
envuelven silencio y sombra;
ya no hay damas ni galanes,
ya no hay músicas ni antorchas,
  Almanzor y doña Clara
están callados y á solas;
el último candelabro
su último fulgor arroja.
  Ella, en el sitial sentada;
él, á sus plantas, apoya
en sus trémulas rodillas
la cabeza soñadora.
  En sus oscuras guedejas
un frasco de agua de rosas
ella solícita vierte;
él, dormitando, solloza.

En sus oscuras guedejas
los labios amantes posa
ella, y un ósculo imprime;
nublada la sién él dobla.
En sus oscuras guedejas
ella, las que tierna llora
dulces lágrimas, derrama;
él, se estremece de cólera.
Sueña: está, la sién rendida,
en la catedral de Córdoba,
y sus guedejas gotean,
y oye voces que le asombran.
Las colosales columnas
su carga ya no soportan;
se agitan y bambolean,
se tuercen y se desploman.
Los clérigos palidecen,
se hunde con fragor la bóveda,
y los sonantes escombros
las imágenes destrozan.



La Romería

I

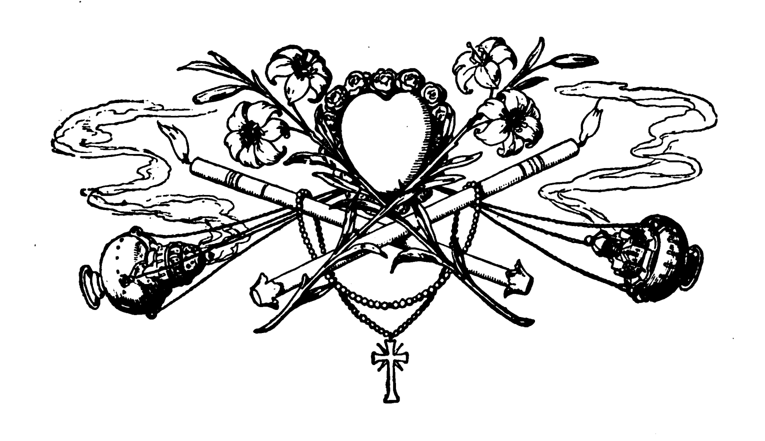
El hijo en el lecho está;
la madre, junto al balcón:
—«Hijo, levántate ya;
ahora mismo pasará
la sagrada procesión.»

—«¡Ay, madre, madre bendita!
crecen mi mal y mi cuita;
ni oigo ya, ni puedo ver:
en la pobre Margarita
pienso, y lloro sin querer.»

—«Toma el libro y el rosario;
vendrás conmigo al santuario
de la Virgen pura y bella;
y quizás obtengas de ella
el alivio necesario.»

Y avanzan al grave són
de triste lamentación,
cruces, banderas sin fin;
y á Colonia sobre el Rhin
va la santa procesión.

La madre amorosa y pía
marcha en pos, y con afán
al hijo sostiene y guía;
y todos cantando van:
«¡Gloria á vos, Santa María!»



II

Hoy la Madre del Señor
viste su manto mejor,
y largo trabajo tiene:
un tropel conmovedor
de enfermos al templo viene.

Y con devoción sincera
la multitud lastimera
se acerca á depositar
brazos y piernas de cera
en el milagroso altar.

No la implora nadie en vano:
quien le consagra una mano,
la suya curada ve;
y si es un pié, bueno y sano
se va por su propio pié.

Álguien con muletas vino
que en la cuerda brinca ya;
y hay manco—¡poder divino!—
que tañendo en el camino
la vihuela volverá.

La madre, de blanca cera
labró un tierno corazón:
—«¡Hijo, la Virgen te espera!
llévale esta ofrenda, y quiera
tener de ti compasión.»

El hijo suspira en tanto;
toma el ex-voto, y sin calma
penetra en el templo santo;
de sus ojos brota el llanto,
y esta oración de su alma:

—«¡María! ¡Reina y Señora
de los cielos! ¡Bienhechora
madre de Dios! escuchad
á un desdichado, que implora
vuestra infinita piedad.

»Con mi madre, que aún contemplo,
vivía, de dicha ejemplo,
en Colonia, ciudad santa,
donde á cada paso un templo
en vuestro honor se levanta.

»Nuestra vecina ¡ay Dios! era
Margarita, y muerte fiera
hirióla sin compasión:
traigo un corazón de cera;
¡Curad vos mi corazón!

»Curad vos el alma mía,
y con religiosa fe,
sollozando noche y día,
¡Gloria á vos! repetiré,
¡Gloria á vos, Santa María!»

III

El hijo y la madre amante
en su cuarto se han dormido;
y la Virgen al instante
aparece deslumbrante
y entra sin hacer ruido.

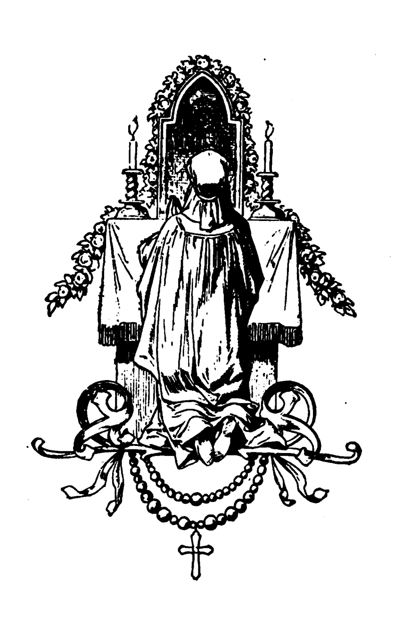
Inclínase sobre el lecho;
al enfermo infeliz mira;
pónele la mano al pecho,
y su intento satisfecho,
dulce y lenta se retira.

Todo, en visión transparente,
lo ve la madre, y más ve;
y despierta de repente:
¡Ay! ¿Por qué ladran, por qué
los perros lúgubremente?

Pálido, rígido, yerto,
está el hijo, ¡el hijo muerto!
y la renaciente aurora
con su fulgor aún incierto
su blanca frente colora.



Y ambas las manos juntando
la madre amorosa y pía,
con acento triste y blando,
cae de hinojos, exclamando:
«¡Gloria á vos, Santa María!»




EN LAS MONTAÑAS DEL HARZ
1824



PRÓLOGO

Elegancia, distinción,
muchas flores, muchos lazos,
muy dulce conversación,
muchas sonrisas y abrazos...
¡Si tuvieran corazón!

¡Corazón dentro del pecho,
y amor verdadero en él!
cáusame grima y despecho
el canto falso y contrahecho
de una pasión de oropel.

Subir quiero á la montaña,
do la virtud inocente
vive en humilde cabaña;
do libre corre el ambiente
que mi libre frente baña.

Trepar á la sierra quiero
do el raudal fluye ligero,
el abeto al cielo sube,
canta el pájaro parlero
y altiva flota la nube.

¡Adiós, salones brillantes!
¡Adiós, damas rozagantes!
¡Adiós, sociedad cortés!
Desde estas cumbres gigantes
os contemplaré á mis piés.

En el Hardenberge

¡Despertad, antiguos sueños!
¡Corazón, abre tus puertas!
¡Sonad de nuevo, cantares!
¡Corred, lágrimas deshechas!
Vagar quiero entre los árboles,
do manan fuentes risueñas,
do el ufano ciervo trisca,
y el vivaz mirlo gorjea.
Trepar quiero á la montaña
en cuyas rocas enhiestas
su roto muro el castillo
á la luz del sol aún muestra.
Allí pensaré tranquilo
en generaciones muertas,
en extinguidas estirpes,
en apagadas grandezas.

El humilde jaramago
cubre la liza soberbia
do el paladín victorioso
ganó la ansiada presea.
La yedra esconde la ojiva
donde la hermosa doncella
venció con una mirada
á aquel que á todos venciera.
El vencedor poderoso
y la vencedora espléndida
entrambos fueron vencidos
por campeón de mas fuerza :
Que siempre en la humana justa
nos hace medir la arena
el pálido caballero
de la guadaña siniestra.





Idilio en la montaña

I

Hay una choza en el monte;
viejo montañés la ocupa:
allí silban los abetos
y resplandece la luna.
Un sillón hay en la choza
tallado en la encina dura:
¡Feliz quien en él se sienta!
Hoy gozo yo esa fortuna.
En el escaño, á mis plantas,
descansa la niña rubia;
los brazos alabastrinos
sobre mis rodillas cruza.
Cual dos estrellas azules
brillan sus pupilas fúlgidas;
como el botón de la rosa
su boca, fresca y menuda.
Y las estrellas azules
clava en mí, cándida y pura;
y al labio el dedo de nieve
lleva con pueril astucia.
Pero la madre está hilando;
ni nos ve, ni nos escucha;
tañe el padre la vihuela
y vieja canción modula.



La doncella, en voz muy baja,
charla, gozosa y confusa,
revelándome los graves
secretos que la atribulan.
« Desde que murió la abuela
no vamos al pueblo nunca;
ni á las fiestas del mosquete,
que son las que más me gustan.
» Aquí estamos, siempre solos,
en estas cumbres adustas
donde entre nieves y escarchas
el invierno nos sepulta.
»Niña soy y tengo miedo
á la noche negra y muda,
y á los espíritus malos
que en sus tinieblas se ocultan.»
Calla la niña: sus propias
revelaciones la asustan,
y extiende sobre sus ojos
las manecitas ebúrneas.
El torno rueda y rechina;
el viento en las ramas zumba;
tañe el viejo la vihuela
y canta al són de la música:
« ¡Oh niña, no tengas miedo
á duendes, trasgos ni brujas:
un angelito del cielo
de día y noche te escuda.»

2

El abeto á la vidriera
llama con trémulas manos;
la luna, mudo testigo,
la traspasa con sus rayos.
En la alcoba, padre y madre
durmiendo están y roncando;
en delicioso coloquio
los dos á solas velamos.
—«Creer que á menudo rezas
me cuesta mucho trabajo;
aunque tus labios se mueven,
no mueve el rezo tus labios.
»Ese mudo movimiento
me causa miedo y espanto;
mas después me tranquilizan
tus ojos dulces y claros.
«Pero aún dudo que tú creas,
como todo fiel cristiano,
en el Padre y en el Hijo
y en el Espíritu Santo.»
«—Cuando, niño, aún reposaba
en el materno regazo,
creí también en Dios-Padre,
infinito, bueno y sabio;
»El que creó cielo y tierra,
y al noble linaje humano;
el que dió luz á los soles;
el que dió rumbo á los astros.
»Después crecí; fué mi mente
más perspicaz, ví más claro:

y entonces creí en el Hijo,
el hijo amante y amado;
» El que con amor inmenso
amó á los hombres, que ingratos
le dieron, según costumbre,
por recompensa el Calvario.
» Crecí más, crecí del todo:
mucho he visto y he observado,
y hoy, con toda el alma, creo
en el Espíritu Santo.
» Èl es quién obró y aún obra
los más pasmosos milagros;
rompe todas las cadenas;
vence á todos los tiranos;
» Cura todas las heridas;
da á las leyes fin más alto;
y hace, de los hombres todos,
una familia de hermanos.
« Él rasgó nieblas y brumas,
y ahuyentó duendes y trasgos,
que traidores nos persiguen,
al bien y al amor contrarios.
» Un millar de caballeros
armó ese Espíritu Santo,
y les dió tesón y bríos
para cumplir sus mandatos.
»Su estandarte al viento ondea,
su espada lanza relámpagos:
¡ Cuánto dieras, niña mía,
por verlos y contemplarlos !
»Contémplame, pues, y bésame,
porque yo soy, dueño amado,
uno de esos caballeros
que armó el Espíritu Santo. »

3

La luna tras los abetos
se ha escondido, y melancólica
la lámpara en nuestro cuarto
el campo cede á las sombras.
Pero aún mis astros azules,
aún la purpurina rosa
resplandecen, y así dice
la niña que me enamora:
«—Diminutos duendecillos
nos cercan y nos acosan;
aunque cerrada esté el arca,
el pan, del arca, nos roban.
»De la azucarada leche
sorben la nata sabrosa,
y en el destapado cazo
la gata apura las sobras.
»Está embrujada la gata,
y de noche corre loca
al torreón demolido
de la montaña diabólica.
»Hubo allí soberbio alcázar
do, á la luz de las antorchas,
con gallardos caballeros
bailaban damas hermosas.
»Maldíjolo una hechicera;
y hoy son sus hundidas bóvedas
montón de escombros, do el buho
se guarece y arrincona.
»Pero contaba la abuela
que si en cierto sitio y hora,

alguien pronuncia y repite
cierta palabra simbólica,
»Júntanse otra vez las piedras,
resplandecen las antorchas,
con sus gallardos galanes
bailan las damas hermosas;
»Y es todo para el que dijo
la palabra exacta y propia,
y pífanos y atambores
su señorío pregonan.»
Así, encantadas imágenes
sus dulces labios evocan,
mientras sus ojos azules
celestes fulgores copian.
Trenza en mis manos sus bucles;
mis dedos cuenta y los nombra;
juega y charla, canta y ríe;
calla al fin, grave y absorta.
Todo, en el mudo aposento,
dulcemente me impresiona;
miro cual viejos amigos
la mesa y las sillas toscas.
Me habla el reloj; la vihuela
vibra y suena por sí sola,
y entre sueños vagarosos
mi espíritu incierto flota.
Sin duda, niña querida,
éstos son el sitio y la hora,
y ésta, que en mis labios tiembla
la palabra exacta y propia.
Porque suena medianoche
y todo late en las sombras,
y el viejo bosque despierta
y el negro abeto solloza.
Sones de cítara salen

de las quiebras de las rocas;
cantos de gnomos y enanos
llenan las cavernas lóbregas.
Y cual florescencia extraña
de una primavera loca,
maravillosos jardines
por arte mágico brotan.
Flores de inflamadas tintas,
de embriagadores aromas,
resplandecen y fulguran
en las palpitantes frondas.
Entre ellas, cual llamaradas,
arden encendidas rosas;
y el cáliz yerguen los lirios
como cristalinas copas.
Estrellas grandes cual soles
los contemplan amorosas,
y un raudal de luces vierten
en sus abiertas corolas.
También á nosotros llega
el prodigio, y nos transforma:
todo en torno es oro y seda,
todo lámparas y antorchas.
Imperial princesa tú eres;
regio alcázar esta choza,
do con sus bellos galanes,
danzan las damas hermosas;
Y para mí es la princesa,
y el alcázar, y sus pompas;
y pífanos y atambores
mi señorío pregonan.



El Zagal

Rey es el zagal errante:
verde colina es su trono;
á su frente ruda y libre
da el sol su corona de oro.
Tiene en los mansos corderos
cortesanos meritorios;
arrogantes adalides
en los becerros indómitos.
Comediantes de su corte
son los juguetones chotos;
música le dan las aves
y los esquilones broncos.
Los árboles le acompañan,
las cascadas le hacen coro;
y con tan dulce concierto,
se duerme el rey poco á poco.

Gobierna entre tanto el reino,
ministro fiel y celoso,
un mastín, cuyos ladridos
llenan aquellos contornos.
«¡Oh! ¡cuán pesado es el cetro!»
dice el rey con un sollozo:
estar quisiera ya en casa
con la reina á quien adoro.
»En sus brazos mi cabeza
encuentra el mejor apoyo,
y mi vasta monarquía
está encerrada en sus ojos.»



En el Brocken

La naciente luz del día
rasgó triunfal las tinieblas;
pero aún, opaca y sombría,
inunda la serranía
la avalancha de las nieblas.

¡Ah! Si las alas del viento
me diera un encantador,
veloz como el pensamiento
volara al grato aposento
donde reposa mi amor!

Apartando suavemente
la cortina transparente
de su lecho virginal,
le besaría la frente
y los labios de coral.

Y acercándome á su oído,
con aliento reprimido,
le dijera luégo así:
«Sueña que no te he perdido,
y que aún vives para mí.»





La Princesa Ilsa [1]

Soy Ilsa, la princesa que hechizada
guarda el río en sus antros misteriosos;
ven conmigo á mi espléndida morada,
y seremos felices y dichosos.

Ven á bañar en mi raudal fecundo
tu frente atribulada y abatida;
y olvidarás, oh joven moribundo,
todas las amarguras de la vida.

Ven á dormir entre mis blancos brazos,
ven á yacer sobre mi blanco seno;
y soñarás, prendido en estos lazos,
otro mundo mejor, de hechizos lleno.

---

(1) El río Ilsa desciende de los montes del Harz, jugueteando por su pintoresco cauce. La tradición le convirtió en una princesa encantada, alegre y caprichosa, y cuenta que el antiguo emperador sajón, Enrique, gozaba sus amores en aquella agreste soledad. Todas estas poesías, están intercaladas en los *Cuadros de Viaje* de Enrique Heine, capítulo titulado *En el Harz.*



Al goce y al placer roto ya el dique,
te abrazaré, te besaré anhelante,
como al glorioso emperador Enrique,
que fué mi fiel y apasionado amante.

Pero la muerte su sepulcro sella,
é inmóvil yace en el sombrío lecho;
yo antojadiza soy, joven y bella,
y aún, ansioso de amor, late mi pecho.

Ven á mi oculto alcázar cristalino:
allí, galanes, que el amor engríe,
bailan con damas de esplendor divino;
y el tropel de los pajes canta y ríe.

Allí crujen las túnicas de seda,
allí rechinan las espuelas de oro;
y tocan los pigmeos de faz leda
la trompa grave y el timbal sonoro.

Como al glorioso emperador un día
te estrecharán mis brazos encendidos:
cuando el marcial clarín le estremecía,
con besos le tapaba los oídos.





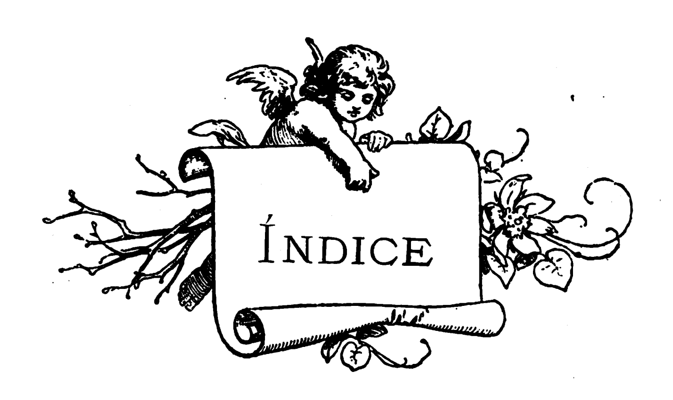
EPÍLOGO

Como en fértil campiña miés lozana,
así brotan en haces apretados
los pensamientos en la mente humana;
y aquellos que inspiraron los amores
son como las que veis en los sembrados
rojas ó azules flores.

¡Flores rojas ó azules! displicente
os deja el segador; el campesino
sin piedad os destroza;
y el mismo pasajero indiferente,
aunque alegráis su vista en el camino,
os llama «estéril broza.»
Mas la doncella del lugar, que goza
tejiendo su guirnalda,
ávida os busca con sus ojos bellos;

os recoge en su falda ;
os coloca después en sus cabellos ;
y, así adornada, vuela
á la plaza, do en ecos repetidos
resuenan el rabel y la vihuela ;
ó al matorral espeso, que ella sabe,
donde escucha otra voz, á sus oídos
más que el rabel y la vihuela suave.




ÍNDICE

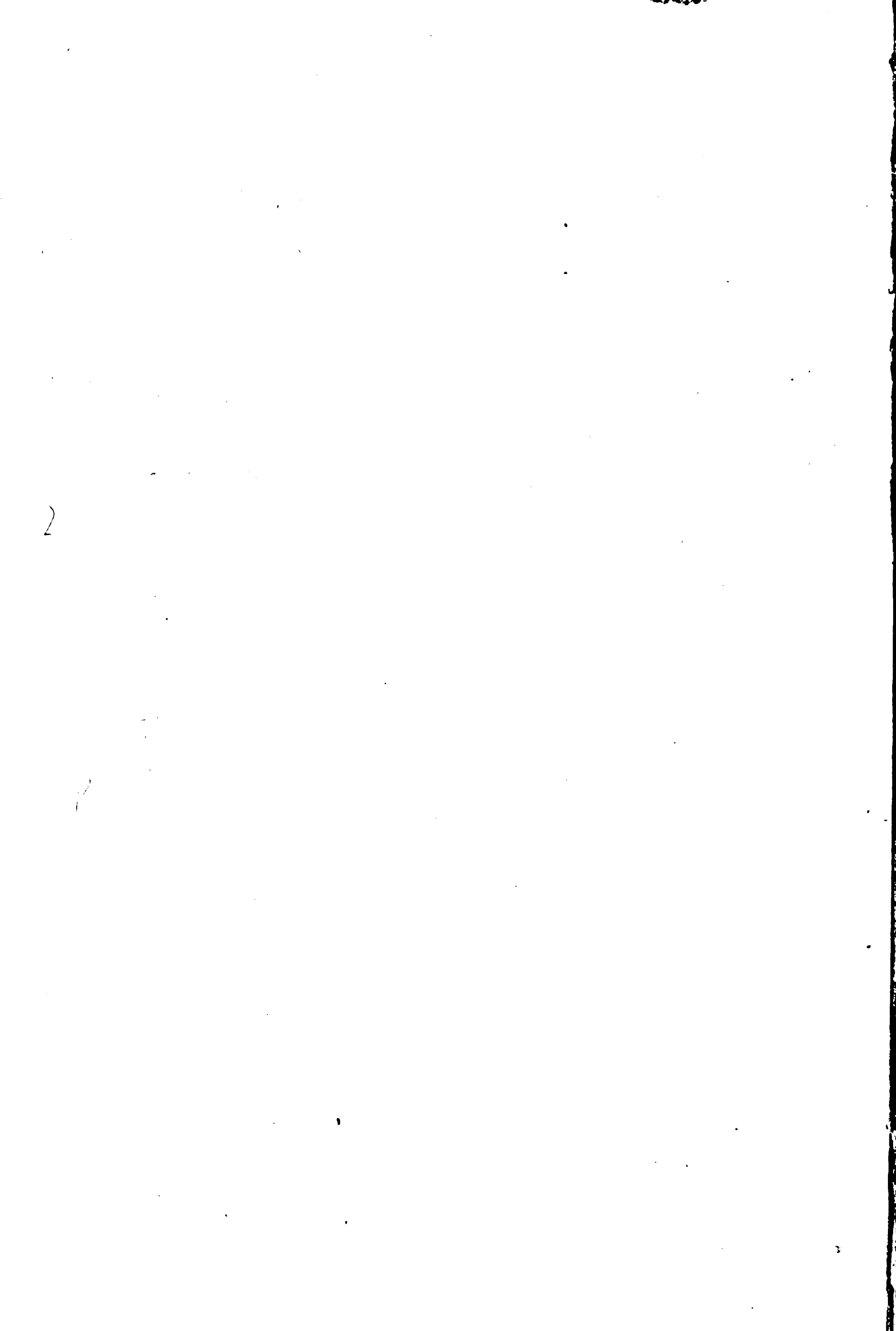
INTERMEZZO (1822-23)

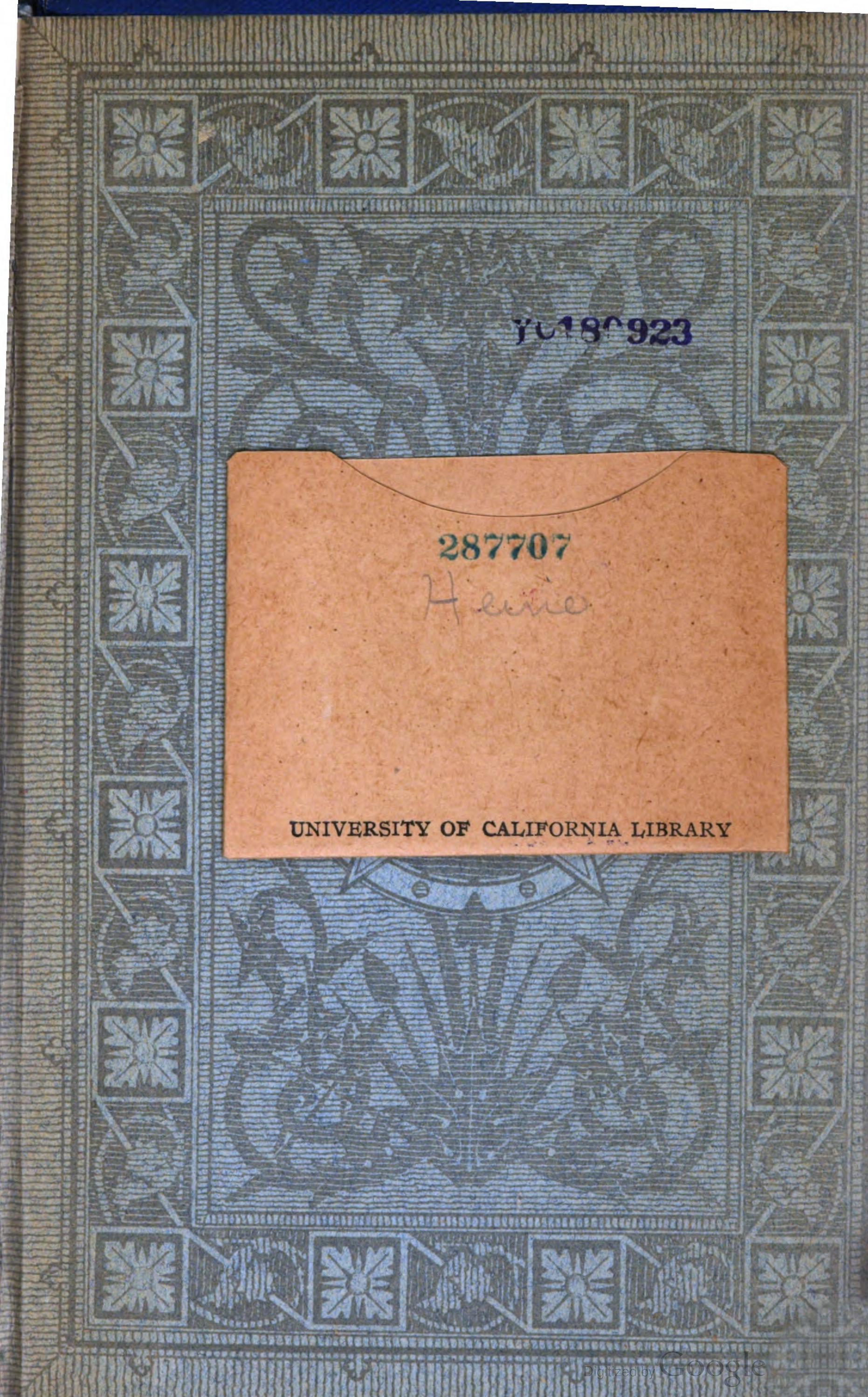
EL REGRESO (1823-24)

Págs.

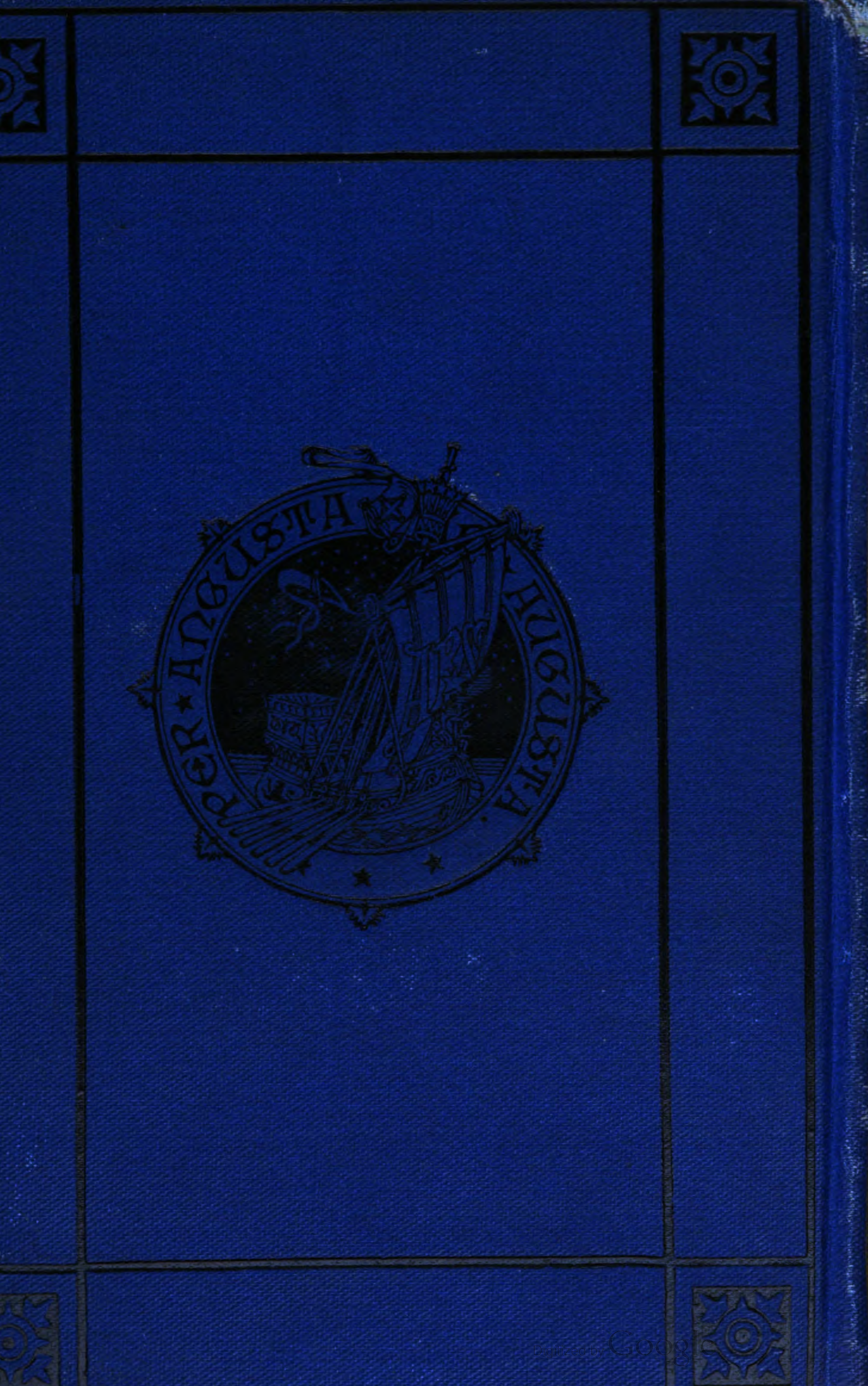
EN LAS MONTAÑAS DEL HARZ (1824)







YC180923
287707
Heine
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
Digitized by Google


PER ANGUSTA AD AUGUSTA